Programa de Posgrado en Historia

Tesis de Maestría en Investigación Histórica

La Prensa, 1869-1879.
Un acercamiento al mundo periodístico porteño a partir de la primera década del diario

Tesista: Profesora Raquel Valeria Bressan

Directora: Doctora Paula Bruno

Buenos Aires, Junio de 2010

Depositado en custodia. Expediente nº 933580. Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Dirección Nacional del derecho de Autor

Agradecimientos

La elaboración de la presente tesis fue posible debido a la ayuda brindada por diferentes personas e instituciones. En primer lugar, quiero agradecer a las autoridades de la Universidad de San Andrés, quienes me brindaron la oportunidad de realizar mis estudios de posgrado en esta institución y a la Asociación Civil Educativa Escocesa San Andrés que me otorgó una beca de estudios, sin la cual se hubiera tornado sumamente difícil para mí la prosecución de los mismos.

El segundo agradecimiento está dedicado a mi directora de tesis, Paula Bruno, sinceramente no encuentro las palabras que puedan expresar en justa medida lo que la realización de la tesis debe a su guía, su acompañamiento constante, los consejos y las lecturas minuciosas de todos los borradores y cada una de las páginas escritas a continuación y sobre todo a los muchos aprendizajes que adquirí en el transcurso de estos dos años bajo su dirección.

Mis profesores y compañeros de los Talleres de Tesis entraron en contacto con esta investigación desde mis primeros avances en el estudio de las arenas del periodismo hasta su transformación en los actuales capítulos. A ellos dedico mi gratitud por la lectura de mis escritos, las sugerencias e ideas y, principalmente, por el clima cordial de intercambio y aprendizaje desplegado en estos talleres, sumamente importante en el desarrollo de una investigación.

Dos personas colaboraron en aspectos puntuales y relevantes en el proceso de confección de este escrito: Ana Ferrari generosamente me facilitó parte de la bibliografía para la redacción del último capítulo y Marcelo Galván solucionó un problema de programación en tiempo record, a ambos mi sincero reconocimiento por la ayuda que me ofrecieron.

Los dos últimos agradecimientos están dirigidos, en primer lugar, a Roberto Schmit, quien me inició en este interesante y maravilloso mundo de la investigación cuando estaba cursando el último año de mi carrera de grado y me alentó para que siguiera en este camino. Y a mi familia, el pilar fundamental que indirectamente contribuyó a la realización de esta tesis, sin su aliento constante y su sonrisa estoica ante los fines de semana y feriados dedicados a ella, ésta no hubiera sido posible.

Universidad de SanAndrés

Índice

Introducción…… 1

1. Capítulo I: El mundo periodístico entre 1852 y 1880……. 13

1.1 Introducción…… … 13
1.2 Prensa política..... 14
1.3 Publicaciones ilustradas..... 17
1.4 Prensa etnica..... 19
1.5 Revistas 22
1.6 Formatos, financiamientos y avances tecnológicos de la prensa periódica 23

2. Capítulo II: *La Prensa* 1869-1879:
inicio y despliegue en el interior del mundo periodístico porteño 34

2.1 Introducción..... 34
2.2 Los inicios de *La Prensa*..... 35
2.3 La primera década de *La Prensa*..... 45
2.3.a Las secciones usuales 46
2.3.b Las nuevas secciones 54

3. Capítulo III. Hombres de prensa..... 63

3.1 Introducción 63
3.2 Los hombres de prensa……. 64
3.3 El *staff* ……..… 69
3.3.a Ámbitos de sociabilidad en los inicios de *La Prensa* …… 72
3.3.b Trayectorias políticas, intelectuales y periodísticas …….. 75
3.4 Los hombres de *La Prensa* y los hombres de prensa …….. 82

4. Capítulo IV: Las voces de *La Prensa* ……..... 85

4.1 Introducción……... 85
4.2 Los roles del diarismo…… 86
4.3 Los artículos de *La Prensa*…… 91
4.3.a El sistema sanitario……. 91
4.3.b El sistema educativo …….. 97
4.3.c La consolidación de la frontera sur …… 100
4.3.d. La revolución de 1874…….. 102

6. Consideraciones finales…….. 107

7. Anexos……. 114

8. Referencias bibliográficas……...…… 117

Universidad de San Andrés

QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés

Introducción

> "Aquí todo el mundo lee los diarios, no uno sino varios, desde el más encumbrado personaje al más humilde changador, todos leen gacetas."[1]

La frase pertenece a Ernesto Quesada y forma parte de su reconocido estudio sobre el periodismo argentino publicado en 1883. "Aquí" significa la ciudad de Buenos Aires y la frase expresa la admiración de su autor acerca de un consumo que se había diversificado notablemente, extendiendo los límites de su público lector. La admiración de Quesada lleva a formularnos diversas preguntas acerca de la especificidad y particularidad de estos diarios, sus contenidos y características y a interrogarse sobre los motivos por los que la prensa periódica se había constituido en un elemento considerablemente demandado por una parte más amplia de la sociedad porteña.

En este sentido, el mundo periodístico se ha presentado como una temática interpelada en formas diversas tanto por los enfoques y procedimientos como los objetivos que determinaron la recurrencia al estudio de este ámbito. Los primeros trabajos dedicados a registrar el desarrollo de la prensa periódica porteña, como *La Bibliografía de la Imprenta de niños Espositos* de Juan María Gutiérrez y las *Efemeridografías* de Antonio Zinny, documentaron principalmente información general a partir de descripciones que incluían el título de las publicaciones, fecha de aparición y cesación, formato, ejemplares que componían cada colección, nombre de los redactores y observaciones de noticias destacadas.[2] La necesidad de dar cuenta la producción periodística era explícitamente manifiesta en estas obras debido al grado fragmentario e incompleto de las colecciones que existían tanto en las bibliotecas públicas como

[1] Ernesto Quesada, "El periodismo argentino (1877-1883)", en *Nueva Revista de Buenos Aires*, tomo IX, 1883, p. 100.
[2] Ver Juan María Gutiérrez, *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta 1810*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1866; Antonio Zinny, *Efemeridografía Argireparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1868 y *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869.

particulares. Así, los trabajos de Gutiérrez y Zinny devinieron en una guía para el bibliógrafo, el biógrafo y el historiador, brindándoles un panorama del acervo periodístico del período.[3]

La tarea de organizar y clasificar la producción periodística, asimismo, perseguía el fin de conservar las fuentes que permitirían el estudio de ese período por las generaciones futuras, incluso con las particularidades propias del diarismo, como señalaba Vicente G. Quesada a fines de 1860:

> "La bibliografía de todas las publicaciones periodísticas de Buenos Aires, servirá admirablemente al historiador: no sólo revelando la existencia de diarios y periódicos cuyo recuerdo está perdido, sino indicando las bibliotecas particulares o públicas donde se encuentran. No puede ponerse en duda la importancia de la prensa periódica para el historiador: ella revela las agitaciones y las pasiones del momento, muestra hasta en su misma exageración las tendencias de los partidos y las necesidades de una época. Aún cuando nuestros diarios no pueden blasonar siempre de decir la verdad, en la misma ocultación de esta, en los medios de que se valen para influir en la opinión pública, encontrará el historiador elementos preciosos para juzgar el estado social del país y de la lucha de las ideas."[4]

Unas décadas más tarde, se planteaba el abordaje de la prensa desde un enfoque de análisis diferente. El estudio de Ernesto Quesada, en este sentido, buscó dar cuenta de la "evolución" del diarismo argentino. Así, mediante el uso de la estadística, ilustró el progreso cultural del país basándose tanto en la cantidad de ejemplares por habitantes como en la diversidad que estos ofrecían, clasificándolos temáticamente, por frecuencia de publicación y por su origen étnico.[5] En la misma línea se ubicaban los trabajos de Ignacio Orzali y Jorge Navarro Viola. El primero publicó en 1893 *La prensa argentina*, escrita simultáneamente en castellano, inglés y francés, con el fin principal de dar a conocer en el extranjero el número e importancia del periodismo del país.[6] Por su parte,

[3] Véase Carta de Andrés Lamas a Antonio Zinny, publicada en *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, *Op. cit.*, p. 7. En su carta, Andrés Lamas felicitaba a Antonio Zinny por sus obras resaltando la importancia de este tipo de empresas sumamente significativas en los países que se encontraban bien organizadas y completas las colecciones de libros y periódicos y más aún en territorios como Argentina, donde las colecciones de la mayor parte de los impresos existentes no estaba resguardada por instituciones públicas o privadas.

[4] Carta de Vicente G. Quesada a Antonio Zinny, publicada en *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, *Op. cit.*, p. 14.

[5] Ernesto Quesada, "El periodismo argentino (1877-1883)", art. cit., pp. 72-103 y "El periodismo argentino en la capital de la República" en *Nueva Revista de Buenos Aires*, tomo IX, 1883, pp. 428-447.

[6] Desde una visión similar a la de Ernesto Quesada, Ignacio Orzali expresaba que "una nación como la nuestra tiene derecho a que los extranjeros no fijen la mirada solamente en los kilómetros de rieles que cruzan su territorio, sino también en el visible progreso de su cultura intelectual demostrada en este caso por su periodismo, el cual, sin temor de ser desmentido puedo afirmar que figura a la par de las naciones más cultas y civilizadas." Ver Ignacio Orzali, *La prensa argentina*, Rosario, Imprenta de Jacobo Peuser, 1893, especialmente pp. 6-11.

Jorge Navarro Viola registró los determinantes cambios acaecidos entre 1878 y 1896, que habían modificado la configuración del diarismo.[7]

Las investigaciones desarrolladas durante las primeras décadas del siglo XX retomaron el esquema de análisis propuesto por Gutiérrez y Zinny, ampliando el conjunto del mundo periodístico con los nuevos ejemplares que se sumaban con el correr de las décadas.[8]

Recién a partir de la segunda mitad del siglo XX, se desarrollaron investigaciones que, desde una perspectiva diferente, renovaron los interrogantes formulados para estudiar los impresos. Parte de esta nueva orientación se generó en la repercusión obtenida por los numerosos trabajos que vinculaban la historia de la prensa con la Revolución Francesa que se iniciaron a fines de la década de 1960.[9] A ellos se sumaron los aportes de Jürgen Habermas, concernientes a la creación de una esfera pública burguesa y el trabajo de Benedict Anderson referente la participación de la prensa en la construcción de la nacionalidad.[10]

A partir del impulso brindado por estos análisis, y tomando como base los trabajos pioneros de Adolfo Prieto y Tulio Halperín Donghi, en Argentina comenzaron a multiplicarse las investigaciones referentes al mundo de los impresos.[11] Desde los distintos campos disciplinares, tanto de la historia política, la historia cultural y la historia y crítica literaria, se forjaron nuevos interrogantes y respuestas sobre aspectos anteriormente poco conocidos.

Universidad de SanAndrés

[7] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e hijos, 1897.

[8] Dentro de este grupo se encuentran los trabajos de Oscar Beltrán, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena, 1942; Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1944; Gustavo Fogli, *Las publicaciones periódicas en La Argentina*, La Argentina Gráfica, Buenos. Aires, 1946 y Guillermo Furlong, "El periodismo entre los años 1860 y 1930," en *Academia Nacional de la Historia. Historia Argentina Contemporánea.1862-1930*, Buenos. Aires, El Ateneo, 1966.

[9] La publicación de *La Historia general de la prensa francesa* en 1969, la cual contenía una serie de estudios monográficos sobre el rol de la prensa durante la Revolución Francesa, ha sido señalada como el punto inicial que marca una explosión de trabajos sobre la historia de la prensa. Un análisis detallado de los estudios acerca de la vinculación entre prensa y Revolución Francesa se encuentra en Jeremy Popkin, "The Press and the French Revolution after two Hundred Years. Review Article", *French History Studies*, vol. 16, núm.3, primavera 1990, pp.664-683; Botein Stephen, Censer Jack y Ritvo Harriet, "The Periodical Press in Eighteenth-Century English and French Society: A Cross-Cultural Approach", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 23, núm. 3, julio 1981, pp. 464-490 y Jack R. Censer, *The French Press in the Age of Enlightment*, Londres, Routledge, 1994, especialmente pp. 2-3.

[10] Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1997. [1962], principalmente pp. 198-260; Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. [1983], principalmente pp. 63-122.

[11] Nos referimos a Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, [1988] y Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1985.

En primer lugar, las temáticas sobre la vinculación entre prensa y política, brindaron nuevos aportes sobre la actuación de los impresos en la constitución de la ciudadanía, la ideología partidaria y las formas de participación en la vida pública. Se inició, de esta forma, una gama de interpretaciones que han podido reconstruir no sólo qué tipo de ideologías se encontraban transmitidas a través de los extensos editoriales, si no también qué funciones se esperaba que la prensa cumpliera dentro del sistema político.[12]

En segundo lugar, el enfoque referido a la conexión entre la prensa y la literatura promovió una multiplicidad de estudios sobre la inserción de la literatura en los impresos, la producción de los géneros literarios y el rol de los autores en los distintos ámbitos de la vida política y cultural.[13] En este sentido, se ha concluido que la prensa decimonónica habría sido uno de los principales medios en el cual los miembros de la cultura letrada –además de expresar sus ideas, principalmente políticas, a través de la redacción de editoriales- desplegaban su pluma en el ejercicio de la literatura; hecho que se constató a fines de siglo, en el contexto de la profesionalización de los literatos.

Desde el campo de la crítica literaria surgieron varios estudios que buscaron explicaciones que dieran cuenta de las dinámicas y transformaciones del mundo de la prensa y ampliaron nuestro conocimiento acerca del surgimiento de géneros periodísticos, las interacciones entre literatura y diarismo, las relaciones entre formatos, ediciones y canales de distribución; se han estudiado también los usos del lenguaje y la

Universidad de SanAndrés

[12] Sobre la vinculación entre prensa y política ver Tim Duncan, "La prensa política: Sudamérica 1884-1892," en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1980; Paula Alonso, "La primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, núm. 15, 1er semestre de 1997, pp. 35-70 y "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la Argentina moderna en la década de 1880", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003; Eduardo Zimmerman, "La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano", en *Estudios Sociales*, Año 8, núm. 15, 1998; Alberto Lettieri, "De la República de la Opinión a la República de las Instituciones", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués, (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 2004.

[13] Uno de los primeros trabajos en establecer una vinculación entre prensa y literatura fue la obra *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, en la cual dedica un último capítulo a las empresas editoriales. Sin embargo, en él se realizó una descripción de las publicaciones similares a las elaboradas a los trabajos sobre la prensa de la primera de la primera mitad del siglo XX, que incluía además los nombres de las obras literarias que eran publicadas en los distintos diarios y revistas, principalmente porteñas. Ver Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, vol. VIII, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1957, pp. 546-572.

creatividad aportados por la literatura a los periódicos y los procesos por los cuales se perfiló la figura de un escritor profesional.[14]

Íntimamente vinculados a los ejes recién mencionados se hallan los análisis referidos a la relación entre la producción cultural del siglo XIX y la estructura del público, su formación y los condicionamientos del mercado, los cuales realizaron notables avances a partir del enfoque hoy ya clásico brindado por Adolfo Prieto, concerniente a la configuración de los campos de lectura. En este sentido, la hipótesis planteada por este autor, que consideraba a la prensa como un soporte esencial para el desarrollo de la lectura y a la vez como prueba -más fehaciente que los censos- de los niveles de éxito generados por de las campañas de alfabetización, marcó un terreno desde el cual se elaboraron distintos cuestionamientos acerca de las vinculaciones entre prensa, literatura y sociedad.[15]

Siguiendo el camino marcado por Prieto, surgieron nuevos estudios que enfatizaron su análisis en las prácticas de lectura de los sectores recientemente alfabetizados y al éxito de determinados productos culturales impresos debido a la adecuación de los códigos y convenciones que regían las prácticas de lectura de estos sectores.[16] Por otra parte, la ampliación del público lector propició, al aumentar la demanda del consumo de bienes culturales y el surgimiento de un incipiente mercado editorial. A partir de la segunda mitad del siglo XX, entonces, los estudios sobre estos temas se focalizaron en tratar de determinar qué procesos permitieron el surgimiento de este campo editorial y qué características permitían separar la figura del editor de aquellas otras que también se dedicaban a la producción y circulación de impresos. En

[14] Sobre la vinculación entre prensa y literatura ver David Viñas, "De los gentleman-escritores a la profesionalización de la literatura", en *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XXI, 1975; Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2004; Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos Argentino. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. Asimismo son muy sugerentes algunos trabajos compilados en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emece, 2003.

[15] En este sentido, la prensa fue para Prieto, por sus formas de circulación, estructura y costos, el vehículo a partir del cual se generó el acceso por parte de los nuevos contingentes de lectores a la lectura de las novelas de carácter criollista. Ver Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, *Op. cit.*, pp. 13-76 y 100-113.

[16] Al respecto cabe mencionar dos estudios sobre los cambios en las prácticas de lectura, el trabajo de Alejandro Eujanián, el cual analiza el éxito del Martín Fierro en los sectores rurales y el análisis de Eduardo Romano sobre los nexos establecidos entre los nuevos lectores y las publicaciones ilustradas. Ver Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 581-603 y Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004, principalmente pp. 82-84.

este sentido, se destacó el papel desempeñado por las imprentas de los diarios que contribuyeron decisivamente, principalmente a partir de la década de 1860, en la formación de un mercado editorial que luego comenzó a ganar autonomía respecto de la prensa.[17]

Por último, varios análisis sobre la prensa centraron su atención en estudios de casos y abordaron investigaciones sobre los periódicos como objeto de estudio en sí mismos. Las investigaciones incluidas dentro de esta propuesta plantearon interrogantes disímiles, pero todas basaron sus respuestas en un examen minucioso de determinados aspectos de una publicación en particular. Podemos referir, entre los ejemplos más destacados, al estudio de Ricardo Sidicaro sobre la construcción de la crítica política en el diario *La Nación* efectuada a lo largo de ocho décadas, y al trabajo de Silvia Saítta, quien estudió el pacto de lectura existente entre *Crítica* y sus lectores a partir de un extenso examen de la trayectoria del diario, la sistematización de sus etapas internas y de las distintas prácticas y estrategias desarrolladas por el periódico. Asimismo, es destacable el trabajo de Claudia Román, que planteó una lectura de *La Moda* (1837-1838) y *La Patria Argentina* (1879-1885) como extremos opuestos del camino desarrollado en el proceso de su autonomización e institucionalización del diarismo porteño.[18]

El conjunto de los estudios efectuados desde esta perspectiva de análisis, a la vez que aportó respuestas sobre aspectos específicos de impresos determinados, acrecentó también el conocimiento sobre el mundo periodístico en general, en tanto que estos estudios se realizaron desde punto de vista que tuvieron en cuenta a las publicaciones no como elementos aislados, sino insertos en las sociedades que los producían y consumían, evidenciando las influencias recíprocas entre unos y otras, enriqueciendo de esta forma las respuestas obtenidas acerca de este bien cultural.

Asimismo, dentro de la bibliografía relevada, existen aportes que consolidaron su atención específicamente en *La Prensa*. En ellos el diario se caracterizó como un

[17] Ver Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, *Op. cit*., pp. 574-580 y Sergio Pastormelo, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luís de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 4-18.

[18] Ver Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1993; Sylvia Saítta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1998 y Claudia Román, "La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en Julio Schvartzman (dir.), *La Lucha de los lenguajes*, *Op. cit*., pp. 439-468.

medio de comunicación con cualidades que le permitieron destacar en el mundo impreso; dado que es junto a *La Nación* uno de los diarios porteños creados en el siglo XIX que perduraron hasta la actualidad; su amplia tirada, lo ubicó por más de sesenta años entre los diarios más vendidos del país y su servicio de corresponsales ha sido reconocido a nivel internacional. Otro rasgo que se valora es su acción benefactora por medio de la biblioteca pública y los consultorios gratuitos de médicos y abogados que se encontraban, a su vez, en "El palacio de *La Prensa*".[19]

Puede proponerse un balance de la bibliografía centrada en el análisis de *La Prensa* hasta ahora: la misma se desarrolló en torno a dos ejes claramente diferenciados, tanto por su temática como por el período analizado. Los primeros escritos abocados al estudio de este periódico se publicaron durante la primera mitad del siglo XX y fueron realizados, principalmente, por periodistas que habían participado en la redacción del diario. Todos ellos reflejaban explícitamente la admiración que sentían sus autores por el impreso y la familia Paz, su propietaria. Rafael Arrieta, José Manuel Eizaguirre, Juan Rómulo Fernández y Francisco Ruiz de Luque construyeron una visión de *La Prensa* en la que primaba el ideal de "un diario moderno e independiente", basada en el hecho de la desvinculación de ingresos de partidos políticos que José C. Paz había decidido al iniciar su empresa. De esta manera, narraron la evolución del diario a partir de una serie de anécdotas que demostraban el triunfo de los valores nobles que lo motivaban y que se constituyeron en el camino perseguido desde sus humildes comienzos hasta convertirse en un impreso sumamente exitoso.[20] A ellos se suma, con una mirada y estilo similar, la contribución de Enrique Maceira, quién en una reciente publicación relataba, con acentuada nostalgia, el pasado glorioso del impreso interrumpido con la expropiación llevada a cabo por el gobierno peronista en 1951.[21]

Por otra parte, un estudio cercano en el tiempo centró la atención en establecer cómo se produjo el proceso de modernización en este periódico. Para ello buscó examinar las transformaciones acaecidas en cuanto a la financiación y a la oferta

[19] El edificio de *La Prensa* se inauguró en 1898 y fue llamado "El palacio de *La Prensa*" por sus contemporáneos debido a su estilo arquitectónico y su opulencia. Ver *La Prensa*, "Un edificio de excepcional valor", 18 de octubre de 1995. Sobre el prestigio alcanzado por *La Prensa* ver Oscar Beltrán, *Historia del periodismo argentino*, *Op. cit*., pp. 113-119.

[20] Ver Rafael Arrieta, "El fundador de *La Prensa*", en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Buenos Aires, Instituto Popular de Conferencias, 1943; José Manuel Eizaguirre, *¿Dónde está el pueblo?*, Buenos Aires, Rosso, 1929; Juan Rómulo Fernández, *Civilización Argentina. La obra de La Prensa en 50 años*, Buenos Aires, Imprenta La Prensa, 1919 y Francisco Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz*, Buenos Aires, Editorial Aguamarina, 1942.

[21] Enrique Maceira, *La Prensa que he vivido*, Academia Nacional del Periodismo, Buenos Aires, 2004.

periodística que brindaba el diario durante sus primeros años. En este sentido, el estudio de Diego Valenzuela retomó la imagen de *La Prensa* como "diario moderno e independiente", pero no ya desde el aspecto político, sino que privilegió la actitud competitiva del diario, vinculando el aumento de ingresos a partir de los avisos publicitarios con nuevas prácticas para la ampliación de su tirada como la disminución en el precio de sus ejemplares y la circulación enfocada hacia los nuevos lectores.[22]

El otro conjunto de publicaciones examinó la actuación de *La Prensa* durante episodios concretos desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo XX. En estos trabajos se privilegió una mirada del periódico como un actor político y uno de los elementos clave en la estructura del poder. A partir del análisis de los editoriales los autores llegaron a una conclusión compartida en la que ubicaban al diario como "un medio de persuasión y manipulación", al tiempo que representaba un elemento clave para la "fijación de la conciencia colectiva de los pueblos."[23]

En la presente investigación proponemos un análisis de *La Prensa*, durante su primera década de existencia entre 1869 y 1879, a partir de un panorama que muestra la inserción y la evolución de este diario dentro del conjunto de las publicaciones periódicas porteñas que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX.

Las lecturas referidas a esta etapa llevaron a preguntarnos cómo *La Prensa* logró convertirse en un diario destacado. Este interrogante se convirtió en el punto de partida de la investigación que, a su vez, se ramificó en nuevos cuestionamientos desprendidos de este inicial. En primer lugar, qué significaba ser una publicación destacada en el mundo periodístico de la segunda mitad del siglo XIX: ¿Vender muchos ejemplares? ¿Mantener la circulación por un período prolongado? ¿Contener entre sus escritores a reconocidas figuras del ámbito político y cultural?

En este sentido, se ha señalado principalmente que la percepción de *La Prensa* como un componente distinguido obedeció a su carácter innovador al no seguir las pautas usuales en el diarismo de la época, lo cual abrió nuevos planteos con respecto a

[22] Diego Valenzuela, *En camino hacia la empresa periodística. el caso del diario La prensa durante la década de 1870*, Tesis de Maestría, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2002.

[23] Raúl Shor, *Historia y poder de la prensa*, Barcelona, editorial Andrés Bello, 1998, p. 19. Desde el mismo enfoque de análisis sobre *La Prensa* se hallan los siguientes trabajos: Claudio Panella (comp.), *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto y expropiación*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1999; César Díaz, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía, 2002, César Díaz y María Passaro, "Periodismo y violencia política en la Argentina. Los grupos armados en los editoriales de *La Prensa*, 1974-1977", en *Signo y Pensamiento*, vol. XXI, núm. 40, Colombia, 2002, pp.105-116 y "La guerra del papel: *La Prensa* y la guerrilla en la dictadura militar 1976-1977" en *Cuarto encuentro de Docentes e investigadores de la Comunicación del Mercosur*, mayo 2001.

cuáles eran estas pautas, cuáles eran las nuevas propuestas planteadas por *La Prensa* y cómo fueron plasmadas en la práctica.

Por otra parte, el énfasis colocado en los atributos morales de José C. Paz como explicación del reconocimiento del impreso, nos condujo a cuestionar el rol desempeñado por los propietarios y escritores dentro del mundo periodístico. ¿Los intereses, prácticas y características asumidas por *La Prensa* eran reflejo de los objetivos y cualidades de José C. Paz? ¿Qué grado de incidencia poseían el resto de los integrantes del diario? A su vez, si la especificidad, desarrollo y éxito del diario se debía a las cualidades de sus miembros, ¿esto significaba que los escritores de *La Prensa* eran diferentes de los redactores de otros diarios o que compartían características en común?

Los interrogantes aquí planteados acompañaron todo el proceso de investigación. En la elaboración de sus respuestas se privilegió, en primer lugar, un análisis interno de las páginas de *La Prensa* que diera cuenta de los rasgos constitutivos en sus primeros años: tanto de sus objetivos, su formato, sus contenidos, secciones y estrategias como así también de las transformaciones que acaecieron en esta etapa.

A su vez, la reconstrucción de su ingreso y despliegue en el mundo periodístico porteño procuró poner en relieve las interacciones que el diario estableció con las otras publicaciones de este ámbito. Para alcanzar este objetivo se recurrió a distintos tipos de fuentes y se pasó de un foco internalista a uno de carácter más contextual. En primer lugar, la lectura de los ejemplares de *La Prensa* y de otros periódicos como *La Tribuna*, *El Nacional*, *La Nación* y *La República* permitió identificar y comparar elementos en común y aquellos que se convirtieron en distintivos del periódico.

Sin embargo, la confección del universo periodístico y las dinámicas inherentes a él exigían la obtención de información que excedía las comprendidas en las páginas de estas publicaciones. Por este motivo se recurrió a escritos referidos a la prensa periódica realizados tanto por contemporáneos como los estudios generados desde las distintas disciplinas, los cuales nos brindaron un mayor conocimiento sobre las características del periodismo del siglo XIX: la apreciación que realizaban sobre sus integrantes, las formas de financiamiento, los rasgos atribuidos a los distintos conjuntos de las publicaciones del período y también la incorporación de nuevas tecnologías y los efectos que éstas ocasionaron en los impresos. Un valor sumamente relevante al respecto tuvieron los anuarios bibliográficos y las memorias, que nos aportaron una imagen acerca de cuál era la percepción existente sobre la prensa en general y cada integrante en particular creada por aquellos que convivieron con su desarrollo. A su vez,

Universidad de San Andrés

las ediciones aniversario de *La Nación* y *La Prensa* permitieron centrar nuestra atención sobre episodios considerados sumamente significativos para los propios diarios en la producción de su historia.

Por otra parte, los rasgos particulares del mundo periodístico porteño dependían también de los hombres que se dedicaron a la actividad periodística. En un momento en que la figura del periodista profesional no se había desarrollado, consideramos que era vital ofrecer un panorama de las trayectorias de los hombres de prensa que permitiera comprender el papel y el peso que ellos ejercían en este espacio. La creación de un panorama sobre estas figuras, entonces, generó un enfoque diferente de las publicaciones periódicas, privilegiando el análisis no ya de sus páginas, sino de aquellos que eran responsables de su realización. Para ello se recurrió a biografías, memorias y artículos específicos sobre diversas personalidades del período que nos permitieron dar cuenta de la multiplicidad de trayectorias que convergían en la figura de los hombres de prensa.

En este sentido, juzgamos fundamental reconstruir el staff de *La Prensa* durante su primera década de existencia. Ahora bien, establecer quiénes conformaban este personal no resultó una tarea sencilla. La primera dificultad se encuentra en el tipo de información que se puede obtener del propio diario, la cual era sumamente escasa. Cualquier ejemplar de *La Prensa* de la década de 1870, registraba, en el encabezado de la primera página, el nombre de los editores y administradores, pero la mayor parte de los artículos eran escritos en forma anónima y sólo algunos eran firmados con seudónimos. Por lo tanto, la información sobre quiénes delineaban las características primordiales del diario, como los directores y redactores, no estaba incluida en el impreso.

Por este motivo, para poder restablecer el universo del el staff del diario hemos recurrido a fuentes diversas. En primer lugar, las ediciones aniversario registraron los nombres de redactores y escritores, pero esta información no se hallaba completa, en tanto que sólo incluía a aquellas figuras que el impreso consideraba relevantes en su trayectoria. Los textos celebratorios sobre José C. Paz o su periódico, permitieron completar esta lista, aunque en forma también inconclusa, ya que los nombres de personajes menores, caratulados detrás del rótulo de corresponsales o colaboradores, y que no trascendieron como figuras relevantes del ámbito político, han sido omitidos en ambas fuentes. Más aún, generalmente, las referencias sobre las personas vinculadas a *La Prensa*, aludían únicamente a la participación en el diario, pero no el período o el

cargo que ocupaban. Para ello hemos recurrido también a biografías, diccionarios y a publicaciones de fines de siglo XIX y principios del XX, en las cuales se rememoraba el pasaje de determinadas personalidades por el diario. Así el mapa del personal del diario fue delineado a partir del cruce establecido entre las informaciones aportadas por estas distintas fuentes.

De esta manera, el análisis desarrollado en la presente tesis buscó reconstruir los primeros años de *La Prensa* centrando la atención tanto en cómo construyó sus elementos propios y característicos como en las interacciones que estableció al interior del mundo periodístico porteño, teniendo en cuenta las transformaciones que acaecieron sobre este universo durante el periodo estudiado.

Para poder plasmar este propósito la tesis se ha organizado en cuatro capítulos. En el primero se presenta un panorama general del mundo periodístico porteño de la segunda mitad del siglo XIX, con el fin de dar cuenta de los elementos propios que regían este mundo como, asimismo, de las modificaciones que paulatinamente se incorporaron a él.

En el segundo capítulo se reconstruye la primera década de *La Prensa* privilegiando las estrategias que utilizó para incorporarse al mundo periodístico y para posicionarse como un diario destacado. Para ello se analizó principalmente la estructura del diario y sus componentes indagando cómo incorporó elementos exitosos de las otras publicaciones periódicas a la vez que fue creando nuevas funciones y géneros para el periodismo.

El tercer capítulo se dedicó a la figura de los hombres de prensa ofreciendo un panorama sobre quienes participaban en la actividad periodística. Por ello, en esta sección se buscó responder qué características poseían en común y cuáles los diferenciaban, como también cuáles eran los motivos y los canales de acceso al mundo del periodismo. A su vez, se reconstruyó el staff de los integrantes de *La Prensa*, para poder identificar las personas que se hallaban detrás de la elaboración del diario, cómo se establecieron los vínculos entre ellos y cuál fue su participación en él.

En el último capítulo se analizó la prédica forjada por *La Prensa* acerca de los roles que debía cumplir el diarismo buscando establecer cuáles eran los lineamientos que guiaban al diario y cómo estos fueron apropiados por las diversas voces de los hombres de prensa que núcleo el periódico a partir de los diferentes abordajes realizados sobre las principales temáticas desplegadas entre 1869 y 1879. Cabe aclarar que los temas seleccionados para rastrear algunas voces que convivían dentro de *La Prensa* (el

Universidad de SanAndrés

sistema educativo, el sistema sanitario, la consolidación de la frontera sur y la revolución de 1874) no agotan los tópicos y problemas que el diario trató en sus primeros diez años de vida; pero sí son ilustraciones de la dinámica convivencia de puntos de vista en el marco de las páginas del periódico.

La tesis se cierra con algunas consideraciones finales que ponen de relieve los puntos destacados del desarrollo de la investigación que cristalizó en estas páginas.

QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés

Capitulo I: El mundo periodístico entre 1852 y 1880

I. Introducción

El propósito de este primer capítulo es presentar un panorama representativo de las particularidades que regían al conjunto de las publicaciones periódicas porteñas entre 1852 y 1880. Para ello, se han caracterizado los distintos tipos de impresos que componían la prensa del período, sus contenidos, los elementos propios que las diferenciaban, su forma de producción, financiación y formas de adquisición por el público, como así también las transformaciones acaecidas en ellas a lo largo del período.

El término "prensa", utilizado para designar la gran cantidad de impresos que circulaban en la ciudad, encerraba detrás de sí un mundo variado y complejo. A partir de 1852 el periodismo sufrió una gran transformación, cuando la libertad de prensa establecida luego de la derrota de Juan Manuel de Rosas, estimuló un considerable crecimiento de las publicaciones periódicas en la ciudad de Buenos Aires. Este proceso se incrementó vertiginosamente, desde 1862, con la unión de la provincia bonaerense a la Confederación y la designación de la ciudad como lugar de residencia de las autoridades nacionales. La capital porteña se convirtió, entonces, en el espacio en el que convergían las actividades públicas, tanto políticas como culturales y se concentraba la mayor cantidad de impresos del país.[24]

Es posible clasificar este heterogéneo mundo impreso en el cual pueden reconocerse dos franjas de producción: por un lado la prensa periódica que albergaba la prensa política, prensa étnica y las publicaciones ilustradas, y por otro, se hallaban las revistas, que si bien conformaban un grupo diferente, con rasgos y características específicas, también compartían elementos en común con la prensa periódica y representaban una parte importante y significativa que no podría estar excluida en una descripción acerca del mundo impreso porteño. Asimismo, es necesario aclarar que los límites de cada uno de estos conjuntos que hemos establecidos no eran rígidos y muchos ejemplares podrían ser colocados alternativamente en uno y otro.

[24] Ernesto Quesada, "El periodismo argentino (1877-1883)", art. cit, p. 100.

II. Prensa política

El término "prensa política" era aplicado a un conjunto de publicaciones dentro del cual se podía discernir entre aquellos diarios con mayor "autonomía" (en tanto contaban con recursos financieros provenientes de las publicidades y del aumento de ventas) y los generalmente considerados como "facciosos", "partidarios" u "oficiales".[25]

Varios periódicos de esta prensa política alcanzaron una presencia notable en la vida porteña. En primer lugar cabe mencionar a *El Nacional,* considerado el decano de la prensa, tanto por su prolongada pervivencia, correspondiendo el primer número al primero de mayo de 1852 y el último al 28 de agosto de 1893, como por su inalterable conducta arraigada en las disputas políticas. Asimismo, esta publicación contó con destacadas figuras del ámbito político e intelectual dentro de su grupo de redactores como Domingo Faustino Sarmiento, Carlos Tejedor, Juan Chassaing, Juan Carlos Gómez, Nicolás Avellaneda, Dardo Rocha, Lucio Vicente López, Aristóbulo del Valle y Miguel Cané.[26] Un año después de la fundación de *El Nacional*, los hermanos Héctor y Mariano Varela, crearon *La Tribuna,* a partir de la adquisición del establecimiento tipográfico donde se imprimía, *La Gaceta Mercantil,* clausurado por ser un órgano del urquicismo. Aunque con vaivenes, sus páginas expresaron la defensa del autonomismo porteño, y cobraron fama con los polémicos artículos redactados por Héctor Varela, editándose hasta 1884.[27] En 1867, *La República*, dirigida por Manuel Bilbao, revolucionaría el sistema de distribución de los diarios con la introducción de la venta callejera y obtuvo un gran reconocimiento por su sistema de corresponsalías en Chile y en Brasil, publicándose hasta 1881.[28] Entre fines de la década de 1860 y principios de 1870, surgieron los únicos diarios porteños que atravesaron con singular éxito el cambio de siglo: *La Prensa* fundada por José C. Paz en 1869 y *La Nación*, que surgió en 1870 luego de la compra de *La Nación Argentina,* efectuada por Bartolomé Mitre. Ambos

[25] Sobre prensa política en la segunda mitad del siglo XIX ver Tim Duncan, "La prensa política: Sudamérica 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, *Op. cit*., pp. 172-183; Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, *Op. cit*.; Paula Alonso, "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", art. cit., pp. 35-70 y "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la "Argentina moderna" en la década de 1880", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, *Op. cit*., pp. 203-242.

[26] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina (1896), Op. cit*, pp. 13-14.

[27] Sobre la participación de Héctor y Mariano Varela en *La Tribuna* ver Héctor Viacava, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", en *Todo es Historia*, núm. 222, Buenos Aires, octubre de 1982, pp. 16-26.

[28] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina (1896), Op. cit.*, p. 12.

alcanzaron las mayores tiradas de la segunda mitad del siglo XIX, adquiriendo el nombre de "colosos del periodismo", como los bautizó Ernesto Quesada.[29]

Junto a estos periódicos de sostenida aparición, fue usual la producción de numerosas publicaciones efímeras que surgían principalmente en el tiempo de las campañas políticas. Así, *El Guardián*, *La Voz del Pueblo*, *La Nueva Generación* y *Once de Septiembre* fueron editados únicamente durante 1860. De igual forma, *El Argentino*, *El Pensamiento Argentino*, *La Civilización* y *El Progreso* pudieron mantener su circulación sólo durante un año en 1863. En 1867, junto a *El Eco del Comercio*, *La América* y *El Porvenir Argentino*, se creó *El Inválido Argentino*, diferenciándose de los otros diarios en sus fines, puesto que su objetivo fue recaudar fondos para los soldados de la Guerra del Paraguay. En 1868 apareció un único periódico nuevo: *Intereses Argentinos* y al año siguiente aumentó a dos la cantidad de nuevos ejemplares con *La Verdad* y *El Progreso*.[30]

Más allá de la extensión del período de circulación de cada publicación, su inclusión en la prensa política, se derivaba de una serie de características que compartían en común como su forma de financiación, sus contenidos y los hombres que escribían en ellos. En líneas generales, la creación de un diario era llevada a cabo por un partido político o un sector específico, el cual los financiaba, suministraba el personal de redacción y determinaba el estilo y el contenido de los editoriales. A su vez, el Estado se convirtió en el principal proveedor económico de numerosas ediciones por medio de las suscripciones realizadas a través de los gobernadores leales al presidente, por la concesión de imprentas o por la asignación de sueldos a los editores de los mismos.[31]

Más aún, muchos de los miembros de la prensa eran integrantes de las facciones políticas y funcionarios del gobierno y se constituían en los portavoces del partido al cual pertenecían a través del impreso. Cabe aclarar que el objetivo de estos diarios no era informar sobre los últimos acontecimientos, por el contrario, su fin era difundir las respectivas opiniones de cada círculo, sin respetar viso alguno de imparcialidad, utilizando el chimento, el ridículo o la polémica para defender y legitimar las posturas de la organización a la que representaban. Asimismo, se debe tener en cuenta que el contenido de estos periódicos estaba dirigido principalmente a los simpatizantes

[29] Ernesto Quesada, "El periodismo argentino (1877-1883)", art. cit, p. 99.
[30] Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino*, *Op. cit*., pp. 193-220.
[31] Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos, Op. cit*., p. 24-26.

partidarios y a los redactores de la oposición, más que al público en general, salvo en época de elecciones, cuando los impresos se multiplicaban y se intentaba por este medio convencer a un electorado que se mantenía indiferente y no participaba de la votación.[32]

De esta manera, la actividad periodística formaba parte dinámica e importante de la labor política, constituyéndose en un instrumento decisivo para ganar influencia en la vida pública porteña.[33] La participación de los diarios en el marco de la reforma de la Constitución Provincial, se presenta como uno de los numerosos ejemplos del rol desempeñado por la prensa del período. A fines de 1870, *La Nación* invitó al periodismo a unirse y sostener una lista de candidatos para la Convención Reformadora que sería apoyada por todos los partidos, iniciativa que fue recibida con agrado por otros periódicos porteños. *La Tribuna*, *El Nacional*, *El Río de la Plata*, *La República*, *La Verdad* y *La Prensa*, manifestaron en sus editoriales su plena conformidad y cada uno envió un representante a las reuniones realizadas en la casa de Mitre (donde además se imprimía su diario), en las cuales se decidió una lista de candidatos, publicada luego en los respectivos diarios. Los editoriales referidos a este hecho aportaban numerosos datos sobre lo desempeñado en esas reuniones, acentuando las destacadas personalidades que asistieron en representación de cada periódico: Juan María Cantilo por *La Verdad*, Juan María Gutiérrez por *La Nación*, José A. Terry por *La Prensa*; José Hernández por *El Río de la Plata*; Luís V. Varela por *La Tribuna*, Manuel Bilbao por *La República* y Wenceslao Pacheco por *El Nacional*.[34]

Cómo podemos observar, eran los representantes de los diarios los convocados para decidir la lista de candidatos. Este hecho señala, como se analizará en el tercer capítulo, una de las particularidades de los hombres de prensa, en tanto que la actividad periodística no era la única ocupación que estos desempeñaban sino que formaba parte de un conjunto más amplio.

Se debe tener en cuenta, en este sentido, que la prensa facciosa había sido el un elemento de intervención pública heredado del régimen rosista por aquellos hombres que se hicieron cargo del gobierno luego de Caseros. Si bien el término "faccioso" fue utilizado, luego de 1852, como un calificativo denigratorio, las polémicas encabezadas

[32] Alonso Paula, "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", art. cit., p. 44.
[33] Hilda Sábato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, *Op. cit*., p. 70.
[34] Fernando E. Barba, *Los autonomistas del 70. Auge y frustración de un movimiento provinciano con vocación nacional*, Argentina, Editorial Pleamar, 1976, pp. 77-80.

desde las páginas de los diarios continuaron siendo la herramienta valida para discutir los distintos proyectos a implementarse en la construcción del nuevo Estado nacional.[35]

Todas las polémicas políticas se desarrollaban en el editorial, el cual constituía la parte más importante, donde se desplegaba un diálogo fluido entre los diversos periódicos publicados en Buenos Aires y en el interior: era el espacio destinado para saludar a los nuevos ejemplares y analizar minuciosamente los discursos de la competencia, tanto para apoyarla como para resaltar los errores de su argumentación.

En su *Anuario de la prensa*, Jorge Navarro Viola, subrayaba el desbalance que existía entre el editorial y las otras secciones y planteaba que por fuera de los artículos doctrinarios "escritos brillantemente y vibrantes de pasión", el lector encontraba "escasas columnas donde se comentaba lo ocurrido."[36] Sin embargo, como se analiza en mayor detalle en el próximo capítulo, la primacía del editorial sobre el conjunto de los contenidos publicados fue modificándose durante la década de 1870, cuando la incorporación de los avances tecnológicos y de nuevas estrategias llevadas adelante por la prensa periódica en general, redefinieron las jerarquías de las secciones.

Durante el transcurso de los años que ocuparon el segmento temporal del período aquí analizado, los diarios que lograron escapar de la efímera existencia de las campañas políticas, incorporaron en sus páginas un repertorio mucho más amplio, atendiendo a la información y al entretenimiento en tal medida que era difícil encuadrarlos dentro de la clasificación de panfletos políticos. No sólo sus contenidos habían sido transformados, sino que los cambios operados provenían de una forma distinta de pensar la función del periódico, su relación con el público y su forma de financiación.

III. Publicaciones ilustradas

El grupo de las publicaciones ilustradas estaba integrado por un tipo particular de edición, en el cual las imágenes ocupaban un lugar importante y constituían un lenguaje visual que excedía la función decorativa. A su vez, éstas se hallaban divididas entre las ediciones "serias" y las "jocosas."[37]

[35] Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992, pp. 55-56.
[36] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina (1896), Op. cit*., pp. 5-6.
[37] Sobre las publicaciones ilustradas en el siglo XIX ver: Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario en las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos,

Las publicaciones "serias" tuvieron su principal representante en *El Correo del Domingo*, el cual surgió en 1864 y se editó ininterrumpidamente hasta principios de 1880. En sus páginas, las imágenes, los retratos y las escenas costumbristas acompañaban los textos de ficción o las noticias de actualidad. Este tipo de publicación vinculó las imágenes con una aspiración divulgadora, construyendo así los valores simbólicos que acompañaron el proceso de construcción del Estado- Nación moderno.

En este sentido, al igual que los miembros de la prensa política, las publicaciones ilustradas buscaron crear consenso en torno a determinadas acciones políticas, como hizo *El Correo del Domingo* durante la guerra del Paraguay. Las numerosas noticias que el impreso publicó en el transcurso de este episodio, entre las cuales se destacaron su galería de retratos de los oficiales participantes en el conflicto bélico y los mapas que indicaban las distintas posiciones de las tropas en las batallas, tuvieron como principal objetivo apoyar las decisiones de Bartolomé Mitre con respecto a llevar adelante una guerra que no concitó grandes simpatías al interior de la población.[38]

Desde un enfoque diferente, la intervención política de las ediciones "jocosas" se caracterizó por sus imágenes de tono satírico y sus notas de humor que reflejaban los acontecimientos de la actualidad y representaban a los principales personajes de la vida pública.

El Mosquito se constituyó como uno de los principales representantes de este tipo de impresos, tanto por su repercusión como por su continuidad. Surgió el 24 de mayo de 1863 y sus números semanales se editaron hasta 1893. Se autodefinía como "periódico satírico burlesco con caricaturas" y su fundador fue Henry Meyer, dibujante y litógrafo francés. En 1868 Henry Stein, se incorporó a la publicación y, a partir de 1872, se constituyó en su director. El diario era un pliego de cuatro páginas que reproducía la imagen litografiada en las páginas centrales y a veces también en la primera, reduciendo el espacio destinado a los textos, en el cual, las caricaturas de los presidentes y destacados personajes del ámbito político se convirtieron en su distintivo entre el resto de los semanarios que compartían su estilo.

2004; Sandra Szir, "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el siglo XIX" (mimeo) y Mónica Ogando, "*El Mosquito*" en *Historias de Revistas Argentinas*, tomo IV, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1997, pp. 91-104.

[38] Sandra Szir, "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el siglo XIX", art. cit., pp. 16-20.

Junto con *El Mosquito*, se difundieron en la ciudad publicaciones de similares características pero que, en su mayoría, sólo alcanzaban a mantener su circulación por unos meses como *La Bruja* que se editó durante 1860, *El Diablo* publicado en 1864 y *El Sombrero de Don Adolfo*, *La Farsa Política* y *Antón Perulero*, los cuales surgieron en 1875 al seno de las divergencias originadas en el recambio presidencial.[39]

El papel más destacado de este tipo de impresos consistió en que propiciaron un acercamiento de los nuevos públicos a las ediciones periódicas. Este grupo de lectores, constituido principalmente por los inmigrantes y sus descendientes, se sintió no sólo atraído por las predominantes imágenes acompañadas por un reducido texto que se hallaban en sus páginas, sino que, además, la forma en que se hallaban combinados ambos elementos, permitían la práctica de una lectura vacilante y desconcentrada, que no era característica de la élite letrada, pero sí propia de los grupos recientemente alfabetizados.[40]

Por otra parte, se debe tener en cuenta que el precio de estas publicaciones era relativamente inferior y por lo tanto mucho más accesible para los sectores de menores recursos. Mientras que la suscripción mensual de un diario político durante 1860 generalmente era de $ 40 m/c y los números sueltos se vendían a $3 m/c; el costo de una publicación semanal ilustrada como *El Correo del Domingo* era de $30 m/c mensuales y el valor de los números sueltos de las publicaciones satíricas oscilaba entre $0,10 y $0,20.[41]

Universidad de SanAndrés

IV. Prensa étnica

Los inmigrantes no sólo pasaron a formar parte de los nuevos grupos de lectores, muchos de ellos editaron periódicos en su idioma natal, los cuales les permitían disponer de un instrumento para la participación pública de las distintas colectividades.[42] De esta manera, las publicaciones escritas en idiomas extranjeros y vinculadas a comunidades étnicas tuvieron como objetivo tanto ejercer su influencia en la ciudad para hacer valer sus proyectos, como fortalecer los lazos identitarios, a partir

[39] Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino*, *Op. cit*., pp. 213-220.
[40] Eduardo Romano, *Revolución en la lectura*, *Op. cit.*, p. 83.
[41] *Ídem*, p. 85.
[42] Hilda Sábato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, *Op. cit.*, pp. 74-77.

de la difusión de las noticias de sus naciones de origen.[43] La mayoría de ellas eran creadas por sociedades anónimas y dependían económicamente de los subsidios otorgados por los socios capitalistas. Al igual que gran parte de las publicaciones periódicas buscaron la asistencia financiera del Estado, pero ésta fue muy difícil de conseguir.[44]

Muchos de estos diarios alcanzaron gran prestigio y circulación en sus colectividades y también en el resto de la población local. Los primeros editores que incursionaron en el campo de la publicación en lengua extranjera fueron de origen inglés y francés, siendo *The British Packet and Argentine News* uno de los pioneros de la prensa en lengua extranjera durante la primera mitad del siglo XIX. En la década de 1860 surgieron publicaciones que adquirieron gran renombre y continuidad como *The Standard* iniciado en1861 y publicado hasta 1900 y *Le Courrier de la Plata,* que surgió cuatro años más tarde y se editó hasta 1946. Ambos se desenvolvieron como importantes servicios informativos en materia económica y comercial e incorporaron también crónicas políticas y noticias del exterior.[45]

Dentro de un contexto en el cual la inmigración ultramarina impulsó el crecimiento demográfico en gran escala, el crecimiento de estas publicaciones fue paralelo al de la prensa periódica en general. Las proporciones registradas son bastante gráficas en este sentido: en 1887, del total de las publicaciones periódicas divulgadas en la ciudad de Buenos Aires, 82 estaban redactadas en español, 7 en italiano, 5 en francés, 4 en inglés y también 4 en alemán.[46]

La apertura existente en el mundo periodístico proporcionó un marco prolífico para el surgimiento de estos proyectos, algunos de los cuales fueron ocupando un lugar destacado dentro del mundo periodístico porteño.

La prensa italiana, en este sentido, se consolidó durante la década de 1870, cuando varias de las publicaciones en esta lengua alcanzaron gran difusión y

[43] Sobre éste aspecto ver Samuel Baily, "The Role of Two Newspapers and the Assimilation of the Italians in Buenos Aires and Sao Paulo, 1893-1913", en *International Migration Review*, vol. 12, núm. 3, 1978, pp. 321-340.
[44] Ver Ema Cibotti, "Sufragio, prensa y opinión pública: Las elecciones municipales de 1883 en Buenos Aires", en Antonio Annino (coord.) *Historia de las elecciones en Iberoamérica. Siglo XIX,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 146-169.
[45] Hilda Sábato, "La vida pública en Buenos Aires", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 185-191. Para el caso específico de *Le Courier de la Plata* ver Viviane Inés Oteiza, "*Le Courrier de la Plata*. Aplicación de una metodología para el estudio de diarios de Colectividad", ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de Historia de la Prensa en Iberoamérica, 1792-1970, México, 2007.
[46] Ernesto Quesada, "El periodismo argentino (1877-1883)", art. cit., p. 428.

continuidad. Entre ellas sobresalieron *L´Operario Italiano* fundada en 1872 y *La Patria* creada en 1877 y luego transformada en 1881 en *La Patria Italiana*. Esta última desarrolló una tirada que la ubicó entre los cuatro diarios de mayor circulación, con una producción de once mil ejemplares diarios.[47]

Los inmigrantes españoles, si bien no desarrollaron una prensa tan vigorosa como la italiana, también pusieron distintos proyectos en marcha, entre los cuales se destacó *El Correo Español* (1872-1898), el cual se inició con una tirada de menos de mil ejemplares y alcanzó los cuatro mil a finales de la década de 1880. Asimismo, se destacó por su constante preocupación por promover una imagen de España como país moderno, haciéndose eco también de los problemas por los que atravesaban en Argentina los inmigrantes de esa nacionalidad.[48]

Asimismo, dentro de la prensa étnica también se desarrollaron periódicos que no se hallaban vinculados a la inmigración europea, sino que se publicaron por y para la población afrodescendiente, denominada prensa afroporteña.[49] Los primeros representantes de este grupo, *La Raza Africana* y *El Proletario*, surgieron a fines de 1850 y durante la década de 1870, se crearon catorce periódicos de este estilo, entre los que se destacaron *La Juventud*, editada a partir de 1876, *La Igualdad*, que tuvo una primera aparición en 1864 y luego reapareció diez años más tarde, y *La Broma*, con una circulación sostenida entre 1873 y 1883.[50]

A pesar de centrarse casi exclusivamente en los acontecimientos que sucedían en la comunidad y dirigirse a un público reducido, los periódicos afroporteños cumplieron con un significativo papel en el disciplinamiento de la comunidad y en la introducción de determinados ideales de civilización y progreso que el Estado y los grupos hegemónicos sostenían.[51]

[47] Ema Cibotti, "Sufragio, prensa y opinión pública: Las elecciones municipales de 1883 en Buenos Aires", en Antonio Annino (coord.) *Historia de las elecciones en Iberoamérica. Siglo XIX*, *Op. cit*., p. 147.
[48] Sobre la prensa española ver Fabián Herrero, "A propósito de la prensa española en Buenos Aires. El estudio de un caso: *El Correo Español* (1872-1875)", en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo XLIX; núm. 1, Sevilla, 1992, pp. 107-120.
[49] Lea Geler, "Guardianes del progreso. Los periódicos afroporteños entre 1873 y 1882", en *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 65, Sevilla, 2008, pp. 199-226.
[50] Hilda Sabato, "La vida pública en Buenos Aires", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 188-191.
[51] Lea Geler, "Guardianes del progreso. Los periódicos afroporteños entre 1873 y 1882", en *Anuario de Estudios Americanos*, art. cit., p. 201.

V. Revistas

Distanciándonos de los impresos de periodicidad diaria o semanal descriptos hasta el momento, se hallaba el conjunto de las revistas. Debemos señalar que bajo este rótulo usual con que se identificaban existía una multiplicidad de publicaciones que respondían a distintos intereses, formatos y estilos.

La historia ocupó un lugar destacado en las revistas de la época junto a otras disciplinas como el derecho, la economía política y la literatura. Las más representativas fueron dirigidas por destacadas personalidades de la vida cultural, quienes buscaban reflejar en sus páginas los debates, articulaciones y dilemas de la sociedad del momento. Dentro de este conjunto se encontraban: la *Revista del Paraná*, cuyo primer número apareció en 1861 y la *Revista de Buenos Aires* con una circulación sostenida entre 1863 y 1871, ambas dirigidas por Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, la segunda fue una de las más exitosas en su estilo, editando 96 ejemplares; la *Revista del Río de la Plata: periódico mensual de historia y literatura americana*, conducida por Juan M. Gutiérrez, Andrés Lamas y Vicente F. López, se inició en 1871 y su último ejemplar fue publicado en 1877; la *Revista Argentina* de José Manuel Estrada que tuvo dos etapas, la primera desde 1868 hasta 1872 y una breve reaparición entre 1880 y 1881; por último la *Nueva Revista de Buenos Aires*, cuya dirección estuvo a cargo de Vicente y Ernesto Quesada constituyó uno de los referentes más destacados para la divulgación de los conocimientos disciplinarios durante la década de 1880.

Por otra parte, algunas publicaciones actuaron como órganos de difusión de instituciones oficiales como la *Revista del Archivo* publicada entre 1869 y 1872 y la *Revista de la Biblioteca Pública* que se divulgó durante tres años a partir de 1879, las dos fueron dirigidas por Manuel R. Trelles. Otras se especializaron en un único interés, buscando difundir nuevos conocimientos acerca de una rama del saber científico o representando a los sectores profesionales, las cuales se caracterizaron por su mayor pervivencia dentro del grupo de las revistas, entre ellas cabe citar: *Anales de la Educación Común* (1858-1874) que fue dirigida por Domingo Faustino Sarmiento hasta el número 25, siendo suplantado a partir de ese momento por Juana Manso; la *Revista Médico Quirúrgica* (1864-1887) fue conducida por Ángel Gallardo y Pedro Mallo; la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* (1869-1880) una de las más voluminosas, contenía 196 páginas; por último, la *Revista Farmacéutica* (1858-1904), de publicación

Universidad de San Andrés

trimestral, que fue catalogada como la primera publicación seria que versaba sobre la materia.

Las publicaciones específicamente literarias del período analizado fueron sumamente numerosas, pero de menor circulación, entre ellas cabe mencionar: *Revista de la Sociedad de Estímulo Literario* (1871), *El Plata Ilustrado* (1871-1873), *El Ateneo Argentino* (1872-1873), *Porvenir Literario* (1872-1873), *Revista de la República* (1873), *Revista Literaria* (1874-1875), *Revista Científico-Literaria* (1875), *El Plata Literario* (1876), *La Ondina del Plata* (1876-1879), *El Álbum del Hogar* (1878-1885?).[52]

La fundación de este diverso conjunto de impresos, generalmente se debía a la iniciativa de personas, que compartiendo la misma inclinación por determinados campos del conocimiento o también por la disposición de un cenáculo, tertulia o círculo literario, decidían iniciar una publicación que representara sus intereses y difundir sus ideales.[53]

En este sentido, las revistas se convirtieron en espacios de propagación de las voces de destacadas figuras, pero, a diferencia de la prensa periódica, se mantuvieron ajenas a las coyunturas políticas. Constituyéndose en espacios para difundir las novedades extranjeras, consagrar o rechazar a figuras de la cultura y el ámbito de ingreso al mundo intelectual de las camadas más jóvenes, "se asumieron como empresas que llegaban a cubrir un vacío en la virginal tierra de la cultura".[54]

VI. Formatos, financiamientos y avances tecnológicos de la prensa periódica

Las transformaciones que se desarrollaron durante la segunda mitad de siglo XIX afectaron principalmente a las publicaciones de periodicidad diaria en mayor medida que a las revistas. Si bien estas últimas incorporaron paulatinamente avances

[52] Sobre las revistas en el siglo XIX ver Néstor Tomás Auza, *La Literatura Periodística Porteña del Siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*, Argentina, Editorial Confluencia, 1999 y del mismo autor *Periodismo y feminismo porteño. 1830-1930*, Buenos Aires, Emecé, 1987; Diana Cavalaro, *Revistas Argentinas del siglo XIX*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1996; Ernesto Maeder, "Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX, en *Clio*, núm. 4, 1997, pp. 99-110; Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino, Op. cit.*, pp. 211 a 230; Guillermo Furlong, "El periodismo entre los años 1860 y 1930", en *Academia Nacional de la Historia. Historia Argentina Contemporánea (1862-1930), Op. cit*., pp. 195-229.

[53] Néstor Tomás Auza, *La Literatura Periodística Porteña del Siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional, Op. cit.*, p. 9-10.

[54] Paula Bruno, "La Vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual", en *Anuario IEHS*, núm. 24, 2010, p. 20. (en prensa)

tecnológicos como los efectuados en los medios de transporte o en los mecanismos de impresión, los grandes cambios derivados del aumento de la población alfabetizada y sus nuevos requerimientos de contenidos, no alcanzaron a afectar en profundidad a este tipo de publicaciones, debido esencialmente a la especificidad de los temas tratados y de la constitución de su público, la élite letrada. Por este motivo, en este apartado se han analizado principalmente la evolución de las características de la prensa periódica.

En este sentido, se debe tener en cuenta que los límites difusos entre la prensa política, étnica y las publicaciones ilustradas, se generaron en base a características comunes entre estos impresos que compartían similares formatos, secciones y formas de financiamiento.

Las publicaciones periódicas que surgieron a mediados de siglo XIX detentaban, como principal característica, la dificultad de mantenerse en circulación por períodos prolongados a causa de las restricciones en torno al capital del cual disponían. Por lo tanto, iniciar una publicación en este período no representaba, generalmente, una actividad económicamente rentable, ya que los ingresos generados por la venta de los ejemplares no permitían, por sí solos, su sostenimiento.

La escasez de recursos financieros propios estaba determinada por la falta de un público amplio que consumiera las publicaciones. La razón más evidente de ello se hallaba, en primer lugar, en el restringido número de posibles lectores, determinados por el alto grado de analfabetismo, que alcanzaba a más de la mitad de la población.

La forma más extendida para la comercialización de ejemplares era la suscripción. Este sistema si bien permitía a los propietarios disponer en forma adelantada el capital necesario para poner en circulación sus publicaciones, se convertía también en una restricción para la expansión comercial.[55] Por una parte, los encargos eran mensuales o anuales y su costo no podía ser asumido por el sueldo de un trabajador promedio.[56] Por otra, las prácticas habituales asociadas a las formas de adquisición de bienes culturales no eran propicias para integrar a los nuevos lectores que no se hallaban familiarizados con los circuitos previamente establecidos. Ejemplo de ello eran los

[55] Sobre las características y formación del público lector en la ciudad de Buenos Aires y la circulación de los impresos ver: Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, *Op. cit.*, pp. 548-558; Sergio Pastormelo, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luís de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, *Op. cit*., pp. 4-18.

[56] Sobre el costo de los impresos ver Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino*, *Op. cit*., p. 142. Para la relación entre el costo de los periódicos y el poder adquisitivo de los trabajadores ver Hilda Sábato y Luis Alberto Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 154-172.

puntos de suscripción que, tanto para los diarios como las revistas, se ubicaban generalmente en el edificio o los talleres donde se imprimían o las librerías para el ámbito urbano.[57]

Ante este panorama, los aportes generados por el Estado, los sectores políticos y los particulares interesados en la publicación de los impresos, constituían los principales recursos financieros con que contaban las publicaciones periódicas. Así, eran estos grupos los que determinaban el tiempo de vida de las ediciones, más que la aceptación del público.

Sin embargo, las formas en que estos bienes eran apropiados se modificaron paulatinamente. Las variaciones operadas en las características de la población reestructuraron la composición del público lector, debido substancialmente al incremento acelerado de las personas con capacidad de leer y escribir. Estas transformaciones tuvieron su origen primariamente en las campañas de alfabetización, que fueron impulsadas sistemáticamente por el gobierno a partir de de 1857.[58] A pesar de que no se hallaron exentas de dificultades durante su desarrollo, fue notoria la respuesta que generó dentro de la población a la que iban dirigidas. Aprender a leer se convirtió, en este sentido, en un objetivo a alcanzar por un amplio espectro de los habitantes, y los adultos pudieron haber optado por los canales informales de aprendizaje (un conocido, familiar e incluso los niños que asistían a la escuela se constituían en el instrumento de enseñanza) para adquirir ese conocimiento tan preciado que les permitía ingresar al mundo letrado.[59]

El caudal de lectores se vio incrementado por la fomentación desde el gobierno de la inmigración europea. Los inmigrantes, que comenzaron a llegar por miles al puerto de Buenos Aires, fueron también partícipes de las acciones de instrucción pública, logrando, a partir de la experiencia escolar de sus hijos, integrarse al nuevo país que los acogía [60]

De esta manera, las campañas de alfabetización sumadas al incremento sustantivo de la población vía la inmigración ultramarina, se constituyeron en la solución de uno de los mayores problemas que padecían los impresos: un público

[57] Ver Sergio Pastormelo, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luís de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, *Op. cit*., pp. 9-10.
[58] Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, *Op. cit*., pp. 548-558.
[59] Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, *Op. cit*., pp. 14-27.
[60] Sobre el proceso de inmigración ver Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

amplio con la capacidad de lectura del material escrito no sólo ya se había conformado, sino que se extendía constantemente.

Todas estas transformaciones afectaron a las publicaciones periódicas en general, pero el mayor impacto se reflejó en la prensa periódica. Ahora bien, la existencia de este renovado público no implicaba como consecuencia directa el consumo inmediato de los periódicos que eran distribuidos, como ya se planteó, por canales de circulación ajenos de las costumbres de consumo de las mercancías de las clases populares.[61]

En este sentido, la venta de números sueltos introducida por Manuel Bilbao y Alejandro Berheim, en 1867, para el diario *La República*, se instituyó en una de las innovaciones que facilitó el acceso a este tipo de impresos. El voceo callejero, ejercido por niños de entre siete y quince años, y la reducción de los precios, contribuyeron a incorporar a un segmento más amplio de la población que aquel conformado por la lista de suscripción.[62] Paulatinamente, la mayor parte de los diarios adoptó este nuevo sistema de venta, lo cual no implicó que se abandonara el tradicional sistema de suscripción y entrega a domicilio de los ejemplares.[63]

Durante el período que nos compete, podemos observar que no sólo se produjo un florecimiento de los impresos porteños, sino que, en esta etapa, comenzaron a evidenciarse las principales transformaciones en las características comunes que aglutinaban a las publicaciones, generadas en las nuevas formas de conectarse con los lectores.

Parte de esas transformaciones se evidenciaron en los formatos y secciones. Los periódicos utilizaban generalmente cuatro páginas, (llamadas "sabanas" porque su tamaño oscilaba alrededor de los 85cm. x 65cm.) para distribuir sus contenidos en seis u ocho largas columnas. La diagramación era bastante similar en todos ellos. Las noticias del exterior, los documentos oficiales y el folletín se hallaban en la primera página; en la segunda los editoriales, noticias locales y nacionales; y en las dos últimas páginas, información marítima, comunicados judiciales, despachos de aduana y avisos publicitarios.

[61] Ver Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, *Op. cit*., pp. 14-27.
[62] *La República* redujo los precios de su diario a $25 la suscripción mensual y $1 el número suelto. El salario medio de un peón ha sido estimado entre unos $20 a $30 m/c diarios. Sobre la reducción de precios efectuada por *La República* ver Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino*, *Op. cit*., p. 142.
[63] Por ejemplo en su edición aniversario, *La Nación*, recuerda que para la reaparición del diario el 1 de marzo de 1875, luego de su clausura, la gente se agolpó en las puertas de su taller tipográfico para obtener un ejemplar, ya que esta todavía no había incorporado el sistema de venta callejera. Ver *La Nación*, *Edición Especial del 75º Aniversario*, Buenos Aires, 4 de enero de 1945, p. 51.

Las publicaciones ilustradas sólo se distinguían en esta distribución, por las imágenes que contenían en las páginas centrales, pero compartían contenidos similares al resto de la prensa, generalmente exhibidos en forma indiferenciada. Las letras que se destacaban eran las del nombre del diario, colocado en la parte superior de la primera página, y, a veces, las utilizadas para nombrar las distintas secciones; pero lo usual era que cada noticia estuviera separada únicamente por una fina línea trazada entre una y otra.

La homogeneidad con que eran expuestos los contenidos, probablemente constituya la característica más evidente que distinguía a estos impresos de los ejemplares contemporáneos. La falta de recursos ampliamente utilizados en la actualidad como los distintos tipos de letras para llamar la atención o la anticipación del contenido, permite pensar en como eran ideados para ser consumidos por su público.[64] Ni su tamaño, ni la distribución de los contenidos, como tampoco la forma de circulación (los diarios se publicaban por la tarde, recién a mediados de la década de 1870 algunos ejemplares convierten sus ediciones en matutinas), correspondían a la de un instrumento diseñado para satisfacer la avidez de información. Por el contrario, la impresión derivada de su formato y estilo, permitiría imaginar a un lector que por las tardes se sentaba placidamente a leer, sin ninguna prisa, y en forma minuciosa, las amplias páginas de su ejemplar.

El editorial constituyó durante décadas la parte central y la de principal interés. Sin embargo, las distintas secciones ganaron gradualmente importancia en los diarios de mayor continuidad. La sección de noticias del exterior fue una de ellas, y quizás, en la que con mayor visibilidad se pudo apreciar como la prensa absorbía para su beneficio las grandes invenciones tecnológicas del siglo XIX.

La mayor parte de estos adelantos fueron incorporados por los periódicos más importantes del mundo durante la primera mitad del siglo. En 1844, Samuel Morse puso en marcha su telégrafo electromagnético y se estableció la primera línea telegráfica entre Washington y Baltimore. El *Morning Chronicle* lo utilizó en 1845 y Gordon Bennett aprovechó enormemente esta invención conteniendo su diario, *The New York Herald*, hasta diez columnas de noticias recibidas por el telégrafo. En 1858 se estableció el primer cable entre Inglaterra y Estados Unidos provocando un crecimiento sustantivo

[64] Debemos tener en cuenta, que esta caracterización no incluye las imágenes de las publicaciones ilustradas, diseñadas específicamente para llamar la atención del lector, sino que nos referimos a la parte textual de los ejemplares.

en la importancia de las agencias de noticias creadas años antes. La primera había nacido en Francia, en 1832, con el nombre de *Correspondance Garnier*. En 1835 fue adquirida por Charles Havas y comenzó a entregar a sus abonados noticias recibidas de toda Europa. *The Associated Press* fue fundada en 1848 por los principales editores de diarios de Nueva York, convirtiéndose rápidamente en la agencia americana más poderosa, llegando a tener corresponsales especiales distribuidos por todo el mundo. Paul Julius Reuter se asoció a Havas y fundaron en 1851 la agencia Havas-Reuter, con sede en Londres. Hacia fines de siglo, las zonas de influencia informativa del mundo se encontraban repartidas entre tres agencias norteamericanas, una francesa, una inglesa y una rusa.[65]

La prensa porteña, no obstante, tardó en incorporar estos adelantos. El contenido de la sección de noticias extranjeras provenía generalmente de dos tipos de fuentes: la más usual era la trascripción de los principales artículos de los diarios extranjeros que llegaban en los buques de carga o pasajeros, por lo cual el lector debía esperar semanas para informarse sobre lo ocurrido en otros lugares del mundo. La segunda opción, más informal pero no por ello menos frecuente, consistía en el envío de correspondencia a través de la cual, un amigo o conocido (que eventualmente se hallaba realizando un viaje de placer, estudios o cumpliendo labores diplomáticas), hacía llegar al diario noticias o aspectos que consideraba importantes sobre el lugar en que se encontraba residiendo temporalmente.

A medida que grandes eventos internacionales se desarrollaban, los periódicos valorizaron más la función de los corresponsales. La guerra del Paraguay se presentó, en este sentido, como uno de los eventos que cobraron interés en las columnas de los diarios. Los diarios locales no contaban con corresponsales salidos expresamente de las redacciones y mantenidos con sus fondos en el frente, como el *Times* de Londres durante la guerra de Crimea (1854-1856), o el *Herald* de Gordon Bennet, que ubicó un periodista en cada cuerpo del ejército en la guerra Civil Norteamericana (1861-1865).[66] En su lugar, fueron los mismos soldados, los que se dedicaron en su tiempo de ocio a redactar cartas tanto para los periódicos con crónicas cotidianas de los episodios de la guerra. Así, bajo diferentes seudónimos como Baltazar, Jacobo, Mercator o simplemente El Corresponsal, entre otros, criticaban a sus superiores, describían los

[65] Sobre el desarrollo del periodismo a nivel mundial ver Georges Weill, *El diario. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
[66] Georges Weill, *El diario. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica, .Op. cit.,* pp. 170-200.

parajes donde acampaban, como así también registraban el pensamiento de muchos de los integrantes del ejército sobre cuestiones políticas candentes.[67]

Lucio V. Mansilla fue uno de los corresponsales más sobresalientes. Mientras participaba de esta guerra con el grado de sargento mayor, enviaba a *La Tribuna* cartas escritas desde el frente y firmadas bajo los seudónimos de Falstaff o Tourlourou. De esta forma, el diario no sólo intervenía de las discusiones realizadas en Buenos Aires sobre el curso de la guerra, su legitimidad y las repercusiones para el gobierno argentino, las correspondencias de Mansilla le permitían publicar los detalles de las batallas, ofreciendo a sus lectores información de primera línea sobre un evento central en la vida del país.[68]

El marco brindado por los sucesos internacionales de la guerra del Paraguay, primero, y de la guerra franco-prusiana después, impulsaron la incorporación paulatina de los nuevos adelantos tecnológicos en el área de la comunicación buscando mejorar la cantidad y la celeridad con que se transmitían las noticias.

En primer lugar, los corresponsales se convirtieron en personal contratado específicamente para cubrir determinados eventos, los cuales informaban por medio de la correspondencia inicialmente, y luego, con la extensión del cable telegráfico, con breves artículos que sólo incluían la descripción de los últimos eventos sin ningún tipo de apreciación por parte de quienes los escribían. Así, se iniciaba la noticia con un lenguaje informativo.[69]

A su vez, durante la guerra franco-prusiana, cuyo tratamiento por la prensa será retomado con más detalle en el capítulo siguiente, se reelaboró otra de las estrategias previamente utilizadas para obtener información del extranjero. *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna* hicieron acuerdos con las empresas periodísticas extranjeras para que fuesen enviados por barco, no un sólo ejemplar, sino cierta cantidad de copias que eran luego entregadas junto con el periódico local a los integrantes de la lista de suscripción.[70]

El avance más notable en este sentido se obtuvo con la contratación de los servicios ofrecidos por las principales agencias de noticias. *La Nación* y *La Prensa*,

[67] Cfr. Miguel Ángel de Marco, *Corresponsales en acción: crónicas de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2003, especialmente pp. 26-31.
[68] Ver Cristina Iglesia, "Mansilla, la aventura del relato", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Historia crítica de la literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 552 y Miguel Ángel de Marco, *Corresponsales en acción: crónicas de la guerra del Paraguay, Op. cit.*, pp. 26-31.
[69] Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, *Op. cit.*, p. 100.
[70] Ver "La dirección de *La Prensa* a sus lectores" en *La Prensa*, 7 de noviembre de 1870.

fueron los primeros en implementarlos y en 1877 anunciaron la contratación de los servicios de la agencia Havas-Reuter.[71] De esta forma, hacia fines de la década de 1870, la prensa logró disminuir enormemente la brecha existente entre el desarrollo de los hechos y su publicación en la ciudad, consignando con un día de diferencia las noticias que anteriormente tardaban, como mínimo, quince días en llegar en los diarios y correspondencias despachados desde Lisboa.

La sección de noticias locales también creció en forma paralela a las internacionales. "Variedades", "Noticias del día", "Hechos locales", fueron algunos de los nombres bajo los cuales se albergó una multiplicidad de hechos de distinta índole. En forma general, este espacio era conocido como sucesos o fait-divers, por su origen en la prensa francesa. Considerado un género de poca relevancia, los sucesos se utilizaron inicialmente para llenar los huecos que quedaban tras los editoriales, las noticias del exterior e incluso las publicidades.[72] Sin embargo, esta sección se consolidó gradualmente, transformándose en espacios fijos en los cuales se incluían noticias de todo tipo, desde hechos de poca importancia e informaciones policiales hasta los extravagantes "Hechos locales" de *La Tribuna*, donde Héctor Varela escribía artículos como "El hombre- perro" o "¿Se caían tantas señoras del Puente de los suspiros?"[73]

Asimismo, en este espacio se incluyeron las primeras noticias deportivas. Las actividades físicas no tenían gran difusión en la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX, por lo cual resultaba significativo que comenzaran a ocupar espacios propios en las páginas de los diarios. Los artículos se referían principalmente a los torneos de esgrima y a las carreras de caballos y *La Nación* fue el primero en incorporarlos en forma distintiva en su sección de "Variedades" a principios de 1870.[74]

La literatura también tuvo lugar en los diarios con las gacetillas, (espacio donde se publicaban versos, poesías y anécdotas o cuentos breves), y el folletín que entregaba diariamente el capítulo de una novela, generalmente romántica, de reconocidos autores extranjeros en los primeros tiempos. Los segundos fueron los más populares y, al igual que los fait-divers, tienen su origen en el periodismo francés. Antes de constituirse en novelas publicadas por episodios, el folletín señalaba el lugar, la parte inferior de la

[71] Sobre estos avances en la obtención de la información ver *La Nación, Edición Especial del 75º Aniversario, Op. cit.*, p. 20 y Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina*, *Op. cit.* p. 24.
[72] Roland Barthes, *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1977, pp. 225-236.
[73] Sobre la actuación de Héctor Varela en *La Tribuna* ver Héctor Viacava, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", art. cit., p.11
[74] Sobre el desarrollo de las noticias deportivas en *La Nación* ver *La Nación, Edición especial del 75º Aniversario, Op. cit.*, p. 79.

primera página, donde se inscribían las críticas y reseñas literarias, anuncios y recetas culinarias. En 1836, en medio de la conversión en empresa comercial del periódico, *La Presse* y *Le Siècle* introdujeron transformaciones importantes incorporando la publicación de relatos escritos por novelistas de moda, con lo que se buscó reorientar los periódicos hacia el gran público.[75]

En la prensa porteña, los folletines se incorporaron en la década de 1850 con la creación de nuevos diarios y la participación en ellos de los hombres de letras que regresaban de su exilio. De esta manera, el espacio literario compensó la escasez de libros publicados. Por ejemplo, en 1852 el diario *El Progreso* inauguró su sección literaria con una novela de Alejandro Dumas y *El patriota* publicó en 1858 *Los misioneros del Paraguay* de Elías Berthet. Las novelas francesas más famosas, como las escritas por Eugène Sue, también fueron traducidas y publicadas en forma de folletín.[76]

En 1860 y 1870, los folletines publicados en los diarios siguieron siendo en su mayoría traducciones de autores extranjeros, pero desde fines de los setentas y principalmente durante 1880, cobró importancia los relatos de autores nacionales. Entre estos últimos se destacaron las novelas con gauchos y los dramas policiales como *Juan Moreira* o *Antonio Larrea, un capitán de ladrones,* cuyo contenido estaba diseñado para captar al nuevo público que se estaba incorporando al consumo de los bienes culturales.[77]

En este sentido, Jesús Martín-Barbero indicó que la estructura propia del folletín se presentaba propicia para ser adquirida por los nuevos lectores: una letra más grande y espaciada (que facilitaba la lectura a quienes leer suponía un esfuerzo o no contaban de buenas condiciones de alumbrado); la fragmentación de las obras reducía la cantidad de lectura continua y la introducción del suspenso, logrado en base a que cada episodio contenía suficiente información como para satisfacer el interés y la curiosidad del lector,

[75] Sobre el surgimiento de los folletines y el proceso de masificación de los mismos ver Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y Hegemonía*, México, Gustavo Gili, 1987, pp. 136-141.

[76] Alejandra Laera, "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Historia crítica de la literatura Argentina*, *Op cit*., pp. 414-418.

[77] Sobre la vinculación entre los folletines y la ampliación del público lector ver Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, *Op. cit.* y Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

pero suministrada de una manera que hiciera surgir el deseo de leer el próximo capítulo.[78]

Además, el éxito de los folletines se consignó como una de las causas que impulsaron el aumento de las tiradas.[79] Los datos sobre ellas han resultado muy gráficos en este sentido. Por ejemplo, para la década de 1860 y la mayor parte de 1870 se consideraba como una publicación exitosa aquella que alcanzaba los 4.000 ejemplares diarios. En cambio, hacia fines de 1880, el *Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la ciudad de Buenos Aires* registraba que *La Prensa* y *La Nación* eran los diarios con mayor difusión, con una tirada promedio de 18.000 ejemplares. Le seguían *El Diario* con 12.500, *La Patria Italiana* con 11.000, *Sud-América* con 6.000 y *La Tribuna*, *La Patria* y *Le Courier de la Plata* con 5.500, 5.000 y 4.500 ejemplares respectivamente.[80]

El aumento de las tiradas se tradujo en una reducción de los costos de los ejemplares, y a su vez provocó que, la mayor recepción que tenían, se constituyera en una herramienta útil para la publicidad de los servicios y bienes que necesitaban ser vendidos por distintos sectores del mercado. De esta manera, los avisos publicitarios pasaron de ser pequeños aportes generados por miembros del partido o conocidos de los directores de los periódicos, (que como ayuda para solventar los gastos de la impresión promocionaban sus comercios y ofrecían sus servicios profesionales) a constituirse en el principal recurso económico con que contaban los impresos.[81]

Universidad de SanAndrés

* * *

El mundo periodístico entre 1852 y 1880 era un mundo caleidoscópico. Tradicionalmente considerado como un espacio reservado y dominado por la elite cultural y las facciones políticas, a lo largo de estas páginas se presentó un panorama en

[78] Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y Hegemonía*, *Op. cit*., pp. 143-147.
[79] Sobre la incidencia de los folletines en el aumento de las tiradas ver Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, *Op. cit*., pp. 56-60 y Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, *Op. cit.*, pp. 74-75.
[80] *Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires. 1887.* Buenos Aires, 1889, tomo II, pp. 545-546.
[81] Fernando Rocchi, "Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940", en Marta Madero y Fernando Devoto, *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 301-321.

el cual se mostró que éste estaba constituido como un espacio relativamente “abierto” en el que distintos segmentos de la sociedad pusieron en marcha, muchas veces exitosamente, sus propios proyectos.

Los años que abarcan el período analizado contenían un nutrido y heterogéneo repertorio de publicaciones, donde cada sector social y cultural de la ciudad parecía tener su representación. La prensa se presentaba como un ámbito de posibilidades, en el cual se ensayaban nuevos estilos, se copiaban y redefinían los ya existentes, permitiendo el desarrollo de las estrategias que eran intercambiadas y reelaboradas continuamente.

El mundo periodístico porteño tampoco fue un mundo estático, se encontraba inmerso en una sociedad, en la cual, el proceso de modernización cambiaba los parámetros de sus componentes en forma acelerada. En este marco, la prensa no se encargaba sólo de registrar estos cambios, era parte también de estas transformaciones.

Por lo tanto, si bien en este capítulo se delinearon algunas elementos de los impresos porteños, tanto los que tenían en común como los particulares de cada conjunto, como los formatos, objetivos, contenidos, las formas de adquisición y, a su vez, las transformaciones que acaecieron al transitar la segunda mitad del siglo XIX, la principal característica de este mundo fue que conformaba un espacio sin límites ni reglas precisas, propicio para el surgimiento de nuevos estilos y modalidades que convergían junto a los modelos y autoridades tradicionales, sin que ello significara el desplazamiento de unos por otros.

Universidad de SanAndrés

Capítulo II: *La Prensa* 1869-1879: inicio y despliegue en el interior del mundo periodístico porteño

I. Introducción

El primer ejemplar de *La Prensa* se publicó el 18 de octubre de 1869. Una década más tarde de su fundación se ubicaba entre los diarios porteños más importantes y, antes de que terminara el siglo, inauguraba un fastuoso edificio en el cual funcionaban, además de lo requerido para la producción del diario, consultorios médicos y jurídicos y una biblioteca, todos de acceso público y gratuito. Para ese entonces, el diario contaba con las rotativas Hoe, una de las tres rotativas más modernas que existían a nivel mundial, tenía fama internacional y colaboraban en él reconocidas figuras de la intelectualidad europea.[82]

Los relatos que han construido la historia de este diario, tanto desde *La Prensa* misma como de las biografías de José C. Paz, señalaron que este exitoso punto de llegada ya se hallaba en forma latente desde el proyecto y las funciones que el fundador había delineado para su nuevo impreso.

De esta manera, se destacó cómo, a pesar de los humildes comienzos, logró alcanzar los objetivos planteados por medio de los altos valores en que se basaba el periódico y de la visionaria capacidad de Paz para comprender mejor que nadie, cuáles eran las nuevas funciones que una sociedad transformada reclamaba de los periódicos porteños.

Nuestra intención en este capítulo es matizar estas visiones, a partir de una reconstrucción centrada en los primeros años de *La Prensa* que entrelaza la lectura de sus páginas con la imagen brindada por sus contemporáneos y aquellas formadas durante su período de esplendor. Asimismo, consideramos que esta historia debe tener en cuenta no sólo los episodios más significativos de *La Prensa*, si no cómo el diario constituyó sus elementos característicos en relación con el resto del mundo impreso.

[82] Sobre el prestigio alcanzado por *La Prensa* ver Oscar Beltrán, *Historia del periodismo argentino*, *Op. cit*., pp. 113-119.

II. Los inicios de *La Prensa*

Los inicios de *La Prensa* han sido visualizados desde dos ópticas que dan cuenta de imágenes diferentes sobre este proceso. Por una parte, tanto los textos dedicados al estudio de las publicaciones periódicas en general como los centrados en *La Prensa* proporcionaron una mirada positiva de la inserción del diario que señalaba a éste como un elemento que mejoraba las características del periodismo existente. En contraposición se encontraba la recepción de los propios periódicos que ya ocupaban un lugar consolidado en el ámbito periodístico en el momento en que surgió *La Prensa*, quienes ofrecieron una visión negativa caracterizada por reacciones que se ubicaban entre el rechazo y la ignorancia.

Los textos que reconstruyeron la vida del diario subrayaron la relevancia de dos elementos principales que rigieron desde su fundación. El primero era la connotación diferente en el proyecto de Paz respecto del periodismo existente, el cual era considerado por ellos como sumamente deplorable y definido fundamentalmente como "la voz de un político militante que buscaba entrelazar en las páginas una improvisación de ideas con las ambiciones personales de poder".[83] Asimismo, la acción del diarismo se había reducido a una intromisión constante de la vida privada de los adversarios, apelando a constantes injurias con el sólo propósito de derrotar a los integrantes de un bando contrario.[84]

Bajo esta visión, la creación de *La Prensa* obedeció a un proyecto reaccionario de José C. Paz frente a este diarismo decadente, inmerso en pasiones y ambiciones personales. En él, el diario debía informar al pueblo de sus múltiples actividades, presentando comentarios libres de la influencia de todo caudillo, cuya función y objetivos estuviesen marcados por ideales republicanos, prescindiendo de los intereses individuales para vigilar los intereses del país originados en las prácticas de sus instituciones.[85]

Casi dos décadas después de la aparición del diario, Jorge Navarro Viola recogía en su estudio sobre la prensa argentina las frases de la carta de presentación del diario en el párrafo en que caracterizaba a *La Prensa* y expresaba:

[83] José Manuel Eizaguirre, ¿*Dónde está el pueblo?*, *Op. cit*., 1929. p. 219.
[84] Cosme Mariño, "El primer número de *La Prensa*", *La Prensa*, 18 de octubre de 1918.
[85] José Manuel Eizaguirre, ¿*Donde está el pueblo*?, *Op. cit*., p. 220.

> "notábase en ella las características que la han hecho fuerte: "*La Prensa* se propone estudiar concienzudamente la opinión pública antes de invocarla, se propone seguirla y apoyarla en vez de conducirla violentamente. Estas frases de un programa que se ha cumplido, muestran la diferencia esencial que existe entre ella y otros diarios como *La Nación*, esta guía la opinión y la forma, aquella la sigue"[86]

En forma similar, Ricardo Rojas, en su capítulo dedicado a las empresas editoriales, dentro de su *Historia de la Literatura Argentina*, destacaba que era notorio que *La Prensa* se hubiese mantenido fiel al espíritu de sus palabras iniciales, guiando y apoyando la opinión pública, en lugar de violentarla.[87]

Esta particular imagen se veía reforzada por el hecho de que la fundación de *La Prensa* no había obedecido a motivos originados por las circunstancias políticas, como sí había sido para gran parte de los diarios que circulaban en el ámbito porteño. Las cartas de presentación de los periódicos de la época mostraban explícitamente como su aparición estaba supeditada a la función de propaganda de determinadas personalidades y programas de la vida política. Así, en su primer número, *El Nacional*, se presentaba como baluarte de los objetivos perseguidos por Justo José de Urquiza:

> "Este diario tiene por principal objetivo coadyuvar a la obra de la organización de la República emprendida por el General Urquiza, preparando el género de existencia social que en adelante deben darse los pueblos que formen en adelante la República Argentina… […]
> El señor General Urquiza principia ya la grande obra de la Constitución de la república y *El Nacional* creyendo divisar en el horizonte de su patria una aurora de felices presagios va a acompañarle desde el primer día…"[88]

En forma similar, la fundación de *Nación Argentina* fue ideada como herramienta para sostener la política de Mitre y apareció un mes antes de su asunción a la presidencia en septiembre de 1862 expresando que sus objetivos eran robustecer el vínculo de la nacionalidad y defender a la República Argentina contra todas las tendencias disolventes contrarias al bienestar de la Nación y de las provincias.[89]

En contraste, el surgimiento de *La Prensa* no fue atribuido a una causa política, sino que, considerando literalmente los principios que el mismo diario había establecido en sus declaraciones, estuvo originado en una marcada inclinación de Paz por los problemas de interés público, privilegiando siempre la defensa de los derechos del

[86] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina*, *Op. cit.*, p. 11
[87] Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura Argentina*, *Op. cit*., p. 576.
[88] *El Nacional*, 1 de mayo de 1852.
[89] Ver *Nación Argentina*, 15 de septiembre de 1852.

pueblo.[90] Este argumento se sustentaba, además, en que la solidaridad y preocupación por las cuestiones públicas, defendidas a través del impreso, ya habían tenido su antecedente en *El Inválido Argentino*.

En el transcurso de la guerra contra Paraguay, los alumnos de la Facultad de Derecho constituyeron un batallón de voluntarios denominado "Belgrano", pero ante la negativa de que éste fuera al frente de batalla, sus integrantes decidieron cooperar desde Buenos Aires en otros ámbitos requeridos por la guerra. Surgió así, el 12 de diciembre de 1866, la Sociedad Protectora de Inválidos encargada de juntar fondos para asistir a los heridos que regresaban del frente de batalla. Con el fin de promocionar las acciones de la asociación y llevar adelante la construcción de un hospital para quienes habían sufrido graves mutilaciones, comenzó a circular el semanario dominical *El Inválido Argentino,* el 1 de enero de 1867.[91]

Todo el movimiento de la asociación se expresaba en sus páginas: las listas de donaciones, las contribuciones de los comerciantes y de las instituciones, como así también la compra de miembros artificiales para los mutilados y los avances sobre la construcción del hospital. Constituido como un diario de interés general, sus páginas también incorporaron noticias políticas redactadas por Carlos D´Amico, Carlos Keen y Juan Antonio Argerich; una sección con noticias y hechos de diverso interés y además, incluía una sección literaria, en la cual colaboraron escritores como el uruguayo Magariño Cervantes, el chileno Guillermo Blest Gana y el cubano Tomás de Veyga, destacándose también numerosos escritos de los estudiantes de la facultad como Amancio Alcorta, Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Norberto Quirno Costa, Santiago Estrada, Matías Behety, José Antonio Terry, Adolfo Saldías, José Mármol, Ricardo Gutiérrez, Ángel Carranza y Cosme Mariño.[92]

José C. Paz se involucró completamente con la obra de la asociación, desempeñando el cargo de secretario y luego el de presidente en julio de 1867, junto a la redacción de la sección del diario destinada al accionar de la institución. En febrero de 1868, *El Inválido Argentino* dejó de publicarse a causa de los estragos ocasionados por la epidemia del cólera. A partir de ese momento, Paz comenzó a idear un proyecto para

[90] Francisco Javier Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz, Op. cit*., pp. 76-79.
[91] Sobre La Sociedad Protectora de Inválidos y *El Inválido Argentino* ver Rafael Arrieta, "El Fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., 1943, pp. 10-13 y Miguel Ángel de Marco, *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el centenario de mayo*, Buenos Aires, EDUCA, 2006, p. 287.
[92] Ver Rafael Arrieta, "El Fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., p. 12.

dar a luz un nuevo impreso que cubriera objetivos similares a los de este periódico, que no habían sido llenados por ninguno de los ejemplares en circulación.[93]

Por lo tanto, el otro eje sobre la concepción de *La Prensa* era precisamente la idea de que ésta venía a satisfacer una necesidad de un periodismo diferente, alejado de las luchas facciosas y los personalismos políticos, que había surgido en la sociedad porteña, la cual reclamaba un cambio y mejoramiento en el estilo y objetivos de los impresos.[94]

Una perspectiva diferente de la inserción de *La Prensa* se desprende de su recepción en el espacio periodístico. La prensa porteña no le dio la bienvenida ni acusó su presencia en el mundo periodístico. Sólo se publicaron dos breves referencias al diario durante 1869, la primera fue del 20 de octubre, al final de las noticias del día de *La República* se leía la frase: "La Prensa: es el título del nuevo diario de la tarde que apareció ayer."[95] La segunda indicación pertenecía a *La Nación Argentina*, que con un tono despectivo y en la misma sección que *La República* expresaba:

> "Un periodiquín con el nombre de La Prensa que recién hemos visto y cuya existencia ignorábamos, pretende ayer alcanzarnos con algunos insolentes picotones. No estando dispuestos a emprender discusiones con diarios sin importancia ni méritos, le damos por ahora el desprecio por respuesta, reservándonos el derecho de obrar como nos parezca en adelante.
> C.D.C."[96]

Estas dos frases revelaban el lugar en que era colocada *La Prensa* dentro del ambiente periodístico. Para este período, como se describió en el capítulo anterior, era común el intercambio de opiniones, saludos y transcripciones de los artículos de un diario a otro, ya sea para alabarlos o criticarlos. Todo esto pautaba el reconocimiento de los otros ejemplares como miembros del diarismo. En este sentido, tanto el silencio de

[93] Ídem. pp. 12-13.
[94] Distintos autores coinciden en este aspecto. Así Oscar Beltrán expresaba que "*La Prensa* no nace pues de una aventura. El anhelo, el ideal de su fundador coincide con una necesidad del ambiente y del momento histórico"; José Manuel Eizaguirre planteaba a su vez: "La presencia de *La Prensa* en el escenario político de la Argentina de octubre de 1869, respondió a una necesidad evidente desde los tiempos de la organización nacional y en los días que se iniciaba una nueva era del trabajo y empezaba a agrandarse el caudal de inmigración que transformó todas las cosas nuestras" y Francisco Ruiz de Luque afirmaba en modo similar que "la gente culta que va siendo cada vez más, empieza a criticar el sistema con mayor intensidad a medida de que se van borrando los recuerdos funestos de la tiranía. Hay en el ambiente un deseo de mejoramiento: parecen presentirse los mejoramientos que aportaría un cambio y se le quiere y se le espera con impaciencia." Ver Oscar Beltrán, *Historia del periodismo argentino, Op. cit.* p. 257; José Manuel Eizaguirre, *¿Donde está el pueblo*?, *Op. cit.*, p. 212 y Francisco Javier Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz, Op. cit.*, p. 75.
[95] *La República*, 20 de octubre de 1869.
[96] *La Nación Argentina*, 21 de octubre de 1869.

los impresos como las frases inocuas de *La República* o despreciativas de *La Nación Argentina* señalaban que *La Prensa* no era identificada como un interlocutor válido dentro del mundo del diarismo porteño.

La exclusión se observaba también en la negativa de canje de ejemplares. El 5 de noviembre, cuando el diario amplió su formato, denunció nuevamente que *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación Argentina* no enviaban sus respectivos diarios a la imprenta Buenos Aires, a pesar de que diariamente *La Prensa* les remitía una copia a cada uno, agregando que: "Ahora que nuestro diario se ha agrandado y que por consiguiente lo alcanzan a ver, esperamos que nos alcancen el diario."[97]

Este desaire en la recepción contrasta significativamente con los saludos usuales que se ofrecían a los nuevos integrantes. Un claro ejemplo de ello fue la recepción brindada a *La Discusión* por *La República*, la cual, en su primera página dedicaba, un extenso artículo anunciando la próxima aparición del diario que sería redactado por Francisco López Torres y describía las excelentes cualidades que este aportaría al impreso.[98]

Resultaba notable la diferencia de tratamiento a un diario que todavía no había aparecido y el silencio que pesaba sobre el de Paz, que ya hacía un mes que estaba en circulación. Esta actitud por parte de los periódicos nos lleva a cuestionarnos acerca de las razones que se hallaban detrás de este desaire hacia *La Prensa*, más aún teniendo en cuenta que si bien en esta etapa José C. Paz no era todavía una personalidad sobresaliente, tampoco era una figura desconocida, como se verá en el capítulo dedicado a los hombres de prensa, en tanto que ya participaba en los mismos ámbitos de sociabilidad de gran parte de los escritores y propietarios de las publicaciones periódicas.

Posiblemente una de las razones de este desaire se hallaba en la propuesta innovadora que Paz había ideado para *La Prensa*, que buscaba insertar su impreso sin depender de un respaldo económico de las subvenciones, lo cual le otorgaba mayor libertad de decisión sobre la confección de sus páginas, podría haber sido considerado como un desafío a la práctica periodística existente. Quizás las causas tuvieran cierta vinculación con la definición de *La Nación Argentina* que caracterizaba a *La Prensa*

[97] *La Prensa*, 5 de noviembre de 1869.
[98] *La República*, 19 de noviembre de 1869. El 3 de diciembre *La República* dedicó también la mitad de una columna de la primera página para felicitar la aparición de *La Discusión* y transcribir la recepción brindada por los otros periódicos.

como diario "sin importancia ni méritos", por lo cual no se creía en la obligación de entablar ninguna discusión con él.

En este sentido, podríamos pensar que la falta de restricciones para el ingreso en el mundo periodístico y de reglas fijas planteadas en el capítulo anterior, si bien permitían el desarrollo de una pluralidad de proyectos, no significaba la inexistencia de pautas tácitas que debían ser adoptadas para ser reconocido como un miembro legítimo por parte de los otros integrantes de este universo.

Más allá de las visiones generadas en uno y otro sentido, los inicios de *La Prensa* en el mundo periodístico estuvieron signados por las dificultades económicas. La financiación del periódico se sustentó mediante la suscripción de acciones de dos mil pesos moneda corriente, contando con un total de setenta mil pesos. Este era un capital inicial bastante inferior al de otros diarios, el cual no alcanzaba para comprar la imprenta, ni tampoco para solventar una impresión en gran formato.[99] A este escaso capital inicial se sumaba como dificultad financiera que los ingresos se hallaban restringidos al aumento de la circulación, en tanto que uno de sus principios orgánicos se basaba en no recibir aportes desde el gobierno o los partidos políticos.[100]

De esta manera, el mantenimiento de la circulación estaba supeditado al aumento de las ventas de los ejemplares y de los avisos publicitarios. Sin embargo, a pesar de ser "la respuesta a una necesidad social", el diario pasó desapercibido, sin obtener durante las primeras semanas la repercusión que esperaba.

Para dar relevancia al diario, entonces, fue necesario recurrir a nuevas estrategias. Las memorias celebratorias realzan cómo, en estas circunstancias, la humildad de recursos fue suplida con la sagacidad y fuerza de voluntad de Paz. La promoción estuvo a cargo de un grupo de estudiantes amigos que recorrían los cafés pidiendo el diario y hombres emparedados entre cartelones que resumían las noticias importantes de la edición reciente circulaban por las calles más transitadas. Sin embargo, esto no dio grandes resultados, por lo tanto, José C. Paz decidió vender la casa

[99] Por ejemplo, para poner en circulación *La Nación*, Mitre contó con un capital de 800.000 pesos, reunidos mediante la suscripción de acciones entre él y nueve amigos, para una tirada de 1.000 ejemplares. Ver *La Nación, Edición Especial del 75º Aniversario*, 4 de enero de 1945, p. 15. *La Prensa* comenzó a circular en formato pequeño y en una sola hoja hasta el 5 de noviembre de 1869.

[100] El diario ratificó públicamente esta decisión en una de sus páginas pocas semanas después de su aparición: "A partir de los primeros días de la fundación de este diario hemos adoptado la resolución de no admitir suscripciones de ningún gobierno. […]Se considerará como una ofensa gratuita a la dirección y redacción de este diario, exigir se aparte de la imparcialidad que debe presidir a todos sus juicios, tratando de captarse la voluntad o la gratitud de los encargados de las diferentes secciones que forman sus columnas, por cualquier medio que sea." Ver *La Prensa*, 15 de noviembre de 1869.

que su esposa, Zelmira Díaz, había recibido como herencia. Con ese dinero compraron la imprenta de Estanislao del Campo y duplicaron el tamaño de la hoja.[101]

Meses más tarde de la aparición de *La Prensa* en gran formato se produjo el episodio que ha sido marcado sucesivamente como el principal promotor de su expansión: la obtención de noticias acerca de la guerra franco-prusiana iniciada a principios de 1870. El diario convino secretamente con un colega de Montevideo, a cuyo puerto llegaban los barcos provenientes de Europa un día antes que a Buenos Aires, la impresión inmediata de un boletín, resumiendo las principales noticias que estos traían. El boletín pasó de un barco a un bote que lo esperaba para evitar la inspección de sanidad y la demora consecuente. Antes del amanecer se anunció con bombas la entrega de los boletines gratuitos anunciando la rendición de Metz y de Sedán con la prisión del emperador, prometiendo un mayor desarrollo de la información en la edición vespertina.[102]

Debemos tener en cuenta que era usual, a partir de la década de 1860, la impresión de boletines para notificar más rápidamente de determinados sucesos. Estos se entregaban a quienes estaban suscriptos al diario y, a partir de 1867, también se vendían en la calle.[103]

Rafael Arrieta y Javier Ruiz de Luque han destacado que esta iniciativa le otorgó una gran repercusión y un aumento de las tiradas, al ser el primer diario en transmitir de esta forma los sucesos europeos. Sin embargo, la edición del 75º aniversario de *La Nación*, describió una versión similar para su diario, que también hizo imprimir los boletines directamente en Uruguay en los talleres de *La Tribuna* y *El Siglo*, para que fueran repartidos en la ciudad apenas atracara el barco en el puerto. Para acelerar la obtención de la información, además, se envió un corresponsal a Lisboa, para que desde allí enviase informaciones las cuales eran recogidas por otro corresponsal en Montevideo y desde allí transmitidas por telégrafo a *La Nación*.[104]

Debemos detenernos, entonces, en la relevancia que tuvo este episodio en los inicios del periódico, más allá de la astucia desplegada por el personal de *La Prensa* para obtener la información. En la cobertura de la guerra franco-prusiana el diario desplegó dos tácticas que le permitieron reafirmar su presencia en el mundo

[101] Rafael Arrieta, "El fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., pp. 14-15.
[102] Ídem, p.14
[103] Manuel Bilbao, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Buenos Aires, editorial Ferrari, 1934, p. 463.
[104] *La Nación, Edición Especial del 75º Aniversario, Op. cit.,* p. 20.

periodístico. En primer lugar, la entrega de los boletines mostraba la capacidad del diario para utilizar las mismas estrategias que los periódicos ya consolidados y, a partir de ese momento, ser considerado un interlocutor válido para ellos.

Por otro lado, como estableció Diego Valenzuela, el énfasis puesto en la cobertura de los hechos internacionales puso de manifiesto una prensa que estaba conciente de los intereses de un creciente público conformado por inmigrantes, pero, además, en cómo la competencia se desarrollaba también por fuera del terreno político.[105] *La Prensa*, en este sentido, puso en juego la maniobra de comunicar constantemente a sus lectores los esfuerzos y artilugios desarrollados para satisfacer su avidez de información, como también su superioridad frente a los otros periódicos. Así, bajo el título "Gran triunfo de *La Prensa*", narraba con sumo detalle los pasos proseguidos para ser los primeros en dar las noticias sobre los acontecimientos de la guerra que se desarrollaba en Europa.[106] El artículo no aportaba ninguna información nueva, la cual ya se había remitido en los boletines matutinos. Su objetivo era promocionar el diario a través de la descripción del proceso de obtención de esas novedades.

De esta manera, se evidenciaba una de sus tácticas más recurridas en esta etapa: una constante propaganda de sí mismo, tanto desde las páginas del diario como anuncios callejeros. Esta autopropaganda no se remitió únicamente a la información que podía brindar, ya había sido utilizada para la sección publicitaria. Por ejemplo en la primera página del 6 de noviembre, en la sección "Hechos Locales", también con el título "Gran triunfo de *La Prensa*", celebraba la recepción de una publicidad de Hesperidina (Ver anexo, figura 1):

Universidad de San Andrés

[105] Diego Valenzuela, *En camino hacia la empresa periodística. El caso del diario La Prensa durante la década de 1870*, *Op. cit*., p. 54.

[106] "**Gran triunfo obtenido por La Prensa.**
Cómo habrán visto ya nuestros lectores, *a las siete éramos los primeros en dar boletines con las noticias*, que sin omitir gasto alguno, nos remite desde Montevideo nuestro activo corresponsal Machado y el enviado especial Cueto. Dos personas han estado pendientes en el Telégrafo de esta ciudad, desde anoche a las 9 hasta las 7, hora en que recibimos los primeros partes. Por el siguiente telegrama *verá el público cuanto ha trabajado La Prensa para obtener el triunfo* de esta mañana:
Montevideo, septiembre 18, 11.30 de la noche.
Ezequiel Cueto a La Prensa:
Llego de abordo en este momento. Hemos recorrido doce leguas en una lancha a vapor, no avistase el paquete. Hemos adoptado una señal. Llevábamos cohetes azules y colorados. Los primeros anunciaban a nuestros encargados que quedaban en el muelle el triunfo de los franceses, los segundos los prusianos, para que lo telegrafiasen inmediatamente. En este momento parto a otra excursión para esperar el paquete más afuera." Ver *La Prensa*, 11 de septiembre de 1870. (el subrayado es nuestro).

> "Ayer iba un amigo por la calle Moreno, cuando en la imprenta Buenos Aires vio que entraba y salía la gente con gran alborozo con un gran papel en la mano que se leía con avidez. Nuestro amigo se metió entre la gente y a fuerza de empujones logró arrimarse a la mesa de la dirección donde se estaba vendiendo La Prensa.
> Nuestro amigo ofreció $5 por una Prensa, al instante que otro individuo que estaba a su lado ofreció otros $5. Aquí fue Troya, ambos se disputaban el diario […] En fin, ayer ha sido un día de jubileo en nuestra imprenta. Bagley nos mandó a pedir 200 diarios y a la oración nos devolvió $10.000. Él los había repartido entre sus amigos y al ver solamente el aviso del gran tónico del día no pudieron menos que pagar entusiasmados cuanta plata sacaban del bolsillo."[107]

La repercusión que realizó el diario sobre este aviso, da cuenta de lo significativo del hecho. Por un lado, el anuncio de Hesperidina, al exhibirse al día siguiente de la ampliación de las páginas, le otorgaba al diario una herramienta más para ser reconocido dentro del diarismo porteño: compartía no sólo el tamaño, sino que al igual que los grandes periódicos, había sido elegido para publicitar uno de los productos más exitosos.[108] Por otro lado, representaba un gran aporte económico, si tenemos en cuenta, que mientras circuló en su formato pequeño, sólo publicaba tres avisos, de los cuales uno pertenecía a Juan Belgrano, prosecretario de La Sociedad Protectora de Inválidos.[109] Pero, además, señalaba la importancia que la sección comercial poseía para *La Prensa* y cómo el diario desplegaba tácticas para captar la atención de los lectores.

En este sentido, se destaca un artículo publicado el día 5 de noviembre (un día antes de la aparición del aviso de Hesperidina), que si bien se ubicaba dentro de la sección de "Hechos Locales", contenía todas las características de una publicidad:

> "**No lean ustedes**- se me ha prohibido terminantemente no decir una sola palabra de la Hesperidina de Bagley. Así que me quedo con las ganas de recomendarla.
> Yo averiguaré el porqué, aunque creo para mí, que cuando una cosa es muy popular, le daña toda recomendación.
> Por consiguiente no he dicho nada.
> No leer pues lo que he escrito."[110]

La inserción de este texto entre medio de dos notas policiales, ponía en relieve el empleo de estrategias publicitarias modernas como la utilización de un espacio

[107] *La Prensa*, 6 de noviembre de 1869.
[108] Sobre el impacto producido por la publicidad de la Hesperidina ver Fernando Rocchi, "Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución en Argentina, 1860-1940", en Marta Madero y Fernando Devoto, *Op. cit*., pp. 301-321 y Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, *Op. cit*., p. 198.
[109] Los avisos publicados durante las primeras semanas correspondían a Baltazar Moreno quien anunciaba sus servicios de corretaje y remates; La Cigarrería Argentina y el de Juan Belgrano que ofrecía sus servicios de abogado. Estos tres avisos fueron los únicos publicados desde el 18 de octubre hasta el 4 de noviembre de 1869.
[110] *La Prensa*, 5 de noviembre de 1869.

informativo con una finalidad y un contenido específicamente publicitario. Un paso más osado en este sentido, fue la publicación de un editorial que bajo el título "Los avisos, su publicidad bien entendida", realizaba un detallado análisis de las causas que determinaban la conveniencia de elegir a *La Prensa* en lugar de otros diarios de mayor tirada para publicar anuncios.[111]

Asimismo, se debe tener en cuenta que, tanto en este editorial como en los artículos de "Hechos Locales", si bien se respetaban las características de cada sección, (un discurso informativo-narrativo para la sección hechos locales y uno argumentativo para el editorial) ambas fueron utilizadas para una autopromoción que buscaba subrayar la superioridad del diario en cuanto a la publicidad comercial, tanto por la calidad de los avisos como por el alcance de los lectores que tenían acceso a los mismos. Un ejemplo claramente manifiesto fue el uso publicitario de este editorial, el cual fue reproducido con escasas modificaciones el 12 de julio de 1870, pero esta vez en la sección comercial de la última página del diario.

En este sentido, *La Prensa* daba cuenta de una aguda percepción acerca de las nuevas formas de circulación de los impresos, estableciendo una diferencia entre ésta y la suscripción. El diario plateaba que los números de suscripción no reflejaban los números de lectores, en tanto que una vez leído el ejemplar era compartido entre vecinos y conocidos.[112]

Diego Valenzuela, a su vez, destacó que resultaba novedoso para el período que el diario apelara al nuevo público de Buenos Aires, en el cual los lectores y avisadores de la ciudad aparecían como un mercado prioritario, al que trataba de cooptar con un estilo altamente competitivo.[113]

A pesar de este accionar, resulta significativo pensar cómo en la reconstrucción de su historia, el enfoque general se centró en destacar al diario por sus valores morales y principalmente en los recursos para obtener la información, pero se suprimió todo lo vinculado con las estrategias desplegadas por *La Prensa* en la obtención de recursos por

[111] El editorial culminaba expresando: "El público de todo lo enunciado, considerando el rápido aumento que mes por mes, semana por semana y día por día adquiere la circulación de *La Prensa*, comprenderá la importancia que tendrán sus avisos publicados en este diario, porque ellos será los más leídos y más conocidos de todos." Ver *La Prensa*, 18 de junio de 1870.

[112] El editorial del 18 de junio expresaba: "*La Prensa* que casi todos los días trae importantes materiales, la recibe el vecino, pero apenas a concluido de leerla, se la envían a pedir al mercero de enfrente, el panadero de al lado, la costurera de la otra cuadra… (Lo mismo en los cafés, bodegones, fondas). De esta suerte vemos que La Prensa en un suscriptor representa 10, 20 o 40 lectores…". Ver *La Prensa*, 18 de junio de 1870

[113] Diego Valenzuela, *En camino hacia la empresa periodística. El caso del diario La Prensa durante la década de 1870, Op. cit*., pp. 85-86.

medio de la publicidad. Posiblemente, la visión del diario como un elemento que se había creado para ser un medio que mejorara las características del diarismo y constituirse en una herramienta al servicio de la sociedad no permitió centrar la atención en otros aspectos que se tornaron fundamentales para el periódico. Más aún, en estas visiones el aspecto comercial era negado rotundamente:

> "La empresa triunfó plenamente, porque el gran periodista cuando fundó su diario no tenía propósito alguno de lucro, sino que estaba guiado por un sentimiento patriótico."[114]

> "*La Prensa* había confesado en su primer número que no la guiaba ningún móvil mercantil y eso quedaba demostrado en todas sus actitudes."[115]

Así, en los relatos generados en el período de esplendor de *La Prensa*, hallamos que se reiteraba la caracterización de un mismo perfil para el proyecto de Paz: una heroica empresa que pudo subsistir a un humilde origen sin otra herramienta más que demostrar al público que el noble objetivo que perseguía no era otro constituirse en un benefactor del pueblo, brindando información que servía para defender sus intereses y no a un sector político.

Incluso, este perfil fue creado tomando principalmente como cimiento las expresiones de la carta de presentación y haciendo caso omiso del balance posterior que manifestaba las declaraciones del propio diario, entre las dimensiones que constituían su estrategia periodística. En la imagen creada por aquellos relatos, las tácticas comerciales de la empresa no tenían lugar, sino que ésta transmitía que el diario pudo mantenerse por una ampliación constante de su tirada generada en una notable aceptación de los lectores, que encontraban en él materiales de lectura superiores al resto de los diarios.

III. La primera década de *La Prensa*

Los primeros ejemplares de *La Prensa* presentaban una estructura un poco desorganizada en sus dos únicas páginas. En la primera aparecían mezcladas las noticias acerca de diversiones públicas con las referidas a eventos políticos e internacionales, todas resumidas en breves líneas, y el editorial; en la segunda página se ubicaba la gacetilla, los hechos locales y variedades y los avisos. Pero en noviembre, cuando

[114] Francisco Javier Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz, Op. cit.*, p. 75.
[115] Rafael Arrieta, "El fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., p. 14.

amplió su tamaño y número de páginas, asumió un formato similar al de *La República*: el editorial en la primera página y en la primer columna, seguido por las noticias internacionales y los hechos locales, el folletín ubicado en la franja inferior de la hoja; en la segunda página continuaban los hechos locales junto a variedades y gacetilla; en la tercera, la sección comercial y de aduana, las diversiones públicas, los horarios de salida y arribo de vapores y los avisos que continuaban ocupando la totalidad de la última página.[116]

De esta manera, el diario no incluía ninguna sección novedosa sino que buscaba competir utilizando los mismos materiales que los periódicos de mayor circulación. No obstante, a lo largo de toda la década, esta estructura no se mantuvo igual, mientras que algunas secciones continuaron similares al resto del diarismo porteño, otras fueron suprimidas a la vez que también se puso a la cabeza de las innovaciones que comenzaron a ser incluidas en las páginas de los impresos.

III. a. Las secciones usuales

El editorial era el corazón de todo periódico, en él se definía el programa y el lineamiento partidario y se desarrollaban las principales contiendas facciosas a través de un dialogo fluido entre los integrantes del diarismo porteño. Aunque la puja partidaria siempre estuvo presente, no fue el tema exclusivo de los editoriales de *La Prensa*, en los cuales se dio lugar a un abanico de temas que excedían el ámbito de la disputa facciosa como la salud y la higiene, la educación y los problemas derivados de la urbanización y rápido crecimiento de la ciudad de Buenos Aires como se verá en el cuarto capítulo.

La aparición en el editorial de estos tópicos daba cuenta de la valoración que se les otorgaba. Principalmente, porque ésta era la sección central, en la que se definía la identidad ideológica de cada impreso. Pero además, ella brindaba un marco de tratamiento específico que no existía en las otras secciones: la presentación de un tema, la descripción detallada del mismo y la posibilidad de debate, a través de un intercambio de opiniones entre el propio diario y las expuestas por las otras publicaciones.

[116] Si bien los principales diarios poseían secciones similares durante la década de 1870 algunos variaron su distribución, por ejemplo *La Nación*, *La Tribuna* y *El Nacional*, en su primera página ubicaban las noticias internacionales, las noticias locales y el folletín, dejando el editorial para la segunda página.

Pese al remarcado carácter retórico de los editoriales, en él se incorporaron elementos nuevos que tamizaban las opiniones con información. El 5 de febrero de 1873, por ejemplo, *La Prensa* anunciaba:

> "Hemos constituido un empleado para que revise toda la ciudad y nos denuncie cuadra por cuadra donde se haya una violación de la ley de higiene, para hacerla conocer y así servirá *La Prensa*, como lo ha hecho siempre, su tarea de remover inconveniencias y castigar abandonos administrativos."[117]

A partir de ese momento, comenzó a aparecer sucesivamente los artículos donde "el enviado especial" mencionaba las calles y sitios en condiciones deplorables para el estado sanitario de la ciudad. Si bien con esta practica se buscaba presionar a la municipalidad, resultaba relevante la estrategia utilizada en la construcción de estos artículos. Los contenidos de los editoriales eran confeccionados basándose en los conocimientos e intereses de su autor, pero la introducción del "enviado especial" daba cuenta de cómo comenzaban a colarse tímidamente, dentro de la opinión, la práctica de ir a buscar la información en el espacio donde ésta ocurría, un procedimiento propio del periodismo informativo del siglo XX. [118]

En forma similar, las publicaciones en los periodos de epidemia incorporaron informaciones fácticas junto a las usuales argumentaciones retóricas. Así, unidas a las denuncias contra las autoridades y las propuestas sobre lo que debía realizarse en materia sanitaria, aparecieron indicaciones dirigidas a la población sobre posibles tratamientos y formas de combatir las pestes, recomendando el uso de agentes químicos para la desinfección o publicando las teorías formuladas por científicos extranjeros. Además también se agregaron cuadros estadísticos, brindando parámetros sobre la cantidad y ubicaciones de las defunciones.[119]

La modificación en las fuentes de información también se registró en la sección de noticias internacionales. Los contenidos de esta sección provenían durante los primeros años, a través de Ezequiel Cueto, el corresponsal del diario en Montevideo, utilizando el cable telegráfico y también con la transcripción de los periódicos europeos que llegaban al puerto.

---

[117] *La Prensa*, "Mal estado de nuestras calles", art. cit.

[118] Sobre las características del periodismo informativo del siglo XX ver Nicolás González Ruiz (dir.), *Enciclopedia del periodismo*, Madrid, Norguer, 1966, pp. 701-708.

[119] Ver *La Prensa*, "La higiene pública", 6 de febrero de 1871; "Las medidas higiénicas", 10 de febrero de 1871; "La obra de la comisión médica" (junto con el artículo se reproduce un cuadro correspondiente a la morbilidad, mortalidad y asistencia médica desarrollada en la parroquia de San Telmo), 28 de marzo de 1871; "Lo que parece más raro suele ser lo más acertado", 29 de marzo de 1871; "Indicaciones oportunas para la población", 28 de diciembre de 1873.

Al iniciarse la guerra franco-prusiana, como ya se planteó, *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna* hicieron acuerdos con las empresas periodísticas extranjeras para que fuesen enviados por barco, no un sólo ejemplar, sino cierta cantidad de copias que eran luego entregadas junto con el periódico local a los integrantes de la lista de suscripción.

La relevancia de poder ofrecer un mejor servicio informativo sobre los eventos internacionales se observa en una carta que *La Prensa* dirige a sus lectores en la cual se quejaba de una competencia desleal, en tanto que las copias correspondientes a su diario no eran entregadas como se había pactado pero sí las que debían ser proporcionadas a *La Tribuna*.[120]

La denuncia explícita que realizaba a través del artículo subrayaba la importancia cada vez mayor que adquirió la celeridad de la publicación de eventos internacionales y cómo los diarios porteños habían avanzado en las estrategias para reducir los plazos entre la publicación de los eventos por los diarios europeos y su recepción en Buenos Aires. Pese a ello, en todos estos nuevos métodos, desde la impresión de boletines directamente en Montevideo hasta la compra de ejemplares europeos, se mantenía la transcripción literal de los artículos de los diarios publicados en el viejo continente.

La transformación de esta práctica se inició por una parte con la contratación de los servicios de la agencia de noticias Havas-Reuter y el establecimiento de un servicio corresponsal propio en Chile por parte de *La Prensa* en 1878. La decisión de establecer su propio corresponsal en Chile marca una innovación importante, no tanto porque sea el primero en hacerlo, sino porque lo usual era que los esfuerzos realizados por los periódicos tendían a mejorar el sistema de información proveniente de Europa y no de los países sudamericanos. Incluso los corresponsales que se designaban en Montevideo tenían como principal función remitir los informes de los diarios europeos que llegaban en primer lugar a ese puerto.

Estos avances no sólo redujeron considerablemente el tiempo entre el desarrollo de los hechos y su publicación en Buenos Aires, por una parte, marcaban nuevas pautas acerca de los elementos que debía incorporar un diario si quería mantenerse como integrante del grupo constituido por los principales diarios. Así lo expresaba *La República* al contratar los servicios de la agencia Havas-Reuter:

[120] Ver *La Prensa*, "La dirección de La Prensa a sus lectores", 7 de noviembre de 1870.

> "Ayer firmamos un contrato con la agencia Havas. Nos cuesta ochenta fuertes oro pagados anticipadamente por el servicio diario de telegramas políticos de Europa, Estados Unidos, el Pacífico, etc.
> El público sabrá retribuir tamaño esfuerzo para poner a su alcance las últimas noticias […]
> No puede haber diario importante hoy sin ese servicio telegráfico que nos pone en comunicación con todo el mundo."[121]

Por otra parte, como se señaló en el primer capítulo, los diarios comenzaron, principalmente con el sistema de corresponsalías, a construir y redactar las noticias internacionales, dejando de lado la transcripción literal de los periódicos extranjeros y elaborando los artículos basados en la información obtenida de primera mano.

A pesar de las innovaciones constantes, las noticias internacionales no conformaban una sección fija, sino que su aparición dependía de la importancia que los sucesos europeos tenían para el público porteño o de la cantidad de materiales de las otras secciones. De este modo, era usual que cuando *La Prensa* encaraba diversas campañas en sus editoriales o había una gran variedad de noticias locales, no se publicaban eventos internacionales incluso durante varias semanas.

La contracara de las noticias internacionales estuvo conformada por las noticias locales, las cuales no demandaron una apuesta tan importante de recursos y tecnología por parte de los ejemplares y sin embargo constituyeron el espacio de mayor crecimiento de los diarios porteños. El vertiginoso aumento de la población no sólo determinó un interés por los eventos en las naciones de origen de los inmigrantes, sino que creó un nuevo lector urbano que se acercaba a los periódicos, atraído por las noticias locales y los avisos.[122] José Ceppi, periodista del diario *La Nación*, al referirse a las características del diarismo porteño, expresaba que las noticias locales eran la sección más leída del periódico, ya que la numerosa población de la ciudad debido a su vago conocimiento de las letras, la ciencia y el arte, sólo se preocupaba por lo que sucedía en su ambiente cotidiano.[123]

De esta forma, la atracción por esta sección se basaba en su redacción con un estilo ligero y entretenido, que se presentaba a la vez, como una fuente de información y de distracción de fácil acceso a aquellos nuevos lectores con capacidades básicas o

[121] *La República*, 8 de octubre de 1879.
[122] Un análisis pormenorizado sobre la integración de los nuevos lectores a partir de las noticias locales es realizado por Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008, pp. 63-95. Aunque el libro se refiere al público alemán, las hipótesis que plantea son muy sugerentes.
[123] Aníbal Latino, *Tipos y costumbres bonaerenses*, Buenos Aires, Imprenta y librería Mayo, 1886, pp. 218-219. (Aníbal Latino era el seudónimo utilizado por José Ceppi para sus publicaciones).

rudimentarias. Ernesto Quesada observaba como con la intención de atraer este público se había transformado el lenguaje utilizado por los periódicos:

> "…nuestro periodismo, el cual visiblemente se transformó de purista que era en los albores de la revolución en el chabacano de Orión y su porteño, buscando usar deliberadamente el habla vulgar de compadritos y orilleros, mezclada con la media lengua de los inmigrantes de toda procedencia para hacerse así más popular."[124]

A la temática local y el vocabulario utilizado, se agregaba también el sensacionalismo o el absurdo en la búsqueda de captar ese segmento del público lector. Los "Hechos Locales" de *La Prensa* contenían una variedad de artículos breves, con escasas líneas que referían a temas diversos que no respetaban ningún orden. Así, bajo este mismo título se ubicaban las noticias referentes a acontecimientos policiales, de las provincias del interior, eventos sociales e incluso publicidad. Se podría establecer que el carácter elegido por *La Prensa* para esta sección se ubicaba en un punto medio entre *La Tribuna* y *La Nación.* En este sentido, la práctica de utilizar este espacio para la publicidad, como describimos anteriormente, fue una invención de *La Tribuna*, que Paz adoptó. Era común ver en los "Hechos Locales" del diario de Mariano y Héctor Varela, noticias como esta:

> "**Horrible asesinato**!- El que cometiese un asesinato horrible, no merecería mayor castigo que el que no asista esta noche al gran beneficio de Lelmi, en el que trabaja también la Ristori."[125]

Tanto en esta sección como en las "Cosas", que Héctor Varela escribía bajo el seudónimo de Orión, se producían los avisos encubiertos. Asimismo, se presentaron en este espacio por primera vez con tanta intensidad el escándalo y el desatino como noticias locales.[126] Así, mientras en *La Tribuna* se publicaban noticias ilógicas como el intento de asesinato de un perro[127], en el diario de Paz aparecía:

---

[124] Ernesto Quesada, *La evolución del idioma nacional*, Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1922, p. 7.
[125] *La Tribuna*, 6 de octubre de 1869.
[126] Claudia Román, "La prensa periódica. *De La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes*, *Op. cit.*, p. 454.
[127] "**Perricidio**- Ayer a las tres de la tarde hubo de cometerse un parricidio por algunos vigilantes a quienes una voz falsa hizo que se lanzaran sobre un pobre can que yacía tendido largo a largo en las galerías de Cabildo, y que pisado por algún importuno, abrió la boca y le magulló el pantalón. El atacado gritó: Está con rabia, que lo maten!
El buen perro que no era lerdo y que probablemente conociese el castellano, se acordó de sus piernas y corrió en término que los vigilantes no pudieron darle caza. Hasta para ser mata-perros se necesita habilidad.", *La Tribuna*, 23 de diciembre de 1853.

> **"Nuevo descubrimiento**- Los cadáveres se mueren! He aquí como refiere un colega nuestro la muerte sufrida por un cadáver asesinado con tres puñaladas en el corazón:
> El cadáver en el acto fue remitido en una camilla al hospital donde murió ayer a las cinco de la mañana de resultado de las heridas.
> No hay que hacer comentarios.
> Si el cadáver en vez de expirar a las cinco de la mañana hubiese vivido, ya nos comentaría él todos los pormenores del suceso.
> Vivir para ver!"[128]

No sólo el escándalo, el absurdo y la publicidad tuvieron lugar en estas columnas. *La Nación* publicaba en ellas noticias referentes a notas políticas del día, noticias marítimas, breves reseñas literarias y referencias a otros periódicos o sobre situaciones particulares de las provincias. Parte de estos temas también fueron publicados por *La Prensa*, intercalando así en sus páginas, el estilo serio de las notas de *La Nación* con el chabacano de *La Tribuna*.

A su vez, en esta sección no sólo se hallaba "todo lo que estorbaba en el cuerpo principal del periódico", como señalaba Ceppi para el caso de *La Nación*.[129] Era usual que *La Prensa* repitiera en ella temas tratados en el editorial, pero con el tono más breve e informativo que caracterizaba a esta sección. Así por ejemplo, durante la campaña que el diario realizaba en torno a las obras de salubrificación, en los "Hechos Locales" se publicaban noticias como la siguiente:

> "Obras de salubrificación-Publicamos enseguida la nota pasada al poder ejecutivo de la provincia por la Comisión de Aguas Corrientes, comunicando que carece absolutamente de fondos para continuar las obras de salubrificación:
> Al señor Ministro de Hacienda don Rufino Varela.
> La Comisión de Aguas Corrientes y Cloacas que tengo el honor de presidir, me a autorizado para dirigirme al superior gobierno por intermedio de V.S. haciendo presente de que a pesar reencontrarse sin los fondos necesarios para atender a la prosecución de las obras a su cargo, ella no se cree facultada para ordenar la suspensión de los trabajos sin previo consentimiento del P.E.
> Me es grato saludar con este motivo saludar al señor Ministro, quien Dios guarde,
> EMILIO BUNGE"[130]

La inserción de los mismos temas pero narrados en estilo diferente de acuerdo a la sección en que se publicaban, daba cuenta de la intención del periódico que no sólo buscaba captar al público por medio de la nota jocosa o sensacionalista, sino que también, tenía en cuenta a un lector que no se detenía en las polémicas redactadas en el

[128] *La Prensa*, 5 de noviembre de 1869.
[129] Aníbal Latino, *Tipos y costumbres bonaerenses*, *Op. cit.*, pp. 218.
[130] *La Prensa*, 8 de septiembre de 1876.

editorial, pero sí buscaba información sobre el accionar desplegado por el gobierno. Esta hipótesis se basa en que reiteradas veces en "Hechos Locales" se difundía información que fue extensamente debatida en los editoriales. Así, en el ejemplar seleccionado del día 8 de septiembre se publicó un editorial refiriéndose en forma explayada a las preocupaciones que ocasionaban las obras inconclusas y al mal manejo de recursos por las autoridades responsables de estas obras que habían realizado todas las excavaciones sin contar con el capital para concluir las actividades.[131]

Se podría pensar entonces que a partir de las características que *La Prensa* adquirió para sus secciones, ésta interpelaba a un público con intereses diversificados, el cual comprendía tanto la figura del lector minucioso que se presentó en el primer capítulo, como los que realizaban una lectura fragmentaria del diario, buscando específicamente información o entretenimiento.

En este sentido, la sección literaria, consignada principalmente en los folletines, determinó al igual que las noticias locales, uno de los espacios predilectos por los nuevos públicos y ha sido considerada, como ya se planteó, una de las causas del incremento de las tiradas de los periódicos porteños.

Sin embargo, en el caso de *La Prensa* la sección literaria fue la de menor crecimiento a lo largo de la década. Desde sus inicios, ésta adoptó los parámetros que regían al diarismo en general. Así, las gacetillas redactadas en su mayoría bajo el seudónimo de Marcos, estaban inmersas en el estilo costumbrista de la época, dedicado a entablar conversaciones dirigidas principalmente al círculo estrecho de un club.[132]

Caracterizadas como una pseudo poesía casera, en este espacio se publicaron poemas de destacados escritores extranjeros como Pedro Pablo de Alarcón y Ramón Campoamor y, si bien este espacio fue permanente durante toda la década, no alcanzó la repercusión de las conversaciones de Aben-Xoar (Casimiro Prieto Valdés), que pasaron a ocupar el espacio privilegiado de la primera plana de *La Nación*.[133]

Los folletines de *La Prensa*, también prosiguieron una estrategia similar a la del resto del diarismo porteño con propósito de aumentar la tirada. Después de Caseros se hizo cada vez más evidente el crecimiento del público lector femenino, al cual diversos

[131] Ver *La Prensa*, "No hay motivo de alarma", 8 de septiembre de 1876.
[132] Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, *Op. cit*., pp. 104-105.
[133] Ver Arturo Berenguer Casiromo, *España en la Argentina*, Buenos Aires, 1953, p. 32.

periódicos anunciaban como su público predilecto, al que iba dirigida gran parte de la literatura culta, poesías, novelas, dramas.[134]

El reconocimiento de este público señalaba una conciencia de la complejidad del universo lector pos-rosista. A partir de 1852 se profundizó el proceso previamente realizado por la prensa de interpelar a sectores que se hallaban al margen de la cultura letrada, potenciado por el aumento de la población, las campañas de alfabetización y las nuevas formas de circulación de impresos. En el seno de la cultura letrada, la respuesta a este proceso se basó en un renovado énfasis del buen gusto, referenciado en la literatura europea.[135]

Repitiendo esta tendencia, el diario de Paz anunciaba el 5 de noviembre, "a sus lectoras", la publicación de su primer folletín al día siguiente, con una breve descripción de las características del mismo. A pesar del notable entusiasmo con que se comunicó la incorporación del folletín a sus páginas, su aparición fue inconstante, determinada por el espacio demandado por los artículos y los avisos.

Así, durante los primeros diez años sólo se publicaron siete novelas, tres durante los primeros tres años de aparición del diario: *Pelayo* de Juan de Dios De Mora (1869); *La Hija de Montecristo* de Alejandro Dumas (1870) y *Confesiones de una mujer bonita* de Eugenio Moret (1871-1872). El año 1873 fue el de mayor continuidad en la publicación de folletines con la difusión de tres novelas completas: *Picciola* de Xavier Saintine, *Quien no escucha mal oye* de Antonio María Segovia y *Las emociones de un chino* de León Gozcán, que fueron intercaladas con "La Revista Musical" dedicada a la crítica de obras teatrales y literarias, ocupando también la parte inferior de la primera página. *Últimos días de Pompeya*, escrito por sir Edwars Bulwer Lytton, fue el último folletín publicado por el diario en 1874.

A partir de entonces, la parte inferior de la primera página fue ocupada por las columnas del editorial, y las noticias locales e internacionales. El diario marcaba así una decisión que lo diferenciaba del accionar de sus competidores: si durante los primeros cinco años, la inclusión de folletines había asumido análogas características y funciones que en el resto del diarismo porteño, la supresión definitiva de su publicación señalaba una posición de mayor estabilidad y autonomía, dentro del cual no consideraba ya

[134] Alejandra Laera, "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Op cit*., pp. 414-418.
[135] Jorge Myers, "Aquí nadie vive de las bellas letras. Literatura e ideas desde el Salón Literario a la Organización Nacional", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Op cit*., p. 323.

necesario este elemento como recurso para atraer a un segmento mayor del público lector, pero tampoco encabezó la transformaciones de la sección literaria que se perfilaron al finalizar la década como *La Nación* y *La Patria* Argentina.

En este sentido, *La Patria Argentina* subvirtió la función auxiliar del folletín, al convertir las novelas populares de Eduardo Gutiérrez en la sección principal del diario, tanto por el acompañamiento desde los otros espacios como el editorial, cartas de los lectores, avisos publicitarios y sueltos periodísticos, como por constituirse en la principal causa del aumento de la tirada.[136] *La Nación*, por su parte, ocupó el lugar de la vanguardia literaria al convertirse en la nueva vitrina de la producción intelectual más reciente de Europa, Estados Unidos y América Latina, incorporando a la primera plana, a partir de 1879, producciones de José Martí, Rubén Darío, Edgar Alan Poe, Oscar Wilde, Víctor Hugo, Alphonse de Lamartine, Pierre Gautier, Heinrich Heine, Edmundo de Amicis y Emile Zola.[137]

Entre mantener el folletín en su estilo tradicional y la transformación de su rol encarada por *La Patria Argentina* y *La Nación*, *La Prensa* señaló una nueva opción: mantener únicamente las gacetillas como espacio para la literatura, privilegiando el lugar de la información, sin que esta decisión afectara su número de lectores, conservándose junto a *La Nación* como los diarios de mayor venta.

Universidad de SanAndrés

III. b. Las nuevas secciones

A medida que el diario afianzaba su circulación, comenzó a desarrollar nuevas secciones que se intercalaron con las ya usuales para el diarismo porteño. Algunas de ellas fueron exclusivas de *La Prensa*, mientras otras fueron adoptadas por la mayor parte de los periódicos, marcando una preferencia que se iría profundizando a lo largo de la década, de una mayor orientación hacia la información.

La sección "Última Hora" se distingue como un ejemplo paradigmático de las nuevas prácticas y tendencias que comenzaron a plasmarse en la prensa porteña. El periodismo que se generó después de Caseros utilizó este espacio para informaciones de último momento referentes a temas políticos, así *La Tribuna* expresaba:

[136] Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, *Op. cit.*, p. 73.
[137] Ver Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, *Op. cit.*, pp. 105-106.

> **"¡A última hora!**
> Redacción, agosto 8 a las 9 de la noche.
> Acabamos de dejar la Sala de Sesiones, a que ha asistido el Ministerio, en defensa de su Proyecto de decreto para la organización de un Jury que juzgue a los asesinos famosos de los años 40 y 42. […]
> Once de la noche- concluye en este instante la sesión de la Honorable Sala, quedando aplazada para hoy a las siete de la noche."[138]

La redacción de carácter simplemente informativo, sin tomar ninguna postura respecto de los hechos y el énfasis puesto en los horarios marcaban una nueva modalidad en la forma de presentar las noticias: la manifestación de una incipiente preocupación por los tiempos en la producción que se observó para los artículos internacionales, se encontraban consignados ya en este espacio. En el mismo artículo, *La Tribuna* expresaba que sentía "verdaderamente *no tener tiempo ni lugar* para reproducir íntegros los discursos de los legisladores" y prometía tratar en forma más extensa este tema al día siguiente.[139] La falta de tiempo y espacio a la que se aludía daba cuenta del contraste con el resto de las secciones propias del período, las cuales ocupando varias columnas y con un rol protagónico de la opinión, transmitían el contexto pautado de reflexión en que eran elaboradas.

La sección "Última Hora" se mantuvo en forma irregular en el transcurso de las siguientes décadas en la mayor parte de los diarios porteños hasta 1870, cuando se iniciaron sus modificaciones. Mientras algunos periódicos como *El Nacional* continuaban manteniendo esta sección para la publicación de noticias políticas de último momento, *La Nación* y *La República* utilizaron este espacio para las noticias internacionales provenientes de la agencia noticiosa Havas. De esta manera, parte de las transformaciones que se desarrollaron en esta sección provinieron de la incorporación de los adelantos tecnológicos de los sistemas de comunicación. Así, si las noticias, durante las décadas de 1850 y 1860, se basaban en sucesos políticos locales, a partir de 1870 se comunicaban episodios sobre lugares distantes, utilizando el telégrafo, el tren y los servicios de las agencias de noticias europeas. En este sentido, *El Nacional*, aún en 1879, seguía consignando este espacio para los acontecimientos gubernamentales, pero podía comunicar con un día de diferencia el desenlace de los enfrentamientos armados en Jujuy:

[138] *La Tribuna*, 9 de agosto de 1853.
[139] Ídem. El subrayado es nuestro.

> "Los telegramas que van enseguida nos transmiten noticias de la mayor gravedad.
> Salta, octubre 2 de 1879.
> Al Nacional.
> El jefe militar del departamento de Caldera, comunica al gobernador de esta provincia, Sr. Oliva, que acaba de saber por un chasque de Jujuy (el telégrafo está cortado) que ayer a las cuatro de la tarde se rindió La Plaza, agregando que murió el Ministro Orihuela.
> El Gobernador Torino dispersó sus fuerzas. Inmediatamente se confirmen estas noticias le avisaré.
> Corresponsal"[140]

Al igual que para las secciones previamente analizadas, los artículos de "Última Hora" de *La Prensa* adoptaron, en un principio, un desempeño y estilo equivalente al resto del periodismo, publicando noticias políticas basadas en fuentes provenientes de conocidos que se hallaban presentes o eran participes de los eventos que relataban:

> "Ultima Hora. 2 de la tarde
> Se dice que Rivera ha conferenciado con Batle.
> El senado ha desaprobado la conducta del gobierno.
> Por la bolsa se ruje que Batle está muy satisfecho del paso que ha dado respecto del gobierno.
> Si descubrimos el enigma más tarde les avisaremos."[141]

La precariedad inicial que caracterizaba a la sección fue transformada en los años sucesivos, consolidando su contenido e innovando la presentación. Asimismo, este espacio no fue consignado en el diario para un divulgar un tema determinado, sino que se transmitieron noticias de distinta índole que sólo tenían en común, precisamente, ser hechos que se habían conocido a último momento. Los artículos publicados desde 1875 contrastaban evidentemente con los divulgados durante los primeros años, ampliando no sólo en la extensión del mismo sino trasladándose de la tercera página a la primera:

> "Ultima Hora. Noticias del oeste. Los indios en las chacras de 9 de Julio
> Muerte de varios vecinos. Otros detalles. 11 de la noche
>
> Desgraciadamente la invasión no ha sido contenida a pesar de las fuerzas enviadas de aquí
> El último tren llegado del oeste anoche ha traído pasajeros que nos suministran los detalles que encontrará el lector enseguida.
> La invasión se ha derramado ya en tierra cristiana, y aunque sea batida ya es tarde, pues hay casas quemadas, vecinos degollados y muchos cautivos.
> En los alrededores de los pueblos fronterizos se batían los vecinos con los indios.
> El Ministerio de Guerra publica solo lo que le conviene.

[140] *El Nacional*, 3 de octubre de 1879.
[141] *La Prensa*, 28 de octubre de 1869.

> En el día de ayer los vecinos del 9 de Julio sintieron un fuerte tiroteo, hasta hoy se ignoraba con que fuerza había sido el choque.
> En el 9 de Julio y el Bragado había verdadero pavor: los indios andaban muy cerca de las chacras de 9 de Julio. Mataron a uno e hirieron gravemente a dos vecinos, llevándose dos familias cautivas… […]
> En carta recibida en Mercedes de los parajes invadidos y dirigida a uno de nuestros más conocidos hacendados, le dice su hijo que la invasión es inmensa y ha entrado tranquilamente entre los fuertes San Carlos y general Paz. […]"[142]

Asimismo, en esta sección se incorporaron nuevos elementos, por un lado, la elaboración de un paratexto con la finalidad de llamar rápidamente la atención del lector a través de una tipografía más grande para el titulo y el uso de subtítulos que anticipaban el contenido del artículo (Ver anexo, figura II). Por otra parte, la heterogeneidad de las fuentes utilizadas: tanto los datos recogidos de los pasajeros del último tren y las cartas personales como los artículos elaborados por los corresponsales se presentaban en este espacio con la misma validez. Así, el artículo de "Última Hora" correspondiente al día siguiente del aquí seleccionado, era redactado por un corresponsal que narraba los mismos acontecimientos, a los cuales agregaba detalles más precisos.[143]

La utilización indistinta de uno y otro tipo de fuente, subraya la importancia cada vez mayor que adquiría la periodicidad cotidiana, el ser los primeros en dar a conocer diferentes eventos, no sólo de relevancia internacional, sino todas aquellas noticias locales que se constituían en interés para el lector por alterar la cotidianeidad.

En este sentido, ante la diferencia de 24 horas que demandaba la llegada de las cartas del corresponsal, *La Prensa* optaba por utilizar las fuentes más informales provenientes de los pasajeros, anticipándose así en la publicación de los eventos que luego son completados con los datos proporcionados por este.

No obstante, esta sección incorporaba también características que definían a los otros espacios, así como los editoriales añadían pequeñas cuotas de información que acompañaban a las argumentaciones, en "Última Hora" las críticas y las posiciones políticas se mimetizaban en el cuerpo del texto informativo. De esta manera, la frase "El Ministerio de Guerra sólo publica lo que le conviene", era incluida entre dos oraciones que describían el accionar de los indígenas, dando cuenta de la permeabilidad existente entre las distintas secciones.

[142] *La Prensa*, "Última Hora",11 de octubre de 1876.
[143] *La Prensa*, "Última hora", 12 de octubre de 1876

Por otra parte, la prioridad otorgada a la celeridad con que se transmitían las noticias, especialmente para la elaboración de "Última Hora", generó una diferenciación no sólo de los estilos sino también del personal que requería su producción. Es decir que, a medida que los géneros periodísticos intentaron constituirse en una forma de producción textual específica, requirieron de un profesional ad-hoc: el reporter, el corresponsal o el periodista.[144] Esta diferenciación de funciones trazaba un arco temporal en la producción periodística que se desarrolló entre la caída de Rosas y la de dos décadas más tarde. Aún luego de 1852, una de las características principales era que el redactor asumía todas las funciones, tal como lo recuerda Manuel Bilbao:

> "La confección de un diario no era tan sencillo como hoy en día. Todo tenía que hacerlo el redactor: el medio de apasionar en las luchas políticas en las que el director propietario del diario tomaba siempre activa parte, preocupándose de su impresión que se hacía siempre a mano, hasta que se introdujeron los motores a vapor.
> Tenía que tener con anticipación, el material listo, no sucediendo lo que hoy, que en una hora se imprimen millares de ejemplares.
> El redactor de un diario atendía su composición desde el editorial hasta la última noticia, aceptando polémicas sobre puntos importantísimos y variados."[145]

Sin embargo, esta concentración de papeles que ejercía el redactor comenzó a desarticularse con la aparición de los nuevos géneros que demandaban roles específicos. Y es precisamente *La Prensa* quién desde sus páginas exponía los nuevos roles y la forma de producción de las nuevas secciones describiendo en un artículo las características y acciones que debían ser desarrolladas por el noticiero. Señalaba que este era "un individuo que armado de un lápiz y una cartilla de papel se filtra en todas partes diariamente, recogiendo todo lo nuevo y de interés público que suceda."[146]

De esta forma, el diario de Paz reunía en este artículo una definición de los nuevos papeles ejercidos en la construcción de las noticias, destacando el cumplido por el noticiero. En contraposición con la figura del periodista tradicional, al cual Navarro Viola describía como literato con una sólida base de instrucción jurídica y fondo filosófico, que redactaba sus brillantes artículos basándose en esos conocimientos[147], el noticiero salía a buscar el material de sus artículos utilizando su "perspicacia y su criterio."[148]

---

[144] Eduardo Santa Cruz, *Entre las alas y el plomo, Santiago de Chile*, LOM Ediciones, 2001, p. 27.
[145] Manuel Bilbao, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, *Op. cit.*, 1902, pp. 458 y 459.
[146] *La Prensa*, "El noticiero de un diario", 24 de noviembre de 1877.
[147] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina, Op. cit*., pp. 5-6.
[148] *La Prensa*, "El noticiero de un diario", art. cit.

Los noticieros, así, incorporaban una forma de producir las noticias que irrumpía con la forma tradicional en que la sociedad veía la función del periodismo, por lo cual *La Prensa* colocaba un énfasis especial en señalar también cuáles eran los límites de esta nueva forma de periodismo. Ante un personaje que salía a la calle y podía colocar todo aquello que resultase interesante en letras de molde, el diario subrayaba la importancia de preservar la privacidad de las personas, estableciendo que los datos divulgados debían referirse a los hechos sin adicionar información que podría difamar a los involucrados.[149]

Asimismo, las nuevas figuras de periodistas irrumpían también en ámbitos considerados tradicionales para la participación de la prensa como eran las elecciones. Un claro ejemplo de ello se presentó durante los comicios de diciembre de 1877, cuando *La Prensa* envió a una serie de corresponsales a las distintas parroquias para que cubrieran las elecciones. Sin embargo, no pudieron cumplir su cometido en todas ellas, por lo cual el diario, a la vez que denunciaba esta actitud, manifestaba su agradecimiento a las autoridades que permitieron la presencia de los corresponsales. Indicando, además, la necesidad de la sanción de leyes que garantizaran el libre acceso de los periodistas a eventos de carácter público.[150]

El artículo subrayaba, así, las transformaciones generadas en los últimos años en torno a la labor periodística. En este sentido, era común que los redactores de la prensa se hallaran presentes en las múltiples actividades y actos gubernamentales, en tanto que esta participación devenía de las funciones que ejercían como miembros del gobierno.

Pero la innovación relatada en el episodio y el rechazo que imponen las autoridades se basaba en la presencia de los corresponsales como miembros únicamente del diario al que pertenecían. En este evento en concreto, la actividad de los corresponsales no era una actividad más entre otras que podían ejercer como hombres públicos, sino la principal. La especialización de la función iniciaba así, en forma incipiente, con una visón más profesional de estos periodistas, que a su vez se

[149] En el mencionado artículo se planteaba al respecto: "No todo lo que vea y oiga puede hacerlo ingresar a su cartera. Su perspicacia refinada y su criterio formal, le anunciarán aquello que es digno de ser conocido por sus millares de lectores y aquello que debe silenciarse ya por su insignificancia o porque es depresivo o infamante para las personas que han intervenido en el suceso que se trata.
El límite de sus facultades concluye con el interés que sirve.
Por ejemplo la policía detiene un grupo de individuos que transitan por tales o cuales parajes por causa de ebriedad o por sospecha de robo que se les supone haber cometido.
Para el interés público basta constatar el hecho de la pesquisa policial o del escándalo, sin que se pueda o se deba poner en la picota los nombres de los detenidos, porque eso es infamarlos sin necesidad." Ver *La Prensa*, "El noticiero de un diario", art. cit.
[150] *La Prensa*, "Los corresponsales de *La Prensa*", 3 de diciembre de 1877.

diferenciaban de los corresponsales tradicionales: tanto de aquellos que eran enviados a Montevideo con la finalidad de transcribir mediante el telégrafo las noticias de los periódicos europeos como de los soldados que se convertían en corresponsales mediante las cartas que comunicaban sus experiencias del campo de batalla.

Un claro ejemplo de la incorporación de los corresponsales profesionales en el plantel de los periodistas de *La Prensa* se encontraba en la sección "Sucesos de la frontera" que apareció regularmente a partir de 1876. La frontera consistía en un impreciso y poroso espacio que separaba el territorio ocupado por los indígenas de la Confederación Argentina. En Buenos Aires, este espacio se delineaba desde Cabo Corrientes, pasando por Tandil, Azul, 25 de Mayo (Cruz de Guerra), Junín, Melincué, La Carlota y San Carlos. Luego de la derrota de Juan Manuel de Rosas, Calfucurá se desvinculó de todos los pactos con el gobierno y el territorio de la frontera comenzó a ser asediado por grandes malones. A partir de 1875, el Ministro de Guerra y marina Adolfo Alsina, decidió encarar una estrategia defensiva-ofensiva que frenara el ataque de estos malones a las poblaciones fronterizas.[151]

Las acciones desplegadas por el Ministro de Guerra y Marina se convirtieron en un foco de interés para la prensa. Pero mientras las secciones "Correo de la campaña" y "Sublevación de los indios", de *La República* y *La Tribuna*, respectivamente, reproducían la información proveniente del diario local *El Porvenir de Tandil*, los partes oficiales y los decretos gubernamentales; *La Prensa* designó un corresponsal en Azul que se haría cargo de la redacción de la sección "Sucesos de la frontera". En ella, con un estilo de redacción muy similar al de "Última hora", se informaba detalladamente a los lectores las persecuciones a los indios por parte de los regimientos, el robo y/o recupero de ganado, los entrenamientos militares, el equipamiento de los soldados y los planes a ser desarrollados por Alsina.

En líneas generales, no existían grandes diferencias entre una sección y otra: en ambas se utilizaba una tipografía más grande en los títulos que se destacaban inmediatamente y subtítulos que anticipan su contenido, a su vez éste era principalmente informativo. Más aún, muchas veces los artículos de "Última Hora", se referían a los hechos transcurridos en la frontera, redactados por el corresponsal designado en Azul. (Ver anexo, figura III)

[151] Graciela Silvestri, "El imaginario paisajístico en el litoral y sur argentinos", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 219-240.

La diferencia entre ambas se basaba, únicamente, en la función adjudicada a cada una. En tanto "Sucesos de la frontera" desarrollaba todo lo referido a la situación de la campaña sur bonaerense, "Última Hora" no tenía asignado un tema específico, sino que su contenido se definía por los eventos acaecidos a último momento, incluso los desarrollados en la frontera.

A pesar de las innovaciones incorporadas a las dos secciones, jerarquizando la importancia de generar noticias provenientes de fuentes propias, la superposición temática daba cuenta de los límites difusos que existían entre las características y funciones de cada una, en un momento que recién se comenzaban a delinear los nuevos parámetros con que ellas comienzan a ser construidas.

*** * ***

La mayor parte de las visiones que se desarrollaron, tanto por contemporáneos como las generadas durante las primeras décadas del siglo XX, caracterizaron al periodismo que se originó luego de Caseros, como un espacio reservado y dominado por la elite cultural y las facciones políticas. En líneas generales, los relatos dedicados tanto a *La Prensa* como a su fundador enfatizaron los cambios que generó su aparición, replanteando los objetivos y el distanciamiento de los personalismos.

En este capítulo buscamos complejizar esta mirada que ubicaba a *La Prensa* como un proyecto completamente nuevo frente a la producción periodística existente. Así se observó que la propuesta de José C. Paz adoptó elementos característicos de las publicaciones existentes como el formato y las secciones, como asimismo aquellas practicas exitosas como la venta callejera implementada por *La República*, la publicidad encubierta de *La Tribuna* o las estrategias desarrolladas para acelerar la obtención de noticias internacionales.

Sin embargo, ello no significaba que *La Prensa* buscó reproducir el esquema periodístico imperante, sino que incorporaba en sus páginas aquellos aspectos que consideraba le permitirían consolidarse al interior de este universo.

Asimismo, Paz realizó un novísimo planteo en los inicios de su periódico sobre el alcance que debía tener un diario, ampliando los márgenes de su público, a la vez que apostaba fuertemente a la financiación por medio de la venta de ejemplares y el incremento de la publicidad, como así también puso en marcha sus propias estrategias de propaganda para acrecentar la divulgación de su impreso

A mediados de la década de 1870, cuando a partir de la conjunción de estos elementos su posición comenzó a consolidarse, se evidencia una mayor flexibilidad de *La Prensa* con respecto de sus otros colegas al llevar adelante una serie de innovaciones al interior de sus páginas, rediseñando secciones, creando nuevas y excluyendo otras. Todas estas acciones estuvieron orientadas por un peso más significativo del rol de la información, las cuales fueron acompañadas por el surgimiento de nuevas figuras con funciones más específicas dentro del periodismo, como el reporter y el corresponsal, sumándose la inclusión progresiva de los adelantos tecnológicos en los medios de comunicación. Bajo este proceso fue que *La Prensa* logró posicionarse dentro del conjunto de periódicos que lideraron las transformaciones del periodismo en las últimas décadas del siglo XIX.

Por otra parte, la complejidad del mundo periodístico, originada en su falta de límites precisos, no obedecía únicamente a elementos en común y compartidos entre las distintas franjas de producción de las publicaciones periódicas, no sólo las estrategias y los elementos propios se intercambiaban o trasladaban entre una publicación y otra, al interior de las páginas de los impresos los límites tampoco eran precisos y las características atribuidas a una sección podían ser trasladadas hacia los otros espacios. Así hallamos el surgimiento de rasgos mayormente vinculados a las secciones informativas en espacios destinados a las noticias políticas o la aparición de posturas o argumentos más cercanos al estilo utilizado en los editoriales en la sección “Última Hora”.

Universidad de SanAndrés

Capítulo III: Hombres de prensa

I. Introducción

¿Qué significaba ser escritor de una publicación porteña de la segunda mitad del siglo XIX? ¿Qué requisitos se necesitaban para ingresar en el mundo periodístico y ser reconocido en este ámbito? Al referirse al periodismo desarrollado en 1878, Navarro Viola expresaba que "en el ambiente agitado de esa época-puede afirmarse- no había un solo hombre notable que no fuese periodista."[152] En verdad, los diarios más trascendentes del siglo XIX han sido identificados inmediatamente con el nombre de una personalidad del periodo, que bien podía ser el dueño o un redactor sobresaliente. Así se han referido a *La Prensa* como el diario de Paz, *La Nación* de Mitre, *La Tribuna* de Varela, *El Nacional* de Vélez Sarfield o *La República* de Bilbao.

Sin embargo, la equivalencia entre "periodista" y "notable" señalada por Navarro Viola no reflejaba la participación de diversas figuras de activa participación en el periodismo porteño, a los cuales no era aplicable la connotación de "notable". En este sentido, el mismo significado de la palabra periodista se difuminaba en los personajes concretos que representaron este papel y que ejercieron su actividad pública bajo ese nombre. Por lo tanto, la respuesta a los interrogantes planteados al principio del capítulo variaba detrás de los fines perseguidos y características personales de aquellos que participaron con sus escritos en el mundo periodístico.

El propósito de este capítulo ha sido trazar un mapa que de cuenta de cuales eran las relaciones y las cualidades que portaban aquellas figuras que eran considerados hombres de prensa. Asimismo, la segunda parte se dedicó a reconstruir el staff del diario *La Prensa*, desarrollando la especificidad de sus miembros y su accionar en el periódico, como también las similitudes y diferencias que compartieron con los hombres de prensa en general.

Consideramos que este tipo de reconstrucción permite, aunque en forma aproximativa, agregar nuevas coordenadas al mapa del mundo periodístico, dando cuenta de algunas de las particularidades sobre los hombres de prensa del siglo XIX, como también de los intercambios y relaciones que entre ellos mismos se establecieron

[152] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina*, *Op. cit*., p. 5.

como integrantes de un medio de difusión que se estaba reconfigurando y en el cual, los limites y reglas no eran ni homogéneos ni precisos.

II. Los hombres de prensa

El principal objetivo de una parte de los que transitaron en la redacción de un diario se centró en obtener una presencia en el ámbito público y un nombre reconocido en el espacio literario. Para otros, en cambio, escribir en los diarios era el principal fin al que aspiraban; algunos buscaron ver en esas páginas impresas los frutos de una actividad más realizada en las horas de esparcimiento, mientras que algunos hallaron en ella el medio para su sustento.

La diversidad de respuestas posibles, al abordar los objetivos de los hombres que recorrieron el camino del diarismo, deben ser entendidas dentro del contexto cultural en el cual se desarrollaba el mundo impreso y los cambios que paulatinamente se generaron en él. El espacio periodístico no era una entidad autónoma sino que su propia dinámica se hallaba inscripta en una etapa donde no existía aún, en palabras de Ramos, "el desarrollo de una esfera discursiva específicamente política" ligada a la administración y legitimación estatal, como tampoco existía "una esfera discursiva específicamente literaria" y, en nuestro caso podríamos agregar, tampoco "una esfera discursiva específicamente periodística". Todo formaban parte del saber relativamente indiferenciado de "la república de las letras", donde la autoridad del discurso era otorgado por la elocuencia.[153]

En líneas generales, el periodismo era el lugar donde se debatía la racionalidad, la ilustración y la cultura, por lo tanto, un miembro de la cultura letrada podía incursionar con éxito en la actividad literaria o política, tanto como la periodística. Asimismo, considerados como un "dispositivo pedagógico" fundamental para la formación de la ciudadanía, los diarios se convirtieron en el principal vehículo con el cual era plasmada la intervención en la vida pública.[154]

Ahora bien, la intervención pública desde un periódico no garantizaba el éxito ni político, ni periodístico ni literario. Fueron múltiples los caminos seguidos para ingresar a la arena periodística y los resultados obtenidos de ella. La trayectoria de distintos

[153] Ver Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, *Op. cit*. pp. 35-49.
[154] Ver Hilda Sabato, "La vida pública en Buenos Aires", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 188-191.

personajes que incursionaron en la prensa porteña nos permitirá comprender los lineamientos que regían este mundo.

En muchos casos, "redactor" y "propietario" de un diario tenían el mismo significado. A su vez, los itinerarios recorridos para convertirse en fundador de un periódico no siempre eran similares. Las trayectorias de los dueños de los reconocidos periódicos *La Nación*, *La Tribuna* y *El Mosquito*, por ejemplo sirven para ilustrar la diversidad de perfiles de los hombres de prensa.

Bartolomé Mitre ha representado la figura del hombre de prensa consolidado que logró el máximo triunfo en los dos aspectos de su carrera: primer presidente de la nación y fundador de uno de los diarios más importantes del país. Inició su labor en la prensa a los dieciséis años en Montevideo, redactando la sección literaria para *El Diario de la Tarde*, dirigido por Andrés Lamas. A partir de ese momento, creció su participación en los distintos diarios uruguayos como *El Talismán*, *El Tirteo* y *El Comercio del Plata*, hasta que en sociedad con Andrés Lamas fundó en 1846 su propio diario, *La Nueva Era*. Las campañas políticas sostenidas desde sus páginas provocaron los consecutivos destierros en Uruguay, Bolivia y Chile, donde continuó su tarea en la prensa de estos países hasta el retorno a Buenos Aires luego de la derrota de Rosas. Cuando en 1852, creó *Los Debates*, contaba con el grado de coronel del ejército otorgado por Urquiza, tras su actuación en la batalla de Caseros y una extensa experiencia periodística forjada en sus años de exilio.[155]

Toda la carrera de Mitre fue una trayectoria ascendente, en la cual las incursiones periodísticas se labran con crecientes contactos y paralelamente cargos oficiales, otorgándole un perfil público que lo coloca en el centro de la vida política. En 1870, cuando transformó a *La Nación Argentina* en *La Nación*, ya era un hombre de prensa consolidado, que hábilmente volcaba su prestigio y experiencia personal en el diario, transformándolo en uno de los más importantes del país durante el siglo XIX.

La trayectoria de Héctor Varela señala un perfil de hombre de prensa diferente. Su ingreso al mundo periodístico se inició directamente con la propiedad, junto con su hermano Mariano de *La Tribuna*. Ambos lograron asegurar el éxito de su diario en base a las fraternidades políticas imperantes en la época. Mariano y Héctor tuvieron a su favor ser considerados los hijos del mártir de periodismo antirrosista en el exilio,

[155] Sobre la trayectoria periodística de Bartolomé Mitre ver Adolfo Mitre, *Mitre periodista*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1943; *La Nación. Edición especia*, *Op. cit*., pp. 5-7 y Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, vol. 4, Buenos Aires, Elche, 1975, pp. 521-522.

Florencio Varela. Por lo tanto, no sólo contaban con el beneplácito de la sociedad porteña, sino que el nombre legado por el padre otorgaba también un capital simbólico que se traducía en contactos y bienes materiales cuando estos decidieron fundar su diario. Al morir Florencio Varela el Estado se hizo cargo de la educación de sus hijos y Mariano y Héctor recibieron, además, como parte de estos beneficios la concesión oficial de la Imprenta del Gobierno, que incluía el derecho a publicar la información oficial. Fue en esa imprenta donde los hermanos fundaron *La Tribuna* en 1853.

El diario logró tener gran repercusión y sus secciones más populares fueron las correspondencias enviadas por Héctor durante sus viajes a Europa y sus notas redactadas en "Hechos locales". A pesar de este éxito, en 1871 decidió vender a Mariano su parte e irse a vivir a Europa. Allí intentó desarrollar distintas publicaciones, las cuales resultaron todas en fracaso: *El Americano* en Paris y *La Italia* y *El Plata* en Turín.

De regreso en Buenos Aires, fundó dos nuevos diarios durante la presidencia de Avellaneda, *El Tribuno*, de vida efímera, y *El Porteño*, que si bien obtuvo mejor suerte que el primero, no alcanzó el éxito cosechado por *La Tribuna*. De esta manera, la carrera periodística de Héctor Varela estuvo signada por una cadena de altibajos, en la cual no logró capitalizar sus triunfos ni en el ámbito político ni en el periodístico, constituyéndose su reconocimiento esencialmente en base a sus excentricidades.[156]

El mundo impreso abrió sus páginas también a los escritores extranjeros, entre ellos, uno de los más renombrados por su labor en *El Mosquito* fue Henry Stein. A sus 22 años, había llegado desde su París natal para dedicarse a la agricultura y luego a la apicultura. El fracaso con sus colmenares lo hizo recurrir a la artesanía aprendida por su padre, la ebanistería. Trabajó en ella y como ayuda económica dio algunas lecciones de dibujo elemental, que dominaba por oficio. Las circunstancias hicieron que gracias a estas clases conociera a Luciano Choquet, quien se disponía a hacerse cargo de la publicación humorística.

De esta forma, en 1868, ingresó en la redacción del diario como dibujante oficial. Sus dibujos registraron los principales acontecimientos de la vida del país: la guerra contra el Paraguay, la epidemia de fiebre amarilla, la revolución mitrista de 1874, la revolución de Tejedor, la Campaña del Desierto, la Revolución de la Unión Cívica,

[156] Sobre la trayectoria periodística de Héctor Varela ver Héctor Viacava, "Héctor Varela: el porteño irresponsable", art. cit.; Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, *Op. cit*. pp. 159-160, y Claudia Román, "Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas", en Julio Schvartzman (comp.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, *Op. cit*. pp. 473-474.

las sucesivas crisis de todos los gobiernos. En 1872 se hizo cargo de la dirección y en 1875 adquirió el diario, cosechando innumerables éxitos hasta que en 1893 decidió venderlo a una sociedad anónima y quedó a cargo sólo de las caricaturas y la administración.[157]

Las tres trayectorias descriptas resultan representativas de la diversidad de perfiles posibles que se hallaban detrás de los hombres de prensa, cuyos artículos o caricaturas se centraban en la actividad política. Figuras como Mitre y Varela, quienes buscaron en la prensa una forma de intervenir en la política y destacarse como hombres públicos, no encontraron en este espacio similares resultados. En tanto que el primero halló en los periódicos la forma de difundir y defender sus ideas políticas que lo llevaron a encumbrarse como cabeza de su partido y luego ganar la presidencia, y a su vez fue el rédito político, el que permitió inicialmente el éxito de *La Nación*; Héctor Varela no pudo trasladar la popularidad obtenida con *La Tribuna* al terreno de la puja partidaria.

Desde un perfil diferente, Henry Stein, ingresó al periodismo como una forma de subsistencia y obtuvo una enorme popularidad con sus caricaturas publicadas en *El Mosquito*, sin embargo, a diferencia de los personajes anteriores, la actividad en el periodismo no fue intercalada con acciones políticas, sino que este éxito fue utilizado para mantenerse y ascender en el mundo impreso, consagrando su triunfo en la longevidad del semanario.

Caminos distintos fueron los recorridos por aquellos que encontraron en el diario el espacio para desarrollar la literatura. Los artículos literarios, expresaba Jorge Navarro Viola en su *Anuario*, eran un factor nada despreciable, en una época en que se publicaban escasos libros, por lo tanto, el diario era "el gran vehículo, el centro de reunión y como la academia de literatura hispano-americana; por él y en él vive y se manifiesta, a él confía sus obras y por el adquiere la notoriedad que le permite apoderarse del público al presentársele bajo la forma de libros."[158]

Este registro realizado por un escritor contemporáneo, daba cuenta de las condiciones de difusión a la que estaba sometida toda obra. En un momento en el cual el mercado editorial no se había consolidado, el público lector se hallaba en proceso de formación y el apoyo estatal a la actividad literaria era prácticamente inexistente, la

[157] Sobre Henry Stein ver Mónica Ogando, "*El Mosquito*" en *Historias de Revistas Argentinas, Op. cit*. pp. 54-83.
[158] Emilio Daireux, citado en Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina, Op. cit*., p. 6.

prensa no era una opción más, sino el principal medio para la difusión de las obras. Por fuera de ella, era el propio autor el que debía financiar su publicación, recurriendo para ello a su propio patrimonio y a la suscripción de amigos y conocidos.[159]

Por este motivo, gran parte de los reconocidos escritores del siglo XIX, iniciaron su carrera literaria en los diarios, donde no sólo hallaron el espacio para desarrollar su pasión, sino también un medio de subsistencia.

Martín García Meróu, por ejemplo, ingresó a la redacción de *La Nación* en su adolescencia, mientras cursaba sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Con quince años realizaba las pruebas de corrección del diario junto a Casimiro Prieto y luego ascendió a redactor de folletines, firmados con el seudónimo de Juan Santos. En *Recuerdos literarios* indicó como esa labor en compañía de Adolfo Mitre y Benigno Lugones, bajo la supervisión de Bartolomé Mitre, fortaleció la tendencia latente que lo impulsaba a la literatura.[160] Graduado en la carrera de abogacía de la Universidad de Buenos Aires, se incorporó muy temprano en la carrera diplomática: fue Ministro Plenipotenciario ante varios gobiernos americanos y, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, ocupó la dirección del Ministerio de Agricultura, cargo que abandonó para integrar la delegación diplomática en Berlín.

No obstante, no abandonó su pasión literaria, la cual volcó en numerosas obras, entre las cuales se hallaban: *Estudios Literarios* (1884), *Libros y Autores* (1886), *Juan Bautista Alberdi* (1890), *Recuerdos literarios* (1891), *Confidencias Literarias* (1894) *Ensayo sobre Echeverría* (1894) y *El Brasil intelectual* (1890). Tampoco dejo de participar en la prensa, donde escribió varios artículos y críticas literarias y también publicó en forma de folletín su novela *Ley social*.[161]

En las páginas de *La Nación* también inició su carrera periodística Benigno Baldomero Lugones. Estudiante de medicina, debió abandonar la carrera a causa de problemas familiares, e ingresó al departamento de policía. Este empleo constituía el único sostén con el que contaban su madre y su hermana. Tiempo después fue ascendido a oficial escribiente y su función policial le permitió tomar contacto con un submundo que reflejó en sus escritos literarios.

En 1879, con veintidós años de edad, publicó en *La Nación* sus dos primeros artículos: “Los beduinos urbanos” y “Los caballeros de la industria”. La difusión de

[159] Alejandro Eujanián, “La cultura: público, autores y escritores”, en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, *Op. cit*., p. 570.
[160] Martín García-Meróu, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1915, pp. 28-29.
[161] Ricardo Monner Sans, “Introducción”, en Martín García Meróu, *Recuerdos literarios*, *Op. cit*., p. 1

estos artículos provocaron su expulsión de la policía, y de esta manera, el diario se convirtió en su única fuente de ingresos, hasta su temprana muerte en marzo de 1885.[162]

Los múltiples itinerarios de aquellos hombres que participaron en la prensa porteña, no se agotaban en los ejemplos aquí escogidos. Pero ellos si constituyeron ejemplos representativos de las posibles dinámicas al interior de un periodismo que se hallaba en proceso de construcción, por lo cual las publicaciones periódicas eran un lugar prolífico donde distintos personajes pudieron desarrollar con éxito o no sus potencialidades particulares. Por lo tanto, en este medio podían convivir escritores de distintos orígenes sociales, con perspectivas y objetivos también diferentes.

La apertura de la prensa no implicó, sin embargo, una convivencia libre de tensiones. No todos los escritores y los nuevos géneros fueron aceptados simplemente por el hecho de que sus obras aparecieran impresas. Los miembros de la élite letrada llamaron la atención sobre los cambios operados en este ámbito. En las páginas de los diarios también se registró las críticas efectuadas sobre un amplio abanico de elementos que eran inherentes a la vida de las publicaciones, desde la consideración peyorativa del público que leía la prensa, estimado incapaz de incorporar los altos valores de la cultura, hasta la reprobación a los nuevos géneros y autores que se incorporaban, tanto como a la incapacidad de los directores de guiar adecuadamente la producción de los impresos.[163]

Universidad de SanAndrés

III. El *staff*

En líneas generales, las descripciones sobre los integrantes de los periódicos enfocaron su interés principalmente en las personalidades destacadas que tuvieron a cargo la dirección o la redacción de los mismos. Por este motivo, muchas veces la heterogeneidad de los equipos periodísticos que se hallaban conformados por el director, el editor, los redactores, corresponsales, noticieros, colaboradores y personal técnico dedicado a la impresión, ha pasado desapercibida.

En este sentido, el objetivo de la recuperación de este universo ha sido ir más allá de la mención de los nombres, para establecer cuales eran las características que

[162] Sobre Benigno Baldomero Lugones ver Martín García-Merou, *Recuerdos literarios*, *Op. cit*., pp. 169-170 y Miguel Ángel Lafuente, "Benigno Baldomero Lugones", en *Boletín de la Academia Porteña del Lunfardo*, núm. 8, Buenos Aires, 1971.
[163] Sobre las críticas en torno de las publicaciones periódicas ver Paula Bruno, "Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 123, 2008.

nuclearon a los hombres a *La Prensa*, qué dirección imprimieron al diario, como así también, qué significó su labor en el diario para su trayectoria profesional.

En los inicios de *La Prensa*, José C. Paz estuvo acompañado por los compañeros que habían formado parte del semanario *El Inválido Argentino*: Cosme Mariño, Carlos Pellegrini, José A. Terry y Delfín Gallo. A ellos se sumaron, Onésimo Leguizamón durante el trienio de 1870 a 1873 y Adolfo Dávila desde 1877 hasta 1889, ambos en el cargo de redactor en jefe. Estanislao Zeballos, el más joven de ellos, se inició como noticiero en 1870 y ocupó la dirección durante seis años a partir de 1874. Todos participaron de la redacción de la sección central, el editorial, en el cual desarrollaron ampliamente temáticas vinculadas con sus intereses intelectuales o políticos, las cuales serán analizadas en el próximo capítulo. A ellos se añadían colaboradores ocasionales, como José María Ramos Mejía, quien durante los años 1872 y 1873, escribió numerosos artículos sobre la reforma universitaria.[164]

Junto a este grupo principal, se hallaban los corresponsales y repórters, entre los primeros hemos podido identificar a Ezequiel Cueto y Victoriano Carriás, los únicos que firmaban sus artículos, que remitían informaciones del exterior mediante correspondencia o telegramas, desde Montevideo uno y Europa el otro. Gracias a un artículo sobre sus repórters, sabemos que el diario contaba con un grupo significativo en la redacción de noticias locales. El mismo estaba conformado por Jorge Argerich, Ventura Linch (hijo), Alejandro Calco, Antonio Pardo, Alejandro Baluende, Germán Goitia, Severio Romero, Arturo Massani, Egberto Sotomayor y Miguel Silva.[165]

Por último, los escritores de las gacetillas se presentan como las figuras más difíciles de distinguir, registrados siempre bajo seudónimos como Marcos y Sans de Muñoz, o simplemente con iniciales como E.B.M., N. y P.A.[166]

Por otra parte, se hallaba el grupo encargado de los aspectos técnicos y administrativos, el cual incluyó a nombres que no pertenecían a las figuras preeminentes de la política, las letras o ciencia, por lo cual sólo poseemos indicio de su existencia y función por estar consignada en el diario. Jorge E. Cook, el primer editor, fue miembro activo de la "Sociedad Tipográfica Bonaerense", en ella se desempeñó sucesivamente

[164] Sobre la reforma universitaria durante la década de 1870 ver Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1962, pp. 78-83.
[165] Ver *La Prensa*, "Los corresponsales de La Prensa", 3 de diciembre de 1877.
[166] Mariano Tesler ha escrito un valioso diccionario de seudónimos porteños, sin embargo ninguno de los utilizados en *La Prensa* se hallan en él, por lo cual consideramos probable que estos escritores no hayan trascendido en el universo cultural del período. Ver Mariano Tesler, *Autores y seudónimos porteños*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2007.

como vocal y tesorero, como así también como redactor de la publicación de los *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*, junto a figuras reconocidas del ambiente de la impresión como Benito Hortelano y Pablo Coni.[167] Esta asociación reunía a trabajadores de los diferentes oficios relacionados con la producción y venta de materiales impresos, los cuales tenían acceso a información política y cultural, tanto nacional como extranjera, como asimismo contactos en los distintos sectores de la sociedad porteña.[168]

Los que predecedieron a Cook en la labor de edición fueron José Alegre durante 1870; Isidro T. Soriano en 1871 y José O. Silva desde 1872 hasta 1879. La administración estuvo a cargo de Ezequiel Cueto en los primeros meses y luego fue ejercida por Miguel Silva, quien se ocupó de los aspectos económicos del periódico hasta su muerte.[169]

Como podemos observar, *La Prensa*, distaba de ser una empresa unipersonal. Si bien su personal era reducido, resulta significativa la heterogeneidad de sus integrantes, entre los cuales se hallaban tanto personalidades que se tornaron preeminentes en el ámbito político o intelectual del período; personajes que privilegiaron su actividad dentro del diario y fueron constantemente destacados por el mismo, hasta aquellas figuras que permanecieron anónimas o escasamente conocidas en su labor dentro y fuera del periodismo.

La composición del staff de *La Prensa*, por lo tanto daba cuenta de cierta apertura del ámbito periodístico, el cual integraba en el mismo espacio de trabajo a diferentes personalidades. Esto no significa que no existiesen jerarquías dentro de este, pero si la ausencia de requisitos fijos y cerrados para pertenecer al mismo.

Asimismo, los hombres de prensa eran quienes construían los rasgos característicos de un diario. Sobre sus conocimientos e intereses se desarrollaron los

---

[167] Ver *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*, Año I, agosto de 1870. Sobre las trayectorias de Benito Hortelano y Pablo Coni ver: Stella Maris Fernández, *Benito Hortelano, tipógrafo, periodista, editor y librero*, Buenos Aires, Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas, 2002, especialmente pp. 13-33 y Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 548-558.

[168] El primer presidente de la asociación fue Mariano Varela y entre los miembros honorarios figuraban notables personajes de la vida pública como Mitre, Sarmiento, Cané y Mármol. Sobre la "Sociedad Tipográfica Bonaerense" ver Hilda Sábato, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, pp. 61-63 y "El fervor asociativo. 1860-1890", en Roberto Distéfano, Hilda Sábato, Luis Alberto Romero y José Luis Romero, *De las cofradías a las instituciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina. 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002, pp. 101-122.

[169] Llama la atención que ninguno de ellos tampoco sean mencionados en las ediciones aniversario del diario, ni siquiera Miguel Silva, quien estuvo prácticamente desde los inicios del diario hasta su muerte desempeñando el cargo de administrador, según informa Arrieta. Ver Rafael Arrieta, "El Fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias, Op. cit*., p. 15.

tópicos de las distintas ediciones y fueron los responsables de introducir los cambios que modificaron el mundo periodístico porteño.

Sin embargo, una primer mirada sobre los hombres de prensa como un conjunto, se presenta por momentos como inasible, debido a la imprecisión del ámbito periodístico del siglo XIX. Por este motivo, un análisis sobre las características en común que definían a estos hombres de prensa y los elementos que marcaron su tránsito en el diario, nos permitirá trazar un panorama sobre las cualidades y dinámicas que se desarrollaban en un espacio significativo de la vida cultural y política de la segunda mitad del siglo XIX.

III. a. Ámbitos de sociabilidad en los inicios de *La Prensa*

Los hombres de *La Prensa* transitaron por ámbitos de sociabilidad compartidos por gran parte de ellos como el Colegio Nacional de Buenos Aires, la Facultad de Derecho, la "Asociación Protectora de Inválidos" y "El Círculo Literario", donde se generaron los vínculos que posteriormente determinaron su participación en el diario.

"El señor Paz habíase rodeado de estudiantes y jóvenes graduados", establecía Rafael Arrieta al rememorar los inicios de *La Prensa*.[170] La preeminencia de la Facultad de Derecho, en las trayectorias del personal estable del diario, ubicaba a ésta en un lugar central, en el cual se articularon los lazos de camaradería y amistad, como así también conocimiento de las habilidades intelectuales e inclinaciones políticas, a las cuales recurriría José C. Paz durante la primera década de su periódico. Los integrantes de esta primera etapa, se formaron profesionalmente en esta institución, de la cual aún eran estudiantes o recientes graduados, cuando alternaban sus múltiples actividades con la labor periodística.

Sin embargo, esto no significó una uniformidad en el perfil de ellos, puesto que los itinerarios previos y posteriores son muy variados. Carlos Pellegrini y José Antonio Terry cursaron sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y obtuvieron su doctorado en Jurisprudencia en 1869.

Estanislao Zeballos, en forma similar, transitó por las aulas del Nacional Buenos Aires y de la Facultad de Derecho, graduándose en 1874. Nacido en Rosario, a los doce

[170] Rafael Arrieta, "El fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., p. 15.

años de edad consiguió, por mediación de Nicasio Oroño, una beca para proseguir sus estudios en la ciudad porteña.

No fue el único del interior que continuó sus estudios en esta ciudad, otros integrantes del staff realizaron sus estudios medios en reconocidos colegios del interior, previamente al traslado a la capital porteña. Así, Adolfo Dávila había transitado las aulas del Colegio de Monserrat de Córdoba, e inició la carrera de abogacía en la Universidad de San Carlos; Delfín Gallo se bachilleró en el Colegio Nacional de Tucumán y Onésimo Leguizamón en el Colegio Nacional de Uruguay, doctorándose los tres en Jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires.[171]

Debemos señalar que, a pesar de la misma pertenencia institucional, esto no designaba que todos los lazos referenciales, que luego condujeron a la labor del diario, se gestaron en la universidad, puesto que no todos concurrieron en el mismo período.

Por otra parte, la preeminencia de abogados en el plantel de *La Prensa*, señalaba como la actividad periodística se combinaba con los estudios superiores, sumadas a otras actividades públicas, como parte de una trayectoria común en las carreras políticas. En este sentido, tanto el tránsito por la Universidad como por la redacción de una publicación periódica, formaba parte de las estrategias desplegadas para insertarse y ascender en la administración pública, aspecto que retomaremos más adelante.

Asimismo, en los espacios que se hallaban por fuera del sistema educativo José C. Paz también estableció los lazos que determinaron sus relaciones con aquellos que luego serían integrantes de su proyecto. La apertura política y cultural que vivió Buenos Aires a partir de 1852 se registró principalmente en un notable incremento de la vida asociativa, una actitud altamente valorada como promotora de los valores republicanos y nido de prácticas solidarias.[172] La "Asociación Protectora de Inválidos", se presentaba como un claro ejemplo de este tipo de asociaciones que nucleaba a un grupo de personas detrás de un fin específico, en este caso la asistencia a los lisiados de la Guerra del Paraguay. Fue en esta asociación, donde se estrecharon las conexiones brindadas previamente por la Facultad de Derecho, ya que dos de sus integrantes, José Antonio Terry y Cosme Mariño, se integraron a *La Prensa* desde su fundación.[173]

[171] Ver Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, *Op. cit*. y Enrique Udaondo, *Diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Coni, 1938.

[172] Hilda Sábato, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización*, *Op. cit.*, pp. 63-80.

[173] Ver *El Inválido Argentino*, "Al pueblo argentino", 1 de enero de 1867 y Rafael Arrieta, "El fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, art. cit., p. 11.

La asociación intelectual "Círculo Literario," a la cual fue invitado José C. Paz a participar en 1864, se revelaba como un espacio clave en la formación de lazos que luego se reflejaban en la actividad periodística. Esta asociación, fundada por José Manuel Estrada y Lucio V. Mansilla, contaba entre sus integrantes una variada lista de hombres que recién se estaban iniciando o ya eran conocidos en el mundo político, intelectual y/o literario como Valentín Alsina, Eduardo Wilde, Carlos Tejedor, José Mármol, Vicente G. Quesada, Dardo Rocha, Luis Sáenz Peña, Carlos Guido Spano, Dominguito Sarmiento, Estanislao del Campo y Pastor Obligado, entre otros.[174] Varios de ellos colaboraron en 1867 en *El Inválido Argentino* y el taller tipográfico "Buenos Aires" de Estanislao del Campo, fue donde se imprimieron tanto este semanario como más tarde *La Prensa*.

Las filiaciones políticas constituyeron otro de los nexos entre los hombres de prensa. En este sentido, Carlos Pellegrini, Delfín Gallo y José C. Paz eran miembros activos del partido autonomista desde inicios de la década de 1860 y a partir de 1870, comenzaron a ocupar cargos en las comisiones directivas: Gallo y Paz como secretarios y Pellegrini en el cargo de presidente en 1879. [175]

Como se puede observar, durante los años previos a la fundación de su diario, José C. Paz transitó por los ámbitos de sociabilidad, educativos, políticos y culturales, propios de la segunda mitad de siglo, que le permitieron formar lazos con quienes compartían ideas e intereses políticos y culturales en común y que luego se sumarían al proyecto periodístico que buscaba impulsar.

A estos espacios se sumaron los nexos informales, así, la amistad de los padres de Estanislao Zeballos con la familia de Paz, promovió su ingreso como noticiero en 1870 cuando a los dieciséis años le fue retirado el subsidio que recibía del gobierno de Santa Fe por sus declaradas preferencias políticas.[176]

[174] Sobre los espacios de sociabilidad intelectual ver Paula Bruno, "La vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual", en *Anuario IEHS*, art. cit. Sobre los integrantes de la asociación "Círculo Literario" ver "Circulo Literario", en *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, Tomo V, 1864, pp. 291-292.
[175] Ver *Club del Progreso. Datos históricos sobre su origen y desenvolvimiento*, Buenos Aires, 1 de mayo de 1902 y *Club del Progreso 78º Aniversario*, Buenos Aires, 1930.
[176] *La Prensa*, "El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*", 12 de mayo de 1980

III. b. Trayectorias políticas, intelectuales y periodísticas

En *José Hernández y sus mundos*, Halperin Donghi afirmaba que el periodista podía desarrollar una acción política lícita que desde otras esferas estaría vedada y, a partir de ella, acumular el prestigio necesario para proseguir una carrera política en forma más directa.[177] Esta afirmación se cumplió para algunos de los periodistas de *La Prensa*, quienes combinaron una progresiva carrera política con intervenciones en éste y distintos periódicos, como Terry, Pellegrini, Gallo, Leguizamón y el mismo propietario del diario, José C. Paz. Siendo la mayoría estudiantes o jóvenes graduados, al iniciarse en *La Prensa*, durante el transcurso de las décadas siguientes alcanzaron cargos de primera línea en la administración nacional.

En 1870, Pellegrini fue convocado por el presidente Sarmiento para que se desempeñara como Subsecretario de Hacienda en el ministerio del doctor José Gorostiaga. En 1872, dejó este cargo al ser elegido Diputado por la Legislatura de Buenos Aires, al cual renunció en 1873 al ser favorecido con una banca como Diputado Nacional, siendo reelecto por un período completo, en la lista de candidatos liderada por Avellaneda. En las elecciones del 24 de febrero de 1878, fue nuevamente escogido miembro de la Cámara de Diputados por 4 años más. El 9 de octubre de 1879 se lo designó Ministro de Guerra y Marina para reemplazar en ese cargo a Julio A. Roca, quien se había retirado para trabajar en su candidatura a la presidencia. En agosto de 1886, acompañó a Miguel Juárez Celman como vicepresidente y ocupó la presidencia en 1890 al renunciar éste. En toda su trayectoria política no abandonó nunca la intervención en el diarismo porteño. Luego de marcharse de *La Prensa*, colaboró en *El Diario*, *El Nacional* y en *La Tribuna*, hasta que, en 1884, fundó su propio diario, *Sud América*, junto a Delfín Gallo, Paúl Groussac y Lucio V. López y en 1899 creó un nuevo diario, *El País*, el cual dirigió hasta su muerte.[178]

En forma similar, Delfín Gallo también alternó su actividad política con el periodismo, el cual inició en *La Prensa*, para luego colaborar en *El Nacional*; *El Orden*

[177] Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, *Op. cit*., p. 159.
[178] Sobre la trayectoria de Carlos Pellegrini ver Cristóbal Zavala, *Carlos Pellegrini. Homenaje al prócer y al Banco de la Nación*, Buenos Aires, 1941; Agustín Rivero Astengo, *Pellegrini, 1846-1906*, Tomo I, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1941. Sobre la participación de Pellegrini en Sud-América, ver Tim Duncan, "La prensa política: Sudamérica 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1980, pp. 172-183 y Paula Alonso, "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la "Argentina moderna" en la década de 1880", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, *Op. cit*., pp. 203-242.

y en 1884 redactó la sección de interés general en *Sud América*. La labor periodística se intercaló con su desempeño como Diputado Nacional durante dos periodos, entre 1872 y 1874 y 1884 y 1888. Durante la presidencia de Avellaneda se desempeñó como secretario del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y también se hizo cargo de la Dirección del Ferrocarril Oeste y del Pacífico. Su temprano fallecimiento, cuando contaba con 44 años, truncó una ascendiente trayectoria, dejando un vacío en el campo de las ciencias y las letras, afirmaba Bernardo de Irigoyen en su biografía sobre Gallo, en la cual sostenía que "el arte de escribir es muy grande: exige trabajos, estudios, paciencia invencible y asiduidad maravillosa. Gallo tuvo todas esas cualidades, y sus escritos claros, concisos y doctrinarios, ilustraron la razón de sus lectores."[179]

El itinerario de Onésimo Leguizamón también se hallaba bajo el estigma de una muerte prematura, a los 46 años, que cercenó una carrera con serias perspectivas presidenciales. A diferencia del resto de los integrantes de *La Prensa*, que se estaban iniciando en la vida pública, ya tenía una extensa participación en los ámbitos políticos y académicos. En 1858 obtuvo una beca que el gobernador Justo José Urquiza entregaba a alumnos destacados, por medio de la cual viajó a Europa para continuar sus estudios en carácter de adjunto de la misión diplomática del Doctor Campillo en el Vaticano. Al regresar al país se doctoró en Jurisprudencia, en 1862. Al siguiente año fue nombrado Ministro de Educación de Entre Ríos, y diputado de la legislatura provincial entre 1864 y 1868. Paralelamente enseñó filosofía en el Colegio de Concepción del Uruguay, desde 1865 a 1870. Durante la década de 1860, además, incursionó en el periodismo, siendo redactor de *El Uruguay* entre 1862 y 1864.

En 1870, tras el asesinato de Urquiza, se opuso a la candidatura de Ricardo López Jordán por lo cual debió exiliarse en Buenos Aires. Fue en este momento cuando, tras una destacada actuación en su provincia, se integró, al recién surgido diario porteño.[180]

Durante tres años se desempeñó como redactor de *La Prensa*, puesto que abandonó al ser elegido diputado nacional por la provincia de Entre Ríos. El presidente Nicolás Avellaneda lo designó Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, cargo desde el cuál realizó su tarea más reconocida: reorganizó las escuelas normales; reformó el plan de estudios de los colegios nacionales; instituyó la Comisión Nacional de

[179] Bernardo de Irigoyen, *Delfín Gallo. Apuntes biográficos*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1890.
[180] Ver Jorge Vanossi, "Dos exponentes del ideario liberal en la Generación del 80", en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Buenos Aires, junio de 2007, pp. 5-13

Escuelas y reglamentó el funcionamiento de las escuelas de agronomía; asimismo inició un plan general para la educación común, sugiriendo la división de grados, la instrucción obligatoria y la secularización de la enseñanza.[181]

A su vez, tuvo una competencia ejemplar en su actividad como jurista. Estuvo a cargo de la cátedra de Derecho Internacional en la Universidad de Buenos Aires, desde 1872 a 1874 y publicó reconocidas obras en la rama del derecho como *Instituto del Código Civil Argentino* y *Las leyes de la guerra internacional*. En 1877 accedió al cargo de Juez de la Suprema Corte de la Nación, al cual dimitió en 1882. En los últimos años de su trayectoria volvió a incursionar en el periodismo cuando, en 1884, fundó *La Razón*, diario que dirigió hasta su sorpresiva muerte en 1886, en plena campaña para ser elegido gobernador de Entre Ríos.[182]

Un recorrido diferente fue llevado adelante por José Antonio Terry, quien concentró la actividad periodística al inicio de su actividad pública. Dejó tempranamente de colaborar en *La Prensa* y se integró como redactor de *La Discusión*, periódico que había comenzado a circular en diciembre de 1869 bajo la dirección de Francisco López Torres. Se trasladó luego a *La Unión* y se desempeñó como redactor junto a Bonifacio Lastra, hasta que en 1871 fue elegido Diputado por la provincia de Buenos Aires, de allí en más, no volvió a intervenir en el periodismo. En 1878, fue nombrado Diputado del Congreso Nacional y en 1880 Senador por la Legislatura Porteña. Se inició como profesor suplente en la cátedra de Finanzas en la Facultad de Derecho de Buenos Aires en 1893, año en que Luis Sáenz Peña lo designó Ministro de Hacienda. Durante la segunda presidencia de Roca fue nombrado Ministro Plenipotenciario y viajó a Chile en 1902 para tramitar con este país la cuestión de límites en la cordillera. Debido a su exitosa actuación, a su regreso ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. En 1904, bajo la presidencia de Manuel Quintana, volvió a desempeñarse como Ministro de Hacienda.[183]

La intervención en el ámbito del periodismo, como podemos observar, tanto de estos redactores, directores o fundadores, se desenvolvió al compás de la carrera política, pero no se instituyó en su actividad central. Incluso José C. Paz priorizó las funciones políticas y, por este motivo, no dudó en cerrar su diario en 1874 para sumarse

[181] Jorge Vanossi, "Dos exponentes del ideario liberal en la Generación del 80", en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, art. cit., p. 8
[182] Ídem, pp. 5-7.
[183] Ver Carlos Saavedra Lamas, "José A. Terry, el diplomático- el financista", en *Anales de La Academia de Ciencias Económicas*, Vol. IV, Buenos Aires, 1946, pp. 261-292 y "Homenaje a José A. Terry", en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Tomo I, enero de 1898, pp. 135-138

a la revolución mitrista. Tras su derrota permaneció en Montevideo hasta 1876, por lo cual tuvo que dejar su diario, puesto en circulación nuevamente en febrero de 1875, a cargo de Zeballos y Dávila hasta su regreso. A pesar del revés por su actuación en la Revolución de 1874, su carrera política creció en prestigio en forma paralela a su diario y, en 1879, fue elegido diputado nacional. Sin embargo, dejó el país y a *La Prensa* en dos oportunidades más, para cumplir funciones diplomáticas en Madrid, desde 1883 hasta 1885, y en Montecarlo a principios de siglo XX, en donde falleció en 1912.[184]

La contraparte de estos recorridos está representada por la figura de Adolfo Dávila. Su ingreso al diario quedó marcado por una coyuntura política y, a partir de este momento, no dejó su labor en *La Prensa*. En 1874, comprometido con las posturas mitristas, se encontraba integrando el batallón conducido por Paz y tras la derrota en el combate de Santa Rosa, acompañó a éste y a Estanislao Zeballos a Montevideo.[185] Desde allí, cuando Nicolás Avellaneda permitió la reapertura del periódico, Dávila fue nombrado redactor en jefe. A partir de 1879 ocupó la dirección hasta 1890, al asumir en esta función Ezequiel Paz. No obstante, no abandonó el diario, sino que retornó al cargo de redactor en jefe hasta que falleció en 1918.[186]

Durante todo ese período, desarrolló conjuntamente su carrera política: tres veces diputado nacional por la provincia de La Rioja, (1878-1882, 1882-1886,1900-1904), y Senador por la misma provincia desde 1912 a 1916. A diferencia de los otros periodistas que analizamos, Dávila priorizó su función en el diario, declinando los cargos de Ministro del Interior y de Hacienda ofrecidos por Victorino de la Plaza, debido que la aceptación de los mismos le hubieran restado el tiempo que demandaba su función en *La Prensa*.[187] Arturo Capdevila en un artículo conmemorativo por los 50 años del diario expresó:

> "…en vida fueron los doctores Paz y Dávila para la acción directiva en esta casa, dos hombres de distinto temperamento fundidos en el mismo crisol, desde que se conocieron disintieron a menudo en cuestiones de forma, pero nunca en principios, en

[184] Sobre la trayectoria periodística y política de José C. Paz ver Eizaguirre José Manuel, *¿Dónde está el pueblo?*, *Op. cit*. y Francisco Javier Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz*, *Op. cit*.
[185] Una descripción minuciosa sobre los participantes del enfrentamiento entre Mitre y Avellaneda se encuentra en Félix Armesto, *Alsinistas y Mitristas*, Buenos Aires, Alsina editor, 1914. Sobre aspectos generales de la revolución de 1874 ver Miguel Ángel Scena, "Mitre contra Avellaneda" en *Todo es Historia*, núm. 167, abril de 1981, pp. 35-46
[186] Ver *La Prensa*, "Edición especial 50º Aniversario", 18 de octubre de 1919; "Edición especial 100º Aniversario", 18 de octubre de 1969 y "El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*", art. cit.
[187] Ver Joaquín V. González, *Obras Completas*, Vol. XXII, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1936, pp. 527-535;

> doctrinas, en anhelos. Materialmente ausente del país, o presente, el doctor Paz estaba siempre presente en *La Prensa*, pues lejos o cerca, inspiró, vigiló, redactó, aportó su aplauso o crítica…"[188]

José C. Paz y Adolfo Dávila se instituyeron en las figuras que sentaron las bases y le otorgaron un perfil propio al diario. A ellos se sumó Estanislao Zeballos, quien transitó por todos las funciones: noticiero, cronista, redactor, director y cuando, a partir de 1880, decidió centrarse en su carrera política, no se alejó de *La Prensa*, mantuvo sus vínculos como colaborador y en su *Revista de Derecho, Historia y Literatura* se publicaban, en cada tomo, transcripciones de los artículos del diario, considerados sumamente relevantes para el enriquecimiento cultural.[189]

La trayectoria de Estanislao Zeballos ha sido una de las más prolíferas y descollantes de la época. A los 16 años fundó *El Colegial*, un diario estudiantil donde expresaba anécdotas de la vida de los estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires y se publicaban contribuciones literarias de los alumnos. Asimismo, fue integrante de "Estimulo Literario", una asociación estudiantil que tenía por objetivo infundir el desarrollo de las letras en los jóvenes.[190] En 1871, organizó, junto a Francisco y José María Ramos Mejía y otros estudiantes, el movimiento "13 de diciembre", uno de los principales promotores de la reforma universitaria de 1874.[191]

Con sólo veinte años, en 1874, obtuvo el título de Doctor en Jurisprudencia por la Universidad de Buenos Aires. En el mismo año creó *Anales Científicos Argentinos*, acompañado nuevamente por Francisco y José María Ramos Mejía, de los que se publicaron sólo 5 números entre mayo y septiembre de 1874. Frente a una sociedad que carecía prácticamente de tradición científica, excepto casos aislados de revistas y periódicos dedicados a difundir y comentar la ciencia y técnica, esta publicación pretendía despertar el interés en la ciencia y la técnica y atraer al público en general hacia esas disciplinas. En diciembre de 1875, Zeballos reanudó estos objetivos con una

[188] Ver *La Prensa*, "Edición Especial 50º Aniversario", art. cit.
[189] Ver *La Prensa*, "Edición especial 50º Aniversario", art. cit.; "Edición especial 100º Aniversario", art. cit. y "El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*", art. cit.
[190] Sobre la participación de Zeballos en "Estímulo Literario" ver "Acción de los estudiantes durante la fiebre amarilla de 1871", en *Revista de Derecho, Historia y Literatura*, Tomo 71, marzo de 1922, pp. 401-408. Para un análisis general de la asociación ver Lidia Lewkowicz, "La Sociedad Estimulo Literario", en Raúl Castagnino, *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1965, pp. 19-45.
[191] Los otros integrantes eran Lucio Vicente López, Juan Carlos Belgrano, José María Cantilo, Francisco B. Pico, Ismael Bengolea, Juan D. Fonseca. Sobre la constitución del movimiento "13 de diciembre" ver Tulio Ortiz y Luciana Scotti, "Las reformas antes de la reforma. Primeros movimientos estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires", en *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio L. Gioja*, núm. 3, primavera 2008, pp. 1-15.

publicación similar, los *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* revista cuyo primer número apareció el 13 de enero de 1876 y se continúa publicando en la actualidad.[192] A fines de siglo, puso en marcha otra publicación, *La Revista de Derecho, Literatura e Historia*, la cual ha sido considerada una de las empresas editoriales más destacadas del período, junto a revistas como *La Revista de Buenos Aires*, *Revista Argentina*, *Nueva Revista de Buenos Aires* y *La Biblioteca*.[193]

Asimismo, la edición de revistas científicas estuvo acompañada por un temprano interés por la literatura, publicando una serie de novelas que combinaban su fascinación literaria con la geografía argentina: *Episodios en los territorios del sur* (1879); *Descripción amena de la República Argentina* (1881); *Viaje a la región del trigo* (1883); *Calvulcurá o la dinastía de los piedra* (1884); *Painé y la dinastía de los zorros* (1886); *Relmú, reina de los pinares* (1888). A su vez, todas estas obras poseían una acentuada implicación política. Generadas en una etapa de expansión de la frontera sur argentina, buscaron sensibilizar la opinión pública en los inicios de los preparativos relacionados con la Expedición al Desierto de 1879 y los sucesos posteriores como la ocupación de los territorios de Neuquén y la persecución de los últimos grandes caciques.[194]

Paralelamente a su fructífera carrera en el ámbito de las letras, Zeballos llevó a cabo una notoria intervención en la administración pública. En 1880 se incorporó al Congreso como Diputado Nacional y en 1884 presidió la Cámara de Diputados de La Nación, cargo que desempeñó hasta 1889, año en que fue nombrado Ministro de Relaciones Públicas. En el espacio de la educación también tuvo una actuación destacada como profesor titular de la cátedra de Derecho Internacional Privado desde

[192] La publicación se caracterizó por la presentación de numerosos trabajos y monografías técnicas y científicas que mostraban un particular interés para estudiar las características naturales del país, su ambiente vegetal y animal, el suelo y el subsuelo, y el clima de sus diversas regiones. Así también fueron frecuentes los estudios relacionados con la necesidad de ejecución de obras públicas tales como la construcción de ferrocarriles, puertos y vías fluviales, inquietudes que se vinculaban con la expansión económica que tenía su principal causa en el constante incremento de la producción agrícola y su exportación. Sobre *Los Anales de La Sociedad Científica Argentina* ver Mercedes Aleman, *Índice Temático de los Anales de la Sociedad Científica Argentina: 1875 a 1981*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 1983 y Juan Carlos Nicolau, *Historia de la SCA en el siglo XIX (1872-1900)*, versión online: http://www. científica.org.ar/institucional_historia.html

[193] Ver Paula Bruno, "La vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo," en *Anuario IEHS*, art. cit., pp. 14-20

[194] Ver Fermín Rodríguez, "Estanislao S. Zeballos: Un desierto para la nación", en *Hipótesis y discusiones/19*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2000 y Juan Guillermo Durán, "Estudio Preliminar", en *Estanislao S. Zeballos, Episodios en los territorios del Sur*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004, pp. 15-131.

1902, por lo cual fue invitado a dictar clases y conferencias en universidades estadounidenses y europeas.[195]

La contracara de los personajes que hasta aquí hemos analizado, está representada por Cosme Mariño. Figura sumamente identificada con José C. Paz y *La Prensa*, fue el primero en ser convocado por su fundador para que se integrara a su nuevo proyecto. El propio Mariño relató que Paz le pidió que se sumara como director del impreso sabiendo que contaba con un colaborador bien intencionado. Se mantuvo en su cargo hasta 1872 cuando se retiró para continuar sus estudios:

> "Retirado yo de la redacción de *La Prensa* y llevado por otras orientaciones diferentes, he seguido de cerca durante los cincuenta años transcurridos, la evolución y las glorias adquiridas por este diario, y durante mi vida humilde y sin brillo, aunque modesto factor y copartícipe de él, he gozado también de sus triunfos, adjudicándome la hojita de laurel más pequeña otorgado por mis conciudadanos a los esforzados campeones que lo han colocado más tarde entre las publicaciones mundiales de mayor popularidad".[196]

A diferencia de Terry, Leguizamón, Gallo y Pellegrini, que también se apartaron tempranamente del diario, la participación en el impreso se presentaba como el único logro trascendente de Mariño. Sus cargos en la administración pública no fueron significativos: en 1872 actuó como Juez de Paz de la Capital y desde 1895 a 1904 ocupó el cargo de Jefe de la Oficina Jurídica de Préstamos, en el cual se jubiló.

La mayor parte de su vida se dedicó a la promoción de teorías espiritistas, participando de la asociación "Constancia", fundada en 1877 y la cual presidió a partir de 1882, publicando varios libros que buscaban sostener esas teorías: *El espiritismo al alcance de todos*; *Instantáneas*; *Pruebas concluyentes de la existencia del alma*; *Lo ideal en lo real*; *Manifiesto de la Confederación Espiritista Argentina*; *Bases para la formación de un partido democrático liberal* (este libro contiene una serie de conferencias y disertaciones sobre el Concepto Espiritista del Socialismo).

Tal cual como Mariño caracterizó su propia trayectoria, ésta no se desarrolló entre altos puestos de la administración, ni académicos, ni en renombrados producciones literarias o periodísticas como los otros integrantes de *La Prensa*. A pesar de ello, su persona ha sido recordada como figura primordial en las ediciones

[195] Ver Carlos Vico, "La personalidad del Doctor Zeballos", en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo IX, Buenos Aires, 1925, pp. 481-483 y Leopoldo Melo, "Zeballos en la enseñanza universitaria del derecho internacional", en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo XXV, Buenos Aires, 1939, pp. 15-37.
[196] Cosme Mariño, "El primer número de *La Prensa*", en *La Prensa*, 18 de octubre de 1919.

aniversario, (las mismas que no mencionan a Terry, Gallo, Pellegrini y Leguizamón), dando cuenta, en esta forma, como el impreso construyó su propia historia, nombrando y excluyendo los referentes que participaron en la misma.

IV. Los hombres de *La Prensa* y los hombres de prensa

Si bien durante el siglo XIX una gran cantidad de emprendimientos editoriales se desarrollaron en forma unipersonal o bajo una marcada impronta de una única figura destacada del ambiente político o intelectual, la reconstrucción del staff de *La Prensa* que hemos realizado en estas páginas nos permite ampliar la perspectiva respecto del mundo de la prensa.

En este sentido, durante la década analizada, se observaba la existencia de una diferenciación de tareas, sin que esto señalara un trayecto jerarquizado y obligatorio en la labor periodística, como, por ejemplo los casos de Onésimo Leguizamón y de Adolfo Dávila que se iniciaron en el diario directamente como redactores en jefe o, por el contrario, el de Zeballos que recorrió todos los escalones en la actividad periodística hasta convertirse en director.

Asimismo, los hombres que se incorporaron en los inicios de *La Prensa*, no eran notables o figuras destacadas del período que participaban de un diario, sino que su pasaje por el mismo, sumado a sus otras actividades, les permitió alcanzar esta denominación. El panorama trazado para los hombres de *La Prensa* señalaba distintos patrones de conducta de las figuras que se involucraron en la tarea periodística. Varias de las características señaladas para los miembros de su staff, fueron compartidas por las trayectorias de los hombres de prensa en general. En este sentido, Estanislao Zeballos y José C. Paz transitaron en forma intercalada el éxito político y periodístico como Bartolomé Mitre. A su vez, Zeballos publicó sus primeros trabajos literarios en el diario al que ingresó con un puesto de bajo rango y continuó incursionando en la literatura a la vez que cumplía sus funciones diplomáticas en una trayectoria con varias similitudes a la de Martín García Meróu. Incluso Henry Stein y Adolfo Dávila desarrollaron puntos de contacto, privilegiando su labor periodística frente a otras actividades en las que contaban con habilidades y recursos para haberse destacado.

Nuevamente, la diversidad de itinerarios como los puntos en común de ellos, resultaban una parte inherente de la complejidad del mundo periodístico en el cual estas personalidades participaron. La figura del hombre de prensa en general abarcaba una

multiplicidad de trayectorias, que fue posible en un período en el cual no había reglas establecidas que determinaran los alcances de la participación en el mismo. Aún así, se desarrollaron ciertos puntos de contacto que evidenciaban los canales de ingreso a un diario, cómo los ámbitos de sociabilidad o los lazos familiares o de amistad, y las distintas posibilidades que generaba esta actividad, tanto en el ámbito político, periodístico o literario. Sin embargo, la actividad periodística no aseguraba, por sí misma el éxito o el fracaso, en los objetivos perseguidos en su inserción en este espacio.

Por otra parte, como se analizó en el capítulo anterior, en las últimas décadas del siglo XIX comenzó a generarse una diferenciación de roles en torno a la producción periodística y la figura de los hombres de prensa no estaba constituida sólo por los redactores o directores, sino que comenzaron a perfilarse funciones especializadas como la de los corresponsales o el repórter. En este sentido, si bien el panorama del staff aquí presentado se distanciaba de la concentración de roles en una única figura como había relatado Manuel Bilbao[197], éste aún distaba de la imaginada por Navarro Viola a finales de siglo, en la cual "el director, que no escribe, sino que lee y corrige lo que otros hacen, y unos pocos repórters, que redactan febrilmente las últimas noticias transmitidas por el telégrafo o el teléfono; mientras el numeroso personal de redacción, reclutado en todas las clases sociales, compuesto de hombres y mujeres, recorre las calles, se introduce en las oficinas públicas o en las casas de las notabilidades del día, a la pesca de informaciones."[198]

Universidad de SanAndrés

* * *

En el presente capítulo se privilegió un análisis enfocado no ya en las publicaciones sino en las personas que estaban a cargo de su construcción. Así el panorama que se presentó al respecto, permite sostener que la experiencia de la prensa distaba de ser una actividad unipersonal e intervenían en él un conjunto de personas que desempeñaban actividades marcadamente diferenciadas. Especialmente desde la elaboración del staff de *La Prensa* se dio cuenta de tres grupos diferenciados al interior de la producción periodística: las personas vinculadas con los aspectos técnicos y de impresión; aquellos encargados de la administración y el equipo dedicado a la redacción.

[197] Manuel Bilbao, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires, Op. cit.*, 1902, pp. 458 y 459.
[198] Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina, Op. cit*., p. 12.

Asimismo, las trayectorias aquí analizadas mostraron que los hombres de prensa participaron de la redacción a partir de actividades diversas generadas desde la posición dentro del periódico como propietario, director, redactor en jefe, litógrafo, redactor de la sección literaria, corresponsal, noticiero o colaborador. Más aún la narración de los diversos itinerarios colocó en relieve que no existían pasos a seguir preestablecidos en la actividad efectuada por los hombres de prensa: en tanto que se podía transitar por todos los escalafones desde los rangos más bajos hasta alcanzar los superiores como también se podía participar eventualmente como colaborador o corresponsal o se podía ingresar directamente en los cargos más altos de la jerarquía como redactor en jefe o director.

A su vez, así como los atributos de una sección en las páginas de un diario se trasladaban a otras secciones que ostentaban propósitos diferentes, tampoco las funciones al interior del equipo de redacción estaban claramente delimitadas, así el director no sólo tenía a cargo la conducción del diario si no también escribía artículos o el noticiero que además de los artículos informativos contribuía en la sección literaria.

Por último, la particularidad esencial de los hombres de prensa consistía en que no se dedicaron únicamente a la actividad en la prensa: hubo quienes concentraron su participación en los periódicos al principio de sus carreras públicas, otros alternaron esta actividad en forma constante, mientras que algunos privilegiaron su participación en este ámbito. Sin embargo la actividad en la prensa no fue específica para ninguno de ellos, eran hombres de prensa pero también abogados, médicos, diplomáticos, ministros, militares, estudiantes o gobernantes.

Universidad de San Andrés

Capítulo IV: Las voces de *La Prensa*

I. Introducción

La primera década de *La Prensa* se desarrolló dentro del marco brindado por la reciente unificación del país en 1862 tras la batalla de Pavón: el nuevo escenario que se presentó a partir de la presidencia de Bartolomé Mitre, propició la intención de generar un diarismo menos faccionalizado y con la voluntad de conformar una opinión nacional.[199]

En 1869, al momento de aparecer su primer número, hacía ya un año que se había realizado el primer recambio presidencial y el llamado proceso de organización nacional se había puesto en marcha. Durante el período analizado, la prensa política porteña trasladó el eje de la discusión faccionalizada al estudio de las principales cuestiones que se hallaban en la agenda de los gobiernos de Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda, como la salud, la educación, los problemas económicos, la inmigración, los conflictos políticos y la expansión de las fronteras. Esto no significó que los diarios formularan posturas similares con respecto a cada una de los temas que ocupaban las columnas de sus páginas, principalmente en sus editoriales. Por el contrario, cada uno de ellos vertía opiniones propias que le otorgaban un perfil diferenciado dentro del periodismo porteño. Así, *La Nación* era reconocida como el principal vocero del mitrismo, *La Tribuna* se autoproclamaba autonomista y *El Nacional*, que había surgido como vocero en Buenos Aires del liberalismo provinciano, se convirtió, a partir de la década de 1860, en el órgano indiscutido de la fracción sarmientina.[200]

Podría establecerse, entonces, que en este proceso, a pesar que la prensa desarrolló una tendencia común y abordaron en sus páginas iguales temáticas, cada diario definió una voz propia que le otorgaba cierta individualidad y una forma particular de abordar de las cuestiones al interior del diarismo porteño.[201]

---

[199] Claudia Román, "La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en Julio Schvartzman (dir.), *La lucha de los lenguajes*, *Op. cit*., pp. 449-450. Asimismo, en su análisis de esta etapa, Halperin Donghi señaló que la apelación apasionada a la tradición facciosa que se desplegó después de Caseros evidenciaba la convicción de que esa tradición estaba perdiendo su imperio y durante la década de 1860 los periodistas paulatinamente iban a aclamar la muerte de las facciones. Ver Tulio Halperin Donghi, *Una Nación para el desierto argentino*, *Op. cit*. p. 59.

[200] Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*, *Op. cit*. p. 72.

[201] La idea de una voz propia como marca distintiva ha sido formulada en base a los argumentos de Mladen Dolar quien plantea que la voz es como una huella digital, reconocible e identificable al instante,

En el caso particular de *La Prensa*, ésta no se arrogó explícitamente una voz que la definiera y tampoco podía ser reconocida como órgano de un partido. Asimismo, la definición del diario como "moderno e independiente" tampoco podía ser aplicada como marca distintiva que la separaba del resto de los periódicos como ya se analizó en el segundo capítulo.

Sin embargo, esto no significaba que *La Prensa* no hubiera expuesto cuáles eran sus opiniones respecto de las coyunturas latentes. Por lo tanto, en este capítulo se analizan algunos de estos puntos de vista y, a su vez, teniendo en cuenta la convivencia de varias voces en el espacio de sus páginas, se examina cómo éstas se manifestaron en los abordajes que *La Prensa* realizó sobre las principales temáticas desplegadas entre 1869 y 1879, muchas veces manifestando fisuras y tensiones internas.

II. Los roles del diarismo

La organización nacional iniciada con la presidencia de Bartolomé Mitre y que comenzó a afianzarse con un segundo mandato presidencial en la figura de Domingo Faustino Sarmiento, no sólo conformaba un nuevo escenario para la prensa, sino que también planteaba un nuevo interrogante: ¿cuáles debían ser las funciones de la prensa en este contexto de relativa paz y estabilidad?

A lo largo de la primera década de existencia, *La Prensa* meditó constantemente en sus páginas sobre las respuestas que debían ser dadas a este interrogante. En este sentido, sus editoriales ofrecieron un amplio espacio para reflexionar acerca de los significados que estaban consignados detrás de los deberes y funciones del "diarismo como instrumento de civilización", el cual pudiera promover la conformación de una opinión nacional.

Sin embargo, no sólo el contexto político se había transformado, la nueva composición de las características de la población, derivadas de la inmigración y las campañas de alfabetización, promovieron una segunda clase de interrogante: ¿cuáles debían ser los cambios que correspondían ser encarados por los impresos, ante un público lector cada vez más numeroso y anónimo, cuyos intereses y expectativas eran mucho más disímiles y heterogéneos entre sí que en las décadas pasadas?

---

que a su vez está dotada de una voluntad de decir algo con una intencionalidad intrínseca. Ver Mladen Dolar, *Una voz y nada más*, Buenos Aires, Manantial, 2007, especialmente pp. 13-37.

La Prensa, en este sentido, dedicó especial interés en el tratamiento de ambas cuestiones, el cual plasmó en reiteradamente en la sección editorial. En primer lugar, el periodismo como instrumento de civilización era un ideal común compartido entre los impresos porteños, cuyo principal objetivo se basaba en guiar la opinión de los lectores. Esta conducción no podía estar basada en ambiciones personales ni en conveniencias políticas, como había perseguido el diarismo faccioso, si no que su fin era lograr el bienestar de la sociedad en general. Así lo expresaba en uno de sus editoriales a fines de la década de 1870:

> "Su propaganda (de la prensa) formidable templó el espíritu público mostrando cada día al pueblo el camino del deber. […]
> En las épocas de guerra como las de paz, en la bonanza como en las amargas tribulaciones, la prensa es el amigo del pueblo. Su palabra templada o enardecida, avisa a cada ciudadano lo que se piensa, se quiere y lo que es necesario hacer, en todas las regiones que se discuten los intereses de todos."[202]

Bajo esta visión, el periodismo constituía el pilar fundamental sobre el que se cimentaba el proyecto de organización nacional y el camino al progreso, en tanto que la sociedad se dejaba influenciar con más fe y simpatía por la prensa que por los actos de los poderes públicos que "encuentran una resistencia natural entre el que manda y el que obedece que no existe entre el que oye y obedece."[203]

Asimismo, parte central de su labor radicaba en acompañar y aconsejar en los actos de gobierno, como así también controlar y denunciar todas aquellas acciones desplegadas por los hombres que se hallaban en el poder, que eran inconstitucionales y que atentaban contra el bienestar de la sociedad.

La conversión de *La Nación Argentina* en *La Nación*, obedeció a un anhelo de Bartolomé Mitre dirigido en este sentido, que buscaba iniciar un emprendimiento alejado del control gubernamental y de las luchas facciosas, como explicaba en su carta de presentación:

> "*La Nación Argentina* fue una lucha. *La Nación* será una propaganda. […]
> Fundada la nacionalidad es necesario propagar y difundir los principios en que se ha inspirado, las instituciones que son su base, las garantías que ha creado para todos, los fines prácticos que busca, los medios morales y materiales que han de ponerse al servicio de esos fines."[204]

[202] *La Prensa*, "Deberes del periodista", 30 de octubre de 1877.
[203] *La Prensa*, "La prensa y su misión permanente", 12 de mayo de 1870.
[204] *La Nación*, "Nuevos horizontes, 4 de enero de 1870.

Sin embargo, a pesar de los nobles objetivos que proponía el editorial, *La Nación* no se mantuvo alejada de las luchas políticas, representando principalmente la función de órgano de partido por lo menos hasta 1874.[205]

El diario de Mitre representaba un claro ejemplo que exponía cómo el propósito de autonomizar los periódicos de este tipo de contienda era difícil de cumplir, en tanto los diarios continuaran sujetos al gobierno o sectores políticos, ya fuera como herramientas de divulgación de estos o por compromisos económicos contraídos en relación con la financiación de las publicaciones.

Por este motivo, *La Prensa* denunciaba en su carta de presentación que era un lugar común las expresiones y los programas que aludiesen a la defensa de los derechos del pueblo, al juicio imparcial sobre los actos de los funcionarios públicos y la propagación de las buenas ideas tendientes a impulsar al país hacia el más alto desarrollo de la civilización. Pero en la práctica, todo esto se transformaba en una parodia de lo prometido, puesto que la prensa aún continuaba repitiendo las mismas actitudes del periodismo faccioso, estando supeditadas a los intereses de un grupo reducido que era el que orientaba su accionar.[206]

Únicamente el diarismo independiente, como planteaba José C. Paz, desvinculado en los aspectos económicos y en los propósitos políticos de las facciones, podía arrogarse la representación de la opinión pública.[207]

La vinculación entre el desempeño del diarismo como representante y guía de la opinión pública y su carácter independiente, abarcaba en *La Prensa* dos esferas de acción diferentes derivadas del planteo de Paz. El diario explicitaba que para adquirir el derecho de llamarse órgano de la opinión pública, era necesario explorar las diversas opiniones entre el pueblo y reunir los distintos juicios, tomando los que representaran la conformidad de la mayoría, puesto que en ese accionar se hallaba la verdadera misión del periodismo.[208]

---

[205] Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, *Op. cit.*, p. 97.
[206] *La Prensa*, "Nuestros propósitos", 18 de octubre de 1869.
[207] *La Prensa*, "Nuestros propósitos", art. cit. El planteo de Paz se demostraba en los rechazos públicos a distintos ofrecimientos de subvenciones y suscripciones: *La Prensa* rechazó públicamente una subvención de trescientos ejemplares que el gobierno Oriental, presidido por Batle solicitó a condición de que se publicasen las correspondencias del partido que sostenía su gobierno. A su vez desdeñó otra suscripción del gobierno del Paraguay que no exigía condición alguna. Por último rehusó también una subvención del gobierno de la provincia de Buenos Aires a cambio de que se creara una sección oficial en las páginas del diario. Ver Manuel Bilbao, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, *Op. cit.*, pp. 442-443.
[208] *La Prensa*, "Nuestros propósitos", art. cit.

En su prédica, entonces, reunía las características que debía detentar el diarismo como instrumento de civilización: una prensa independiente, alejada de los personalismos y que pudiera constituirse a la vez en órgano de una opinión pública y guía del criterio de los lectores.

Pero el concepto de prensa independiente requería a su vez una práctica diferente: la inclusión de los nuevos lectores conformados bajo el impulso de las campañas de alfabetización que demandaban al periodismo una reelaboración de las formas de contacto entre este y el público.

Tempranamente y con la frase "el mejor programa son pocas palabras, muchos hechos", el diario incorporaba en su carta de presentación, una nueva visión sobre las características que debían adquirir los artículos periodísticos.[209] En una época que era común la publicación de extensos textos doctrinarios, *La Prensa* ponía en discusión la validez de los mismos, señalando como errónea la creencia por la cual se consideraba que "un diario grande refunde toda la ciencia política y social" y que "un artículo largo debe irradiar con el cúmulo de conocimientos que encierra."[210]

Por el contrario, la insistencia en este estilo de periodismo alejaba a los nuevos lectores, generando entre el público el hábito de no leer periódicos por el cansancio que producía su larga lectura para aquellos que no vivían en la actividad política.

De esta manera, Paz daba cuenta de una aguda percepción de las transformaciones que se generaban en la sociedad y de las decisiones que debía tomar la prensa al respecto: modificar el estilo con que comúnmente se redactaban los artículos de acuerdo a las demandas de su nuevo auditorio. Así, en su artículo "Formato y material de los diarios", señalaba que sólo la lectura de un editorial de tres o cuatro columnas requería por lo menos cuatro horas y era necesario emplear la mitad del día para leer el diario en forma completa, lo cuál llevaba a plantear que la mayor parte de la sociedad no disponía de tanto tiempo libre para dedicarlo a la lectura.[211]

En un plano ideal de *La Prensa* se incluía, entonces, a sectores cuyas prácticas de lectura se diferenciaban del público habitual de los diarios, colocando en relieve que la opción de un periodismo y una lectura democráticos requerían que "un diario debía ser como un gobierno- de todos y para todos."[212]

[209] Ídem.
[210] *La Prensa*, "Formato y material de los diarios", 5 de noviembre de 1869.
[211] *La Prensa*, "Formato y material de los diarios", art. cit.
[212] Ídem.

En este sentido, las transformaciones que debía efectuar el diarismo no sólo comprendían al ámbito político, sino que debían tener en cuenta tres elementos interrelacionados entre sí: las características del público, de los artículos y de los hombres de prensa.

En primer lugar, *La Prensa* hacía explícita la heterogeneidad de sus lectores, constituidos por un arco social diferenciado, que abarcaba desde las autoridades políticas, a las que más de una vez buscaba interpelar desde su oratoria, hasta el público nuevo de la ciudad de Buenos Aires: el almacenero, modisto, presidente de asociación, maestro, librero, sastre, peluquero, vidriero, ama de llaves o empresario teatral.[213]

Las páginas del impreso, cómo se planteó previamente, tenían como destinatarios tanto al público tradicional, habituado a la lectura de los periódicos y conformado principalmente por los simpatizantes partidarios y los redactores y miembros de la oposición[214], como a los nuevos contingentes de lectores.

Dar alcance a un público tan diverso requería, en primer lugar, incorporar otras formas de circulación sumadas a las habituales.[215] Así, a la tradicional suscripción, *La Prensa* sumó la reciente venta callejera y aumentó los puntos de distribución entre los cuales se encontraban desde los convencionales talleres tipográficos y las librerías como la Librería Ure, la Librería Lucien, Librería de La Unión, hasta la Confitería del Gallo y la Botica San Telmo, como asimismo incorporaba los hoteles, fondas, cafés, bodegones, clubes y asociaciones.[216]

En segundo lugar, era necesario reformular el estilo de los artículos, reduciendo su tamaño y otorgando un papel relevante a la información cómo su principal contenido. A ello se añadía una ampliación temática que incluyera, además de las noticias partidarias, aquellos temas que pudieran registrar interés para el público en general. Lograrlo requería nuevos modos de obtener información, para poder captar, así, la multiplicidad de eventos de una realidad que se hallaba en constante movimiento y transformación.

---

[213] Ver *La Prensa*, "Los avisos", 18 de junio de 1870.

[214] Alonso Paula, "En la primavera de la historia El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", art. cit., p. 44.

[215] Sobre la formación del público lector en la ciudad de Buenos Aires y la circulación de los impresos ver: Alejandro Eujanián, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880*, *Op. cit.*, pp. 548-558; Sergio Pastormelo, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luís de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, *Op. cit*. pp. 8-9.

[216] Sobre los ámbitos de circulación de *La Prensa* ver *La Prensa*, 5 de noviembre de 1869 y "Los avisos", 18 de junio de 1870.

En este sentido, *La Prensa* además de los usuales "Hechos locales", incorporaba secciones como "Última Hora" o "Sucesos de la frontera", que, como se ha desarrollado en un capítulo anterior, ofrecía al público artículos con mayor información y menos discusión y reflexión, a la vez que su elaboración exigía una nueva figura en la actividad periodística: el corresponsal y el noticiero urbano, encargados de recorrer distintos ámbitos en busca de aquello que fuese significativo y que llamara la atención de los lectores.

En síntesis, desde el periódico se expresaba un lineamiento a seguir cuyo principal objetivo era manifestarse como defensor de los intereses de la sociedad en general, en tanto no perseguía en sus páginas fines personales, lo cual demostraba en su alcance a todos los estratos de la misma y no sólo a una fracción en particular.

III. Los artículos de *La Prensa*

Por fuera de la propia mirada que el diario elaboraba sobre su lineamiento de actuación, se debe analizar como éste se trasladó a la práctica cotidiana y en que medida este condicionaba o guiaba los opiniones expresadas en sus páginas.

A lo largo de la década de 1870, una serie de temas se registraron en forma recurrente en *La Prensa*. Una gran parte de ellos fueron publicados en los editoriales, pero, con el transcurrir de los números, como ya se planteó, se incluyeron en nuevas secciones, y, en algunos casos, se constituyeron en causa de creación de las mismas.

Debemos indicar, que los tópicos aquí analizados no fueron los únicos divulgados por el diario, pero se seleccionó aquellos que tuvieron una presencia constante durante los diez años o constituyeron un punto clave en su primera década de vida como el sistema sanitario; el sistema educativo; la consolidación de la frontera sur y la revolución de 1874.

III. a. El sistema sanitario

La caída de Rosas dio lugar a importantes medidas administrativas que buscaban organizar el sistema sanitario. Para ello, el gobierno de Buenos Aires promulgó una serie de decretos que dividía al cuerpo médico en tres secciones: la Facultad de Medicina, el Consejo de Higiene y la Academia de Medicina. Esta organización

evidenciaba por un lado, el impulso institucional que estaba recibiendo el sistema sanitario, y por otro un incremento de las áreas de incumbencia de los profesionales, proceso al cual se sumaba una expansión de su mercado con el crecimiento de la urbanización.

No obstante, este progreso no estaba exento de conflictos. En primer lugar, el sector de la población que podía acceder a los servicios médicos era reducido, y un alto porcentaje prefería a los curanderos, figuras consideradas de mayor confianza, para afrontar sus problemas de salud. Estos hechos, a su vez, agudizaban las disputas suscitadas dentro del mismo cuerpo médico, generando un marcado enfrentamiento generacional entre las elites ya consolidadas y los nuevos doctores que buscaban acceder a un espacio propio dentro del sistema. Además, las relaciones entre los diplomados y el gobierno no siempre mantuvieron el equilibrio deseado, sino que este período estuvo marcado por conflictos de incumbencias, en tanto distintos sectores, desde dentro y fuera del aparato estatal, pugnaban por mantener o acrecentar sus áreas de control.[217]

Asimismo, todo este período se hallaba atravesado por nuevos ideales acerca de la salud que buscaban imponerse, principalmente la prédica higienista, que había comenzado a marcar una notable incidencia a partir de los frecuentes ciclos epidémicos de peste bubónica, escarlatina, tifus, disentería, cólera, viruela, sarampión y fiebre amarilla desarrollados en Buenos Aires, los cuales contribuyeron en la expansión de un discurso del saneamiento urbano íntimamente vinculado a las ideas más generales de progreso y civilización.[218]

En este sentido, el rápido crecimiento de la ciudad trajo aparejado una serie de problemas como la pavimentación de las calles, la recolección de residuos y el abastecimiento de agua y de vivienda para los sectores más pobres, que se convirtieron en los temas centrales de la denuncia de los higienistas. A su vez, estos apuntaban a anclar una serie de conductas, colectivas e individuales, en las cuales los valores de la salud se mezclaban fácilmente con los ideales de modernidad y belleza.[219]

La intervención de *La Prensa* en referencia a esta temática se desenvolvió desde un enfoque múltiple, manifestando las fisuras y tensiones del periódico y que nos

[217] Ricardo González Leandri, "La profesión médica en Buenos Aires", en Mirta Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996, pp. 20-53.
[218] Diego Armus, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en Mirta Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 510-513.
[219] Diego Armus, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en Mirta Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites*, *Op. cit.* p. 511.

hablan de la conviviencia de diversas voces dentro del mismo. En este sentido, si bien todos los artículos referidos al sistema sanitario enarbolaron por finalidad última el bienestar de la población, se observa en ellos la prosecución de objetivos disímiles.

Uno de los abordajes que efectuó el diario en materia sanitaria aglutinaba detrás del imaginario del progreso tan anhelado, una profusa serie de artículos con tópicos referidos desde el estado de las calles, el sistema de recolección de residuos y la falta de sistema cloacal, hasta el desarrollo de viviendas para los obreros o la aplicación de las medidas cuarentenarias. Todos ellos claramente impregnados de la prédica higienista.[220]

Bajo esta perspectiva de *La Prensa*, el grave problema que presentaba el deterioro de las calles y sus consecuencias, debía ser solucionado en forma inmediata, antes que el crecimiento constante de la ciudad tornaran las obras cada vez más difíciles y la falta de estas desembocaran en consecuencias aún más difíciles de revertir.

Los cincuenta o sesenta mil habitantes más que proyectaban que tendría Buenos Aires al finalizar la década de 1870 se combinaban con "sus calles estrechas", "sus inmensos subterráneos de podredumbre" y "sus malísimos pavimentos", provocando que las enfermedades cíclicas que acosaban a Buenos Aires se volverían endémicas como en el caso de Brasil o Las Antillas. Buenos Aires insalubre se convertiría así en una "antítesis que rechazaría al inmigrante", incitando que "el industrial extranjero temiera llegar a nuestro puerto, cambiara de rumbo, con su "corto capital, su familia y sus aspiraciones tan importantes para un país nuevo como el nuestro." El diario proponía de esta forma que "la cuestión de la salubridad venía a darse la mano con el interés económico", no sólo para Buenos Aires si no de todo el país. Por lo tanto, era imperioso resolver cuanto antes estas cuestiones.[221]

En este primer punto de vista de la cuestión sanitaria la preocupación principal no se hallaba en los individuos, sino en las condiciones de infraestructura que daban lugar al desarrollo de las enfermedades. Así, los numerosos artículos sobre el estado de las calles, el deplorable sistema de recolección de residuos, la falta de desagües o las cuarentenas, se tornaron una práctica común del diario, que buscaba, mediante la

[220] Citamos a modo de referencia algunos de los artículos que desarrollaban estas cuestiones: *La Prensa*, "Alerta fiebre amarilla", 18 de enero de 1870; "Tengamos cuidado", 9 de noviembre de 1872; "Mal estado de nuestras calles", 5 de febrero de 1873; "El empedrado de la ciudad", 5 de abril de 1873; "La salud y comodidad de Buenos Aires", 27 de abril de 1873; "Medidas higiénicas", 23 de septiembre de 1873; "La Municipalidad", 14 de febrero de 1873; "Energía y actividad contra el terrible enemigo", 31 de diciembre de 1873; "La clausura del puerto", 23 de marzo de 1873; "Cuarentenas II", 30 de octubre de 1873; "La salud y comodidad de Buenos Aires", 27 de mayo de 1874.

[221] *La Prensa*, "La salud y comodidad de Buenos Aires", art. cit.

denuncia pública, presionar principalmente a las autoridades municipales a las cuales presentaba como las principales responsables.

Asimismo, *La Prensa* daba cuenta a sus lectores, en toda oportunidad que se le presentaba, de los positivos resultados alcanzados por sus constantes críticas, como, por ejemplo, en el caso referente al lazareto de La Ensenada. Este constituía el destino obligado para las embarcaciones y tripulantes que provinieran de puertos infectados o que durante el transcurso del viaje se hubiera declarado una enfermedad altamente contagiosa. Sin embargo, el lazareto no proveía las condiciones adecuadas para cumplir con el aislamiento, sino que era un lugar de "destierro" y "deportación".[222]

A pesar de las reiteradas denuncias, las condiciones del lazareto no fueron modificadas hasta fines de 1873, cuando la amenaza de un nuevo brote de cólera comenzó a instalarse en Buenos Aires. Diez de los pasajeros que se encontraban retenidos en La Ensenada habían fallecido e inmediatamente comenzaron a manifestarse casos en los barrios más cercanos de Barracas y San Francisco. Ante estos hechos, el Consejo de Higiene elevó un informe al Ministro de Gobierno de la provincia, Amancio Alcorta, alertando sobre la gravedad de la situación y la imperiosa necesidad que se tomaran medidas de forma inmediata. La institución exigía el urgente traslado de los cuarentenarios a un lazareto flotante que poseyera los niveles de habitación e higiene apropiados y la proyección de un fondeadero en Las Toscas, frente a Punta Lara, para que se utilizara como futuro lazareto.[223]

Si bien las medidas referentes al traslado de los enfermos y la proyección del nuevo lazareto se cumplieron en gran medida debido al accionar del Consejo de Higiene, *La Prensa* no titubeó en adjudicarse también estos logros:

> "Dos entidades aliadas en un fin noble y elevado combaten con tesón disputando palmo a palmo a la incuria y al egoísmo de la autoridad nacional, el precioso don de la salud pública, cuya guarda les está encomendada. Esos leales guardianes llamados a precavernos y darnos el aviso de su proximidad, son el Consejo de Higiene Pública y la prensa independiente."[224]

La cuestión sanitaria fue también planteada desde un enfoque distinto, que trasladaba las preocupaciones desde los problemas de infraestructura hacia la percepción de la figura del médico.

---

[222] *La Prensa*, "Un sarcasmo en higiene", 3 de diciembre de 1873.
[223] Ver Héctor Recalde, *Las epidemias del cólera (1856-1895): salud y sociedad en la Argentina oligárquica*, Bueno Aires, Corregidor, 1993, pp. 27-31 y 62-79.
[224] *La Prensa*, "La salud pública no está abandonada", 17 de diciembre de 1873.

En primer lugar debemos tener en cuenta que los médicos no conformaban un grupo homogéneo ni gozaban del mismo prestigio en todas las escalas sociales. Dentro del conjunto de los diplomados se hallaban los notables que detentaban las cátedras de la facultad, monopolizaban importantes cargos públicos y disponían de importantes clientelas. Debajo de ellos se situaba un sector muy heterogéneo, que nucleaba a un vasto conjunto que aspiraba convertirse en miembros de la elite y no contaban con los canales más importantes de acceso a las redes de influencia y los recursos. A su vez, este segundo grupo competía con una gama muy extensa de otros curadores como los médicos extranjeros sin título habilitante, los farmacéuticos y los curanderos.[225]

Frente a este cuadro *La Prensa* intervino creando una imagen general de la figura del médico como un profesional abnegado, el cual constituía la persona más idónea para hacerse cargo de los problemas sanitarios de la población. Incluso, durante episodios fatídicos, como la epidemia de fiebre amarilla, en el cual los médicos se hallaron sumamente desprestigiados, no sólo por su falta de respuesta, sino también por el alejamiento de muchos de ellos de la ciudad, el diario de Paz fue uno de los pocos que dedicaron espacio de sus páginas para reivindicar su accionar.[226]

De esta manera, se sucedieron las páginas con un recuento del desempeño y dedicación de los médicos en los barrios infectados. A medida que el avance epidémico cobró entre ellos las primeras víctimas, este reconocimiento se individualiza colocando a los doctores en el lugar de héroes y de mártires.[227] En este sentido, el diario reproducía en sus páginas una visión sobre la figura del médico como un apóstol o un sacerdote que los mismos médicos habían creado en pos de legitimar su actividad.[228]

Resulta significativo, entonces, que a pesar de esta imagen de la figura del médico que el diario divulgaba, en sus páginas también se dio lugar a una campaña que atacaba ferozmente a un sector del cuerpo médico. Precisamente, su singular participación en los conflictos entre la elite ya consolidada y las nuevas generaciones, denotaba su claro apoyo a los segundos, publicando desde sus inicios fuertes críticas a

[225] Ricardo González Leandri, "Asociacionismo y representación de intereses médicos en Buenos Aires, 1852-1880", en *Asclepio*, núm. 50, 1998, pp. 187-203.
[226] Ver *La Prensa*, "Medidas inconducentes que se proponen", 8 de marzo de 1871.
[227] Los nombres de Argerich, French, Golfarini, Gonzáles Catán, Bosch, Corradi, Roque Pérez y Javier Francisco Muñiz aparecen acompañados de artículos laudatorios en los cuales se destaca la modestia, el sacrificio y el noble fin desinteresado que perseguían todos ellos. Ver *La Prensa*, "El doctor Francisco Javier Muñiz", 13 de abril de 1871.
[228] Ricardo González Leandri enuncia las constantes referencias a la medicina como un sacerdocio durante este período, principalmente difundidas en *La Revista Médico-Quirúrgica*. Ver Ricardo González Leandri, "La profesión médica en Buenos Aires", en Mirta Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades*, *Op. cit.*, pp. 35-36.

la Facultad de Medicina, la cual consideraba "institución vieja, viciada y representada por hombres que supieron en un tiempo hacer influenciar sus méritos como unitarios y que escudados tras la influencia que siempre han sabido valer, se han envejecido en los mejores puestos, sin llevar al gremio ni al establecimiento una mejora que pueda considerarse."[229]

Desde esta otra postura, *La Prensa* inició una dura campaña durante los años 1872 y 1873, en la cual se buscaba reformar la organización de la facultad y disminuir el marcado control sobre esta institución que poseían los médicos ya consolidados.

La mayor parte de los artículos escritos por José María Ramos Mejía, quién por ese entonces cursaba el primer año de la carrera de medicina, giraban en torno al mal desempeño de la universidad, su reglamento interno inadecuado y a la predominancia de los acuerdos de familia y círculos tan comunes en aquella corporación.[230]

Durante estos episodios, *La Prensa* se constituyó en un actor más, que intervenía en las disputas entre las distintas generaciones de médicos y que, por medio de la difusión de sus artículos, como señaló Ricardo González Leandri, al poner en la escena pública los conflictos internos de la Universidad, aceleró la resolución de tensiones que se habían generado en la década anterior, plasmada en la incorporación del artículo 33 de la Constitución provincial de 1874, por medio del cual la Facultad de Medicina se incorporaba nuevamente a la Universidad y se sentaba las bases para su organización.[231]

Pese a estos resultados, que podrían ser enmarcados dentro del esquema de prosecución de bienestar general, los artículos de José María Ramos Mejía se explayaban en forma transversal al modo en que era analizada la cuestión sanitaria en *La Prensa*, en tanto se dejaba de lado su postura que bogaba por todos los sectores de la sociedad para tornarse en defensor de un segmento específico del cual el escritor de estos artículos formaba parte.

[229] *La Prensa*, "La Facultad de Medicina", 2 de marzo de 1870.
[230] Ver *La Prensa*, "Organización Universitaria", 24 de octubre de 1872; "Reformas Universitarias", 15 de diciembre de 1872; "Reformas Universitarias", 18 de diciembre de 1872; "La universidad y la Facultad de Medicina", 24 de diciembre de 1872; "La Facultad sola", 27 de diciembre de 1872; "Más reformas en la Facultad", 29 de diciembre de 1872; "Facultad de Medicina. Consecuencias de su atraso", 4 de marzo de 1873; "Reformas en el plan de estudios superiores", 14 de marzo de 1873.
[231] Ricardo González Leandri, "Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la Reforma Universitaria: Buenos Aires 1871-1876", en *Entrepasados. Revista de Historia* núm. 12, 1997, pp. 42-43.

III. b. El sistema educativo

La organización del sistema educativo por parte de los gobiernos nacionales abordó los problemas de la enseñanza en torno a dos líneas centrales: la función social de la educación y la instrucción pública. La función social de la enseñanza pública se basaba en la creencia de que el poder y la riqueza de los pueblos se debían a su grado de ilustración, ya que sólo una enseñanza sistemática y realista podía establecer las condiciones de orden y progreso que requería el país, por lo tanto era preciso que el gobierno asumiera la responsabilidad de consolidar y difundir la enseñanza pública.

El medio para alcanzar estos ideales fue considerar la instrucción pública y la educación popular como un derecho de los gobernados, una obligación del gobierno y una exigencia de la sociedad. Estas ideas se constituyeron en el soporte de la mayor parte de los proyectos políticos, sociales y educativos del período, que consideraban que la enseñanza debía tener una orientación democrática, popular y con raíces argentinas.[232]

A su vez el derecho de enseñar y aprender, garantizado en el artículo 14 de la Constitución Nacional, generó diversas interpretaciones acerca de la libertad de enseñanza, las cuales se aglutinaros detrás de dos acentuados enfoques. Por una parte, se hallaba aquellos que consideraban que el estado no debía monopolizar la enseñanza, sino que esta debía estar a cargo, además, de particulares y las asociaciones. Por otra parte, la corriente liberal, que culminó imponiéndose, sostenida por Eduardo Wilde, Vicente Fidel López y Onésimo Leguizamón principalmente, definieron la libertad de enseñanza en la cual el Estado dirigía y legislaba toda la educación por vías institucionales, a través de la nación y las provincias, como la única vía para construir un sistema educativo nacional y uniforme, que garantizara el acceso a la enseñanza en forma universal.[233]

No obstante, el traslado a la práctica de estos ideales se enfrentó con dificultades de diversa índole y más de una vez los resultados no fueron los esperados, a pesar de que la educación pública incrementó notablemente las tasas de alfabetización del país a partir de la década de 1860.

[232] Fernando Martínez Paz, "Educación primaria, secundaria y universitaria", en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomo VI, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1997, pp. 277-292.
[233] Fernando Martínez Paz, "Educación primaria, secundaria y universitaria", en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, *Op. cit*., pp. 87-88.

Precisamente en el ámbito de la práctica se centraron las principales críticas que manifestó *La Prensa*. Así, se publicaron diversos artículos en carácter crítico y de denuncia con un amplio arco temático que incluía desde el atraso científico en las universidades, la falta de bibliografía adecuada y la necesidad de nuevos planes de estudios, hasta la falta de organización en las escuelas primarias, el incumplimiento de las funciones de los consejos escolares, como, asimismo, los reclamos salariales de los maestros. Para el diario, todos los establecimientos de instrucción pública "desde la ruin escuela de la campaña hasta la bombástica Universidad de Buenos Aires, con su cortejo de Facultades, atraviesan por una época de ruina y decadencia alarmante y muy grave."[234]

En este sentido, *La Prensa* se sentía en la obligación de atender en sus páginas esta problemática, que sin duda constituía una de las necesidades primordiales del país para la prosecución del orden y del verdadero progreso.[235]

Nuevamente, el punto de vista que propiciaba el periódico sobre la cuestión educativa basado en una crítica generalizada sobre todo el sistema en su conjunto y las reformas que en él debían realizarse, originadas principalmente como una forma de intervención en este debate por parte de Onésimo Leguizamón, se vio atravesado por campañas puntuales destinadas a cuestionar a las autoridades de la Facultad de Derecho, basadas en las vivencias personales que tanto Estanislao Zeballos como José C. Paz tenían como estudiantes de esta institución.

La intensa campaña que lideró *La Prensa* en pos de la reforma universitaria, se inició a fines de 1871, tras el suicidio cometido por Roberto Sánchez, después de ser reprobado un examen en la Facultad de Derecho. A partir de ese momento, el diario brindó el espacio de sus páginas a los reclamos estudiantiles, principalmente del "Movimiento 13 de Diciembre", que bogaba por la reforma universitaria, la autonomía y la independencia económica de Universidad.[236] Estos acontecimientos marcaron el surgimiento de nuevas actitudes en el cuerpo estudiantil que implicaron una cierta reconsideración del lugar que ocupaban dentro de la pequeña sociedad universitaria. En reuniones tumultuosas, los alumnos exigieron reformas en los planes de estudio, en los reglamentos internos y en el sistema de exámenes. Aquellas exigencias y su repercusión en la prensa, condujeron a una crisis en la Universidad y obligaron al gobierno

[234] *La Prensa*, "Decadencia moral", 30 de enero de 1876.
[235] *La Prensa*, "Reformas Universitarias", 18 de febrero de 1872.
[236] Ver *La Prensa*, "Justo reclamo", 16 de diciembre de 1871.

provincial, su cabeza dirigente, a cuestionarse importantes aspectos de su política educativa.[237]

Halperin Donghi planteó que este conflicto universitario iniciado en la Facultad de Derecho, cobró mayor relevancia en la Facultad de Medicina, a pesar de su separación administrativa del tronco universitario, conduciendo al posterior desenlace analizado en el apartado anterior.[238]

Nuevamente, durante los años 1875 y 1876, resurgieron en el diario las posturas críticas hacia la Universidad de Buenos Aires. Los criterios ahora esbozados planteaban que las protestas estudiantiles habían llevado a la conciencia de todos, la necesidad de reformas radicales en la Universidad, pero estas brillaban por su ausencia y las personas encargadas en ponerlas en práctica habían caído rápidamente en descrédito. Continuaban los incidentes y las cátedras seguían otorgándose como premio a servicios políticos. Por otra parte, no cesaron las referencias al deterioro de la facultad, motivadas por la permanencia de pugnas facciosas y por el rechazo a la figura del rector, Vicente Fidel López, generaba en ciertos círculos.[239]

El tratamiento que brindaba *La Prensa* sobre el sistema educativo mostraba cierta convergencia de las voces en un punto de vista que señalaba la necesidad de reformas dentro de esta sistema, pero ésta se fragmentaba en los artículos construidos desde la mirada de Onésimo Leguizamón que reflejaba su experiencia previa como Ministro de Educación de Entre Ríos y la perspectiva de estudiantes aportada por José C. Paz y principalmente por Estanislao Zeballos, que se involucró directamente con los conflictos estudiantiles, en tanto fue uno de los fundadores, junto a Francisco y José María Ramos Mejía y otros estudiantes, del "Movimiento 13 de diciembre", uno de los principales promotores de la reforma universitaria.[240]

[237] Ricardo González Leandri, "La profesión médica en Buenos Aires", en Mirta Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades, Op. cit*. pp. 36-37.
[238] Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires, Op. cit.*, 1962, pp. 78-83.
[239] Ver *La Prensa*, "La obra del Doctor López, 27 de enero de 1876; "Denuncia formal de una inmoralidad", 2 de febrero de 1876; "Escándalos en la Universidad", 13 de febrero de 1876; "Sobre el incidente universitario", 17 de febrero de 1876; "El doctor López", 29 de abril de 1876; "Efectos de la ignorancia", 7 de julio de 1876.
[240] Los otros integrantes eran Lucio Vicente López, Juan Carlos Belgrano, José María Cantilo, Francisco B. pico, Ismael Bengolea, Juan D. Fonseca. Sobre la constitución del "Movimiento 13 de diciembre" ver Tulio Ortiz y Luciana Scotti, "La reforma antes de la reforma. Primeros movimientos estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires", en *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones "Ambrosio L. Gioja"*, art. cit.

III. c. La consolidación de la frontera sur

La defensa y posterior población de los territorios del sur se presentaron como una de las temáticas más destacadas durante la primera década de *La Prensa*, principalmente por los recursos y espacios destinados para su abordaje: no sólo se reflexionó sobre ella desde los editoriales, sino que se creó una sección específica para brindar informes de la situación, "Sucesos de la frontera," y se destinó un corresponsal en Azul con la asignación específica de recoger información acerca de los acontecimientos acaecidos en el sur argentino.

Detrás de este notable, esfuerzo se hallaba la figura de Estanislao Zeballos, quién desde la segunda mitad de 1870, ocupaba la dirección del diario. En este sentido, uno de los principales objetivos de tal despliegue, era llamar la atención del público porteño sobre sucesos desarrollados en territorios lejanos y plantear como debían ser encaradas las discusiones en torno a esta cuestión por el gobierno nacional.

La guerra contra el indio y la consolidación de la frontera sur, en este sentido, no habían estado ausentes de la planificación estatal que trataba de dar respuestas al avance de los malones sobre el territorio de la Confederación Argentina, promulgándose, en 1867, la ley 215 de la Conquista del Desierto y la ocupación de Río Negro como límite sur. Pero el avance sobre estos territorios estuvo impregnado con distintas visiones sobre las estrategias a implementar para la dominación de los indígenas. Por un lado, se hallaban quienes bogaban por el avance gradual de las fronteras y la formación de colonias agrícolas. Su contraparte, era la guerra de exterminio, mediante la cual se ganarían rápidamente los espacios desconocidos pero de enorme riqueza potencial.[241]

La visión sobre esta cuestión que manifestaba *La Prensa*, ubicaba, como uno de los requisitos prioritarios para el avance de la frontera, la necesidad de conocimiento sobre el desierto argentino. En este sentido, se evidenciaba la influencia de Zeballos, quien formaba parte del grupo de jóvenes que intentaba contribuir al desarrollo de la ciencia y cuyas actividades permitieron crear la conciencia de un espacio soberano, como se desarrolló en el capítulo anterior. Así, los editoriales del diario celebraban los programas de conocimiento de los territorios al sur de Buenos Aires de la *Sociedad Científica Argentina*, que se vieron cristalizados con los viajes exploratorios de Francisco Moreno:

[241] Graciela Silvestri, "El imaginario paisajístico en el litoral y sur argentinos", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*., pp. 226-229.

> "Los triunfos de la ciencia, revestidos de caracteres fabulosos y siempre asociados a cruentos sacrificios, enorgullecen también.
> Poseídos de una inmensa satisfacción y de un legítimo orgullo, damos la gran noticia a nuestros lectores.
> ¿Por qué no ha de interesarles como le interesan a los países civilizados del mundo las extraordinarias proezas de los abnegados soldados de la ciencia?
> Moreno ha hollado con su planta la Cordillera de los Andes, frente a Valdivia, a mediados de enero pasado."[242]

El conocimiento alcanzado con este tipo de empresas constituía una de las herramientas que el gobierno debía poner en juego en su avance sobre el desierto. Importantes avances cartográficos habían sido realizados previos a la expedición de Moreno: las exploraciones en Río Negro realizadas por Guerrico y la del mayor Bejarano hasta territorio neuquino en 1872 y la Carta Topográfica de la Pampa elaborada por el mayor Melcher en relación con las nuevas líneas de defensa proyectadas por Alsina.[243]

Pese a ello, el diario expresaba que el deficiente accionar del gobierno y, principalmente, de su Ministro de Guerra, no sólo no utilizaba esta herramienta para ampliar los márgenes fronterizos, sino que además ponía en serio peligro la existencia de pueblos ya consolidados en el sur bonaerense.

La campaña militar liderada por Alsina, iniciada a principios de enero de 1876, que tenía como objetivo avanzar cuarenta leguas la línea de los fortines, fue duramente criticada en las páginas del impreso. En ellas se denunciaba que los fortines y los pueblos a sus alrededores se hallaban bajo el constante saqueo de los indígenas, quienes no podían ser combatidos por las fuerza militares, en tanto no contaban ni con los hombres ni con los caballos suficientes para repelerlos, a lo que se sumaba las desacertadas decisiones de los oficiales a cargo.

El fracaso continúo se veía agravado, como sostenía el diario, por una constante tergiversación de los hechos en los partes oficiales que comunicaban victorias inexistentes contra las fuerzas indígenas.[244] En este sentido, *La Prensa* no sólo daba

[242] *La Prensa*, "El explorador Moreno", 24 de febrero de 1876.
[243] Graciela Silvestri, Graciela Silvestri, "El imaginario paisajístico en el litoral y sur argentinos", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit*, p. 235.
[244] *La Prensa* reprodujo el parte oficial publicado en *La Tribuna* el 14 de junio en el cual el Coronel Matoso comunicaba desde Chivilcoy que "Me es satisfactorio poner en conocimiento a V. S. que después de haber hecho descubrir en todas las direcciones las rastilladas, ha resultado ser incierta la anunciada invasión de indios, según los partes de los bomberos mandados, por los que comunico a V. S. que esta frontera queda completamente tranquila." A continuación el diario transcribía la carta enviada por el coronel Matoso el día 10, desde el fuerte de 9 de julio pidiendo que "inmediatamente vengan caballos y hombres, estoy a pie y una fuerte invasión penetra hoy dentro de las fronteras." *La Prensa* quería

cuenta del intento de cubrir las derrotas militares, sino que a través de sus acusaciones manifestaba su férrea oposición a un gobierno, la cual se había mantenido desde su elección en 1874:

> "Es necesario que ciertos caudillos de sable que se hicieron célebres en las elecciones pasadas, acaudillando turbas de facinerosos de algunas parroquias, vayan habituándose a comprender que están en un grave error si creen que lograran imponer silencio a La Prensa, con bravatas escritas a ciento y tantas leguas de Buenos Aires, y con acusaciones que han de morder el polvo de la derrota, así como en la guerra contra los indios se han demostrado ineptos hasta lo increíble!"[245]

Aún más, por un lado, la crítica exponía como un derroche de recursos el último proyecto que combinaba el avance progresivo de la frontera con el asentamiento de fortines y nuevas colonias, propuesto por Alsina en su plan de cavar una fosa que materializara el límite de la frontera e impidiera el avance de los malones. Pero, a su vez, esta reprobación persistente desde 1876, legitimaba la postura contraria, la guerra de exterminio, que se terminó imponiendo con la campaña de Julio Argentino Roca.[246]

III. d. La revolución de 1874

La revolución mitrista de 1874, constituyó un episodio específico que marcó notablemente la vida del diario durante su primera década. La revolución se produjo tras la victoria de la candidatura a presidente de Nicolás Avellaneda, quién contaba con el apoyo oficial y una alianza entre autonomistas porteños y los partidos del interior organizados alrededor de la Liga de Gobernadores. Asimismo, el mitrismo quedó excluido de toda representación con su derrota también en las elecciones a diputados nacionales. Por lo tanto, la opción de las armas se presentó, para la facción liderada por

exponer, de esta manera, la falsedad de los partes oficiales, en tanto que era imposible que la misma persona escribiera informes tan diferentes en intervalos de tres días. Ver *La Prensa*, "Lo que pasa en la frontera", 17 de junio de 1876.

[245] *La Prensa*, "Un eco de la frontera", 6 de abril de 1876.

[246] Después del anuncio del gobierno del nuevo plan de Alsina de delimitar la frontera mediante la construcción de una fosa, el diario publicaba un editorial en el cual expresaba que "La Prensa, que tanto ha combatido los disparates del Ministro de Guerra, ha sostenido y propuesto a menudo, el sistema de la ofensiva aconsejado por todos los militares de buen seso, por todos los veteranos que sobrevivieron al inmortal Rauch y el único suficientemente eficaz para infundir terror en las chusmas salvajes, que obligaron a los caciques a someterse a discreción después de varias sableadas con éxito.
Nos felicitaríamos de que al fin, volviendo al buen terreno, adoptara el Ministro de Guerra, este sistema de guerra, y diera al traste con sus alambrados con pega-pega, las zanahorias hidrográficas y los plantíos de chauchas, tomates y coliflores en la línea de frontera." Ver *La Prensa*, "El elemento principal", 19 de noviembre de 1876.

Bartolomé Mitre, como la única alternativa viable para recuperar los espacios de poder perdidos.[247]

Los acontecimientos políticos vinculados a la sucesión presidencial fueron divulgados por *La Prensa* desde 1873, momento en que inició una feroz campaña en contra de la candidatura de Alsina primero y luego de Avellaneda, que culminó con la promulgación de la rebelión desde el impreso y la participación en la misma tanto de José C. Paz como varios de sus colaboradores.[248]

El desplazamiento del accionar de los miembros del diario, de una crítica sostenida al uso de las fuerzas armadas para derrocar un gobierno que había sido constituido legalmente, presentaba un serio dilema para *La Prensa*, cuyos objetivos claramente explicitados desde su fundación se basaban en evitar los personalismos y contribuir con el desarrollo de las instituciones democráticas.

La solución a este dilema fue formulada en el último editorial previo a la revolución: bajo el título de "El último recurso", Paz argumentaba que la rebelión de la que formaría parte no atentaba contra la unidad nacional ni contra la legalidad de las instituciones. Por el contrario, sostenía que la demagogia establecida por los caudillos en el gobierno había desatado la anarquía y se mostraban "cada día más obcecados y resistentes a la voz de la opinión pública," en tanto que la palabra de la prensa se volvía impotente y la opresión avanzaba y seguía hollando todos los derechos del pueblo. Por lo tanto, la única respuesta que podía dar el periodismo honrado era "trocar la pluma por la espada."[249]

De esta forma, el argumento expresado por Paz, invertía el carácter ilegal de las acciones que planeaba realizar, a la vez que le permitía aunar sus intenciones con los ideales defendidos desde su diario. La elección quedaba determinada, así, en pos de ser la única forma de constituirse en defensores de las libertades públicas. La opción de estar en las filas de los revolucionarios no era ir en contra de las instituciones, por el contrario:

---

[247] Alberto Lettieri, "De la República de la Opinión a la República de las Instituciones", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit.*, pp. 97-160.

[248] Ver *La Prensa*, "Gran triunfo de la opinión pública", 3 de enero de 1873; "La campaña se abre", 5 de enero de 1873; "La presidencia", 8 de enero de 1873; "La formación de un gran partido", 2 de febrero de 1873; "Organización de un gran partido", 30 de mayo de 1873; "Puntos salientes", 27 de junio de 1873; "Los diarios para los amigos", 22 de julio de 1873; "Verdades que incomodan", 3 de agosto de 1873; "La llegada del doctor Avellaneda", 26 de septiembre de 1876; "La campanada de alarma", 1 de octubre de 1873; "Deberes que impone el patriotismo" 15 de octubre de 1873; "Alianzas veladas", 19 de octubre de 1873; "¿El partido antes que la patria o la patria antes que el partido?", 30 de diciembre de 1873.

[249] *La Prensa*, "El último recurso", 24 de septiembre de 1874.

> "Hoy que vemos que ambiciosos, desenfrenados e irresponsables han borrado hasta el último vestigio de soberanía popular, escarneciendo al ciudadano y aun invirtiendo los roles de la virtud y el vicio en el orden social, no queremos ser los últimos en recordarles que la patria común reclama el esfuerzo de su brazo gigantesco para salvar la sociedad, la constitución y las leyes del pueblo argentino."[250]

La derrota de la facción mitrista, predecible ante la capacidad logística y material del ejército nacional, determinó la reclusión y destinos de frontera impuestos a muchos de los participantes de la misma y la clausura de los diarios *La Nación* y *La Prensa*. Más aún, subrayaba el anacronismo de este tipo de accionar que no podía poner en peligro las reglas de juego institucionales generadas dentro del proceso de organización nacional.[251]

No obstante, tras su reapertura a principios de febrero de 1875, *La Prensa* ratificaba su decisión del pasado septiembre, estableciendo que éste había sido consecuente con los ideales planteados desde su fundación, exponiendo que reanudaba su labor con la misma fe inquebrantable que lo había guiado siempre en la defensa de los intereses públicos.[252] Exactamente un año después de su reaparición, volvía a revalidar su participación en la revolución, con la cual habían demostrado ser ciudadanos educados en el amor a la patria y mantener el alma firme e inquebrantable aún en los momentos más críticos.[253]

La Prensa convertía, así, la derrota y las consecuencias que se derivaron de ella, en el precio que se debió pagar por defender los valores que siempre habían guiado al impreso. En este sentido, se debe tener en cuenta que antes de sumarse a la revolución mitrista, José C. Paz había planeado cerrar la redacción de *La Prensa*, pero Avellaneda ordenó la clausura total del taller tipográfico, que realizaba trabajos de impresión diversos y constituía otra fuente de ingresos para su propietario, quién debió permanecer en Montevideo por más de un año. Este fue el primer distanciamiento de Paz de su impreso que quedó a cargo de Estanislao Zeballos y Adolfo Dávila.

De esta manera, la imagen que presentaba el diario legitimaba un accionar destinado a remover un presidente legalmente constituido, quitaba relevancia a la derrota sufrida y se ubicaba como legítimo defensor de la constitución, la civilización y

[250] *La Prensa*, "El último recurso", art. cit.
[251] Marta Bonaudo y Élida Sonzogni, "Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit.*, pp. 27-96.
[252] *La Prensa*, 2 de febrero de 1875.
[253] *La Prensa*, "2 de febrero", 2 de febrero de 1876.

el progreso, demostrando una constante coherencia con los ideales propuestos desde su fundación.

* * *

José Manuel Eizaguirre, periodista de *La Prensa* desde fines de siglo XIX, planteaba que:

> "La voz, empleada para designar a un diario moderno, deja suponer una función, la que en una sociedad culta, o por lo menos civilizada, pone en claro una finalidad llamada a verificarse y justificarse cotidianamente con las ideas colectivas y la forma en que estas sean sustentadas."[254]

La finalidad del diario, en este sentido, estaba simbolizada en la representación de la opinión pública y en guiar el criterio de los lectores con el objetivo de alcanzar el bien general, distanciándose de los personalismos políticos e incluyendo a los nuevos lectores por medio de la reformulación del estilo de los artículos y las temáticas publicadas.

En líneas generales, estos lineamientos fueron los que guiaron, en mayor o menor medida, las opiniones del diario a lo largo de toda la década. Sin embargo, en el acontecer cotidiano que desenvolvió en esta primera etapa estos lineamientos no se constituyeron en una única voz que imprimía una marca identitaria al interior del diarismo porteño. Por el contrario, detrás de las declaraciones reiterativas de estos propósitos se desplegaban una multiplicidad de voces que planteaban el abordaje de temas desde enfoques y prioridades distintas.

Las diferentes miradas o el énfasis en determinadas temáticas que aquí se delinearon respondían principalmente a las particularidades de los miembros del equipo de redacción del diario en tanto, como se expresó en el capítulo anterior, no se dedicaban únicamente a la tarea periodística y su desempeño en ésta se hallaba interpelado por las otras actividades e intereses que ellos manifestaban, como así también por los vínculos personales que establecieron.

De esta manera los diferentes abordajes en los artículos referidos a los sistemas educativo y sanitario, reflejaban la convivencia de voces que marcaban tanto tensiones como puntos de encuentros en la mirada que *La Prensa* exponía sobre estas cuestiones.

Por otra parte, la gran cobertura de los acontecimientos en la frontera sur desde

[254] José Manuel Eizaguirre, *¿Dónde esta el pueblo?*, *Op. cit*., p. 212.

el editorial y las secciones “Última Hora” y “Sucesos de la frontera” ponían en relieve la mirada científica de Zeballos, pero también exhibía la fuerte oposición política de José C. Paz, Adolfo Dávila y el propio Zeballos hacia la presidencia de Avellaneda y el Ministro de Guerra Alsina.

Asimismo, las características señaladas para los hombres de prensa permiten comprender acciones ambiguas o contradictorias que tienen lugar en el diario. Así, la participación en la revolución mitrista que iba en contra de todos los ideales y objetivos esgrimidos en su carta de presentación exigió una defensa y fundamentación desde el impreso. Pero a su vez, la decisión de acompañar a Mitre no sólo desde las páginas del diario sino militarmente no puede ser considerada como un desvío o una excentricidad de su propietario, y más allá de su fracaso, ésta puede ser pensada como un paso válido dentro de la trayectoria de José C. Paz que alternaba la actividad periodística con la política.

Por lo tanto, la pluralidad de temáticas, enfoques y formas de intervención observadas en *La Prensa* en el transcurso de su primera década se explican en la presencia de distintas voces que expresaban la singularidad de los hombres que eran responsables de la construcción de sus páginas.

QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés

Consideraciones finales

El recorrido a través de los distintos capítulos que integran esta tesis buscó dar cuenta de la inserción y desenvolvimiento del diario *La Prensa* dentro del mundo periodístico porteño, deteniéndonos en sus características y las transformaciones que acontecieron durante su primera década de existencia.

Uno de los interrogantes planteados al iniciar este recorrido se refería a cómo *La Prensa* se constituyó en un diario destacado y a su vez qué consistía ser un diario destacado dentro del universo periodístico porteño que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX. La elaboración de una respuesta debía tener en cuenta, entonces, las características de este universo.

El mundo periodístico era un mundo sumamente complejo por diferentes razones. En primer lugar, dentro de él convivían una multiplicidad de publicaciones, que si bien podían ser clasificadas en determinados grupos de acuerdo a características en común como la prensa política, la prensa étnica, las publicaciones ilustradas o las revistas, al interior de cada uno de ellos se observaba la prosecución de objetivos, estilos o contenidos disímiles originados en la diversidad de sectores que buscaban por medio de la publicación obtener determinada presencia pública.

A su vez, la complejidad aumentaba porque este mundo se hallaba atravesado por transformaciones, tanto sociales como tecnológicas, que incidían directamente en las prácticas y dinámicas de las publicaciones.

La profusión de las publicaciones con estas características daba cuenta de la apertura existente en este mundo, en el cual no imperaban reglas precisas a seguir ni límites preestablecidos. Por lo tanto, tampoco contaba con requisitos designados en forma previa o puntual para constituirse como una publicación destacada. En este sentido, la distinción de los impresos obedecían a una pluralidad de causas: distinguirse por mantenerse en circulación por un período prolongado en una época donde la pervivencia era difícil; por desarrollar con éxito una estrategia novedosa; comprender entre sus escritores personalidades reconocidas; por los contenidos y las formas en que los divulgaban o por vender grandes cantidades de ejemplares.

Sin embargo, como planteamos especialmente para la prensa política, esto no significaba la ausencia de ciertas pautas que se esperaba que una publicación cumpliera para ser reconocida como miembro de este grupo y permitir la realización de los intercambios explícitos y característicos de éste como las referencias recíprocas, saludos

Universidad de San Andrés

y debates establecidos entre las distintas publicaciones. Este reconocimiento resultaba, entonces, fundamental si se tiene en cuenta que las disputas generadas en los periódicos era una de las principales herramientas utilizadas para la intervención política. Por lo tanto, la ignorancia o el reconocimiento de los periódicos ya consolidados hacia los nuevos integrantes, marcaba un límite entre las publicaciones que podían ejercer esta función.

En este contexto cobra relevancia la forma en cómo *La Prensa* se incorporó en este complejo mundo. Así, el enfoque planteado en la presente tesis buscó matizar la mirada del diario como "moderno e independiente" que detentaba detrás de este rótulo un corte profundo con el periodismo existente, tanto porque se consideraba a *La Prensa* como un proyecto que se diferenciaba del periodismo faccioso, por lo cual desarrolló objetivos contrarios a éste, como por la elección de aspectos novedosos para su práctica que le otorgaban características más cercanas al periodismo como empresa y lo distanciaba de la dinámica propia de la prensa política.

En este sentido, *La Prensa* se presentó en el mundo impreso con un proyecto innovador en varios aspectos. En primer lugar, la decisión de no aceptar subvenciones de ningún tipo y no establecerse cómo órgano de propaganda ligada a una figura en particular o una facción, a la vez que establecía como únicas fuentes de financiación la publicidad y la venta de ejemplares le otorgó una libertad de acción, a pesar de las dificultades económicas iniciales, que otros diarios no poseían.

Por estos motivos generó estrategias de promoción para aumentar los ingresos que iban desde una propaganda del diario efectuada en sus propias páginas; la utilización de hombres emparedados entre cartelones que resumían las noticias importantes de la edición reciente y circulaban por las calles más transitadas; hasta la expansión de los puntos de distribución del diario hacia lugares no habituales como las fondas, los bodegones y los hoteles.

Por otra parte, la manifestación en sus páginas de la necesidad de reformular los estilos periodísticos en consonancia con las características de un nuevo público que se estaba formando, ampliaba el segmento de aquellos considerados como los destinatarios tradicionales de las publicaciones a la par que señalaba la elección de adaptar las formas del diarismo a los requerimientos de este público. De esta manera, los diferentes estilos narrativos y temáticos de las secciones de *La Prensa* subrayaban su opción por un público heterogéneo que comprendía tanto al lector minucioso y que seguía los debates y disputas presentadas en los editoriales como aquellos que realizaban una lectura

fragmentada y que buscaban en las páginas del diario específicamente entretenimiento o información.

Pese a esto, su propuesta innovadora no implicaba un corte ni un distanciamiento del diario con respecto de la prensa política. En parte porque *La Prensa* manifestaba la intención de ser reconocida por los integrantes consolidados del diarismo y de participar en los debates e intercambios que se realizaban entre ellos, para lo cual en su inicio remitió copias de sus ejemplares a los talleres *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación Argentina* y reclamaba una actitud recíproca por parte de los mismos. Pero también porque adoptó para sus páginas los elementos del diarismo existente como el formato, las secciones y las formas de obtener y distribuir la información.

Asimismo, también incorporó las estrategias que habían resultado exitosas en otros periódicos como la venta callejera impulsada por *La República*, la publicidad encubierta ejercida por *La Tribuna* o la entrega de boletines matutinos para anticipar información sobre eventos relevantes.

De esta manera, la interacción entre los integrantes del periodismo porteño no se remitía únicamente a las polémicas políticas desatadas en sus editoriales, ni a las referencias que en ellos realizaban sobre los otros ejemplares. También incluía un intercambio tácito de prácticas y estrategias, ya sea para la obtención de la información, la creación de secciones o nuevas formas de financiación, que se gestaban en un impreso y luego eran apropiadas por otros periódicos.

En la segunda mitad de la década de 1870, cuando a partir de la conjunción de estos elementos su posición comenzó a consolidarse, *La Prensa* llevó adelante una serie de transformaciones internas, que daban cuenta de una mayor autonomía y poder de decisión sobre los espacios que eran consignados en sus páginas. Esto se reflejaba en la eliminación definitiva del folletín, en un momento en que éste era considerado un elemento clave para el aumento de las ventas, para privilegiar la incorporación de nuevas secciones en las cuales se observaba un peso más significativo del rol de la información.

El rediseño de la sección “Última Hora” y la creación de “Sucesos de la frontera”, por una parte, materializaban la incorporación de las tecnologías de la comunicación, principalmente del tren y del telégrafo, en pos de acelerar el tiempo que mediaba entre la producción de los sucesos y su divulgación en los periódicos, en una tendencia que se había comenzado a acentuar desde principios de la década de 1870. Pero, además, en estas secciones comenzaron a perfilarse más nítidamente la actuación

de figuras como el noticiero y el corresponsal, a partir de una evolución de la actividad de estos.

Así, observamos que el rol del noticiero se inició con la difusa silueta del "enviado especial", cuyo nombre caracterizaba la asignación puntual de ir a verificar un hecho que deseaba debatirse en los editoriales y con el transcurso de los años se configuró en un papel con un nombre propio, el de noticiero o reporter, que identificaba una función y una forma de producción específica para estas secciones, basada principalmente en recorrer las calles y buscar en ellas materias de interés para el público.

Por otra parte, la incorporación de los adelantes tecnológicos como la utilización del telégrafo o la contratación de las agencias informativas pasaban de ser estrategias novedosas de los diarios a constituirse en nuevas pautas acerca de los elementos que debía poseer un diario para mantenerse como integrante del grupo constituido por los principales diarios.

El mayor peso de la información y la transformación de los procesos de su producción que se incorporaban paulatinamente en los periódicos daban cuenta que el mundo periodístico no era un mundo estático. No obstante, esto no significaba el abandono de objetivos y prácticas existentes previamente sino que los nuevos elementos convivían y se aunaban a ellos.

En este sentido, la sección "Sucesos de la frontera" se constituye en paradigmática de este proceso. En ella se observan la puesta en juego de elementos claramente modernizantes: la designación de un corresponsal especialmente contratado y enviado a Azul para que redactara el contenido de la sección, el cual era principalmente informativo; el envío de los artículos a través del telégrafo y de los trenes y la utilización de paratextos que permitieran llamar la atención de los lectores.

La creación de esta sección, sin embargo, no obedecía únicamente al fin de transmitir información sobre los convulsionados acontecimientos de las poblaciones del sur, sino que le permitía insertarse en el debate sobre esta cuestión desde una marcada oposición contra el gobierno de Nicolás Avellaneda y Adolfo Alsina y una clara defensa del proyecto de acción propuesto por Julio Argentino Roca.

La utilización de los adelantos periodísticos como una herramienta más en la función de la habitual disputa política del diarismo porteño no señala una contradicción en el accionar desplegado por *La Prensa* sino que ésta tiene su explicación en las

particularidades de los hombres que eran responsables de la construcción de sus páginas.

Precisamente, otro de los interrogantes que nos planteamos inicialmente aludía a comprender cuáles eran las características del personal de *La Prensa* y qué incidencia tuvieron con respecto al accionar del diario, como asimismo si estas características eran diferentes de las portadas por el personal de otras publicaciones.

La reconstrucción de las trayectorias de los hombres de prensa en general y del staff de *La Prensa* en particular, aportó una mirada diferente a las dinámicas desarrolladas por la prensa periódica. En líneas generales las personas que intervinieron en *La Prensa* compartían rasgos en común con las personas que participaron de otras publicaciones que hemos identificado como hombres de prensa. Nuevamente, la complejidad del mundo periodístico se registraba también en las personas que emprendían su actividad en él.

Las trayectorias analizadas daban cuenta que tampoco para las personas que ingresaron a la arena de periodismo se establecían patrones fijos a seguir. En primer lugar porque no era un ámbito restringido a un determinado sector social y en el incursionaron personas de heterogéneos orígenes sociales y grados de formación. En segundo lugar, las formas de acceso al periodismo obedecían a causas diversas: por lazos de amistad o familiares; por compartir ámbitos de sociabilidad en común como las instituciones educativas, las asociaciones o los clubes políticos o por poseer la capacidad y los medios de poner en circulación una publicación.

Además, la intervención en una publicación podía ser realizada en formas diversas: desempeñando varias funciones a la vez como Héctor Varela que era propietario de *La Tribuna* pero también redactaba alternadamente el editorial, las secciones de “Hechos locales” y “Cosas de Orión”; transitando los distintos roles como Estanislao Zeballos que empezó como colaborador, luego fue noticiero, prosiguió como redactor y por último tuvo a cargo la dirección; como, asimismo, aquellos que mantuvieron vínculos puntuales como Lucio V. Mansilla que se convirtió en corresponsal de *La Tribuna* durante la guerra del Paraguay o José María Ramos Mejía que escribió una serie de artículos para *La Prensa* durante los conflictos desatados en torno a la Reforma Universitaria.

Los hombres que participaron en la prensa también buscaban obtener de ella diferentes objetivos, así hallamos quienes buscaban una forma de sustento,

Universidad de San Andrés

reconocimiento público o consideraban su participación como una estrategia de ascenso en su carrera política o también la conjunción de todos ellos.

Pese a la apertura reinante y la ausencia de requisitos formales de este universo, sí se evidenciaba ciertas jerarquías al interior de cada publicación que determinaban el grado de incidencia que tenían sobre ella quienes participaban de su construcción. Como se planteó en el cuerpo de la tesis, durante la segunda mitad del siglo XIX se desarrolló una evolución de las personas involucradas en el proceso de producción del periódico, desde la figura del redactor que concentraba todas las funciones hacia una mayor especialización y división de las tareas de las actividades ejercidas en el diario.

Así dentro del staff de *La Prensa* distinguimos tres ámbitos diferenciados conformados por el editor y el personal encargado de los aspectos técnicos y de impresión; aquellos encargados de la administración y el equipo dedicado a la redacción. Dentro de este grupo último grupo se hallaban las personas que se dejaron sus marcas en la hoja de este impreso.

En este sentido, las páginas de *La Prensa* no reflejaron únicamente los intereses y objetivos de José C. Paz, sino que el énfasis en determinadas temáticas y la forma de abordarlas daban cuenta de diversas voces que tenían expresión en el diario. Las prácticas desarrolladas por *La Prensa* que pueden parecer contradictorias e incongruentes obedecían a una lógica derivada precisamente del lugar otorgado a sus integrantes y de las particularidades que estos detentaban como hombres de prensa, en tanto estos consideraban al periódico como una herramienta para difundir e imponer sus planteos, originados en sus múltiples actividades y objetivos, incluso a través de secciones diseñadas para transmitir información y captar el interés del público que no estaba interesado en el debate político.

De esta manera se observaba la convivencia de distintas voces que si bien manifestaban puntos de contactos también reflejaban fisuras y tensiones en las miradas que el diario proponía, en tanto que las trayectorias previas y las actividades desplegadas al mismo tiempo que las periodísticas les otorgaban a estos hombres de prensa perspectivas y objetivos diferentes sobre un mismo tema. Asimismo, en el énfasis colocado a un tópico como la consolidación de la frontera sur muestra una diversidad de matices en estas voces que convergen en una misma postura, así el enfoque científico de Estanislao Zeballos sobre el conocimiento del desierto argentino requerido para un avance de la frontera se aunaba con el propósito de legitimar la postura de Julio Argentino Roca en esta cuestión y, por otra parte, se reafirmaba la

Universidad de San Andrés

oposición de José C. Paz, Adolfo Dávila y Estanislao Zeballos contra el gobierno de Avellaneda y el Ministro de Defensa Alsina, que se había generado ante el recambio presidencial y se había cristalizado en la revolución de 1874.

Por lo tanto, si bien desde sus inicios planteó elementos innovadores y al finalizar la década impulsó la incorporación de rasgos modernizantes que se trasladaron hacia otros impresos, *La Prensa* no escapaba de las dinámicas inherentes al particular mundo periodístico que se gestó desde la caída de Rosas hasta 1880, ni tampoco las prácticas y decisiones por las que optó durante sus primeros años pueden ser comprendidas por fuera de él.

La Prensa ingresaría a la década siguiente desde una posición económica más sólida, liderando las tiradas y la incorporación de los avances tecnológicos; con un personal conformado por figuras ya notoriamente reconocidas y cuyo propietario había alcanzado una banca en el Congreso Nacional, es decir, iniciaba su segunda década "como un periódico destacado". Sin embargo el nuevo clima de ideas que se formó a partir de 1880, como planteó Tulio Halperín Donghi[255], generaba un nuevo contexto que interpelaría en forma diferente las prácticas y dinámicas desarrolladas por las publicaciones al interior del mundo periodístico porteño.

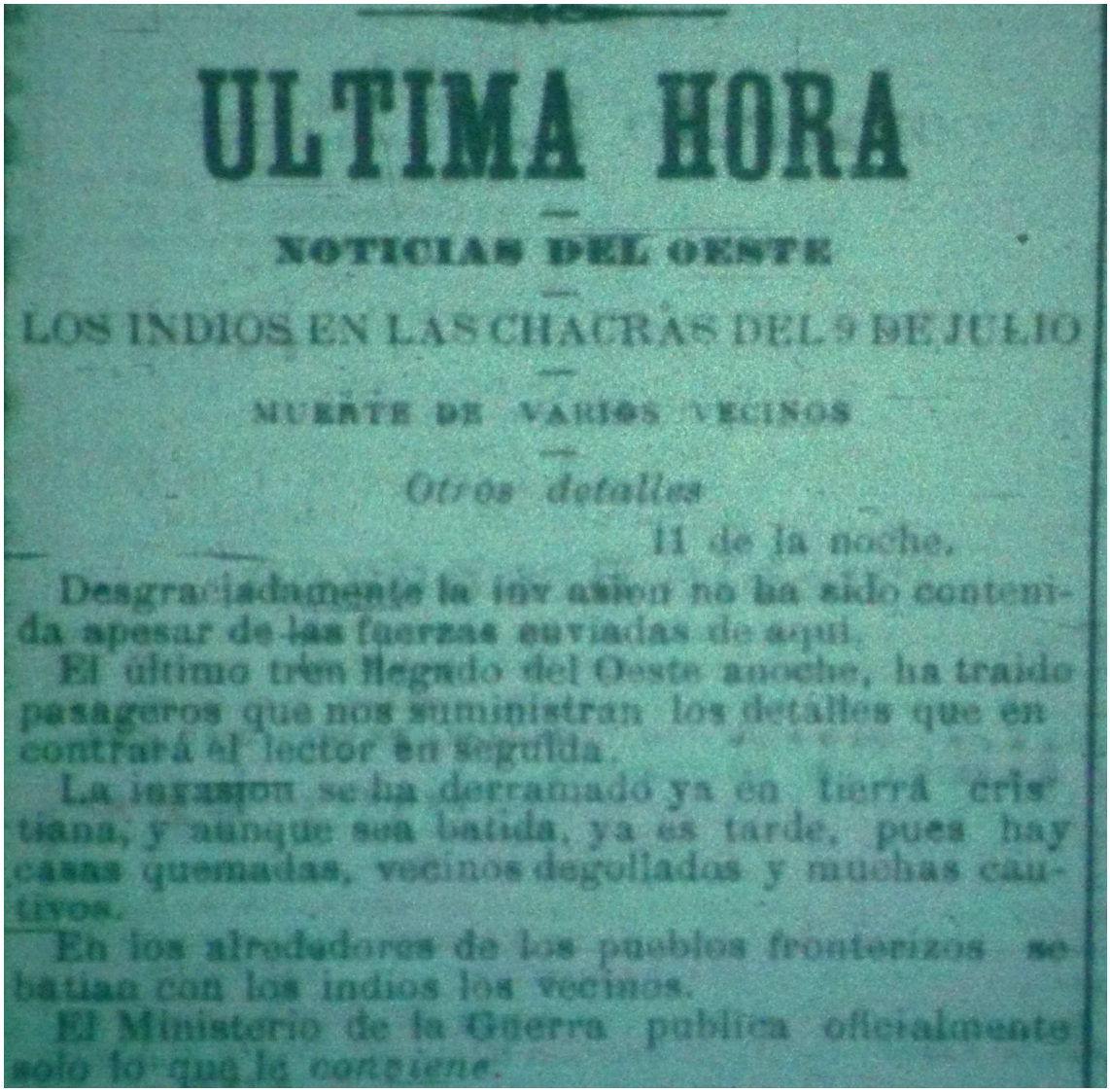
QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés

[255] Tulio Halperín Donghi, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Anexos

Figura I. Primer aviso de Hesperidina en *La Prensa*

Figura II. Encabezado de “Última Hora”



ULTIMA HORA

NOTICIAS DEL OESTE

LOS INDIOS EN LAS CHACRAS DEL 9 DE JULIO

MUERTE DE VARIOS VECINOS

Otros detalles

11 de la noche.

Desgraciadamente la invasion no ha sido contenida apesar de las fuerzas enviadas de aqui.

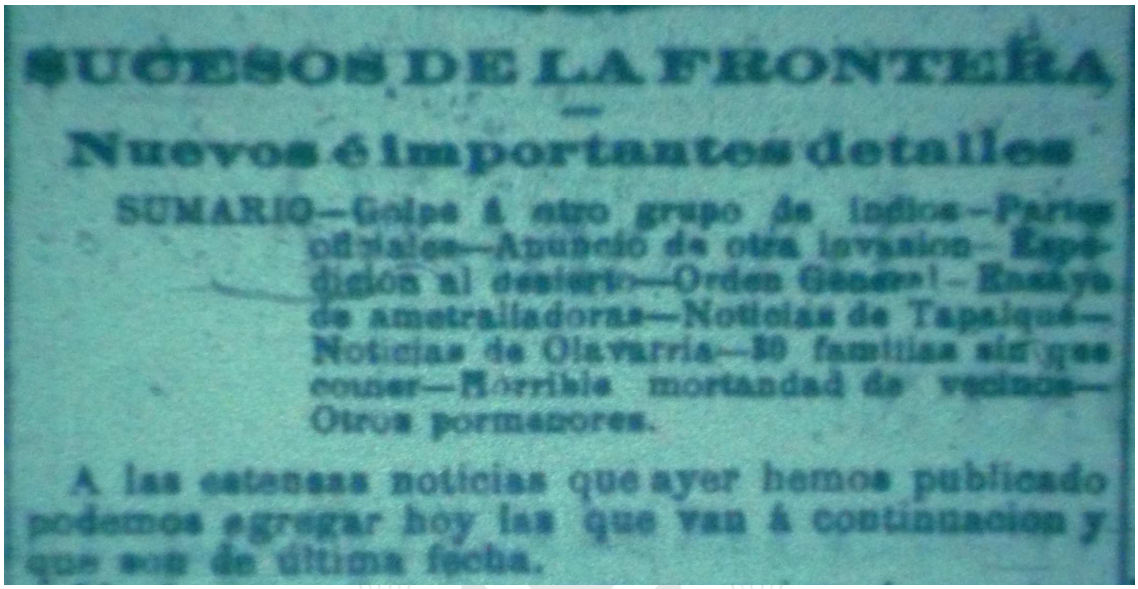
El último tren llegado del Oeste anoche, ha traido pasageros que nos suministran los detalles que encontrará el lector en seguida.

La invasion se ha derramado ya en tierra cristiana, y aunque sea batida, ya es tarde, pues hay casas quemadas, vecinos degollados y muchas cautivos.

En los alrededores de los pueblos fronterizos se batian con los indios los vecinos.

El Ministerio de la Guerra publica oficialmente solo lo que le conviene.

Figura III. Encabezado de “Sucesos de la frontera”



SUCESOS DE LA FRONTERA

Nuevos é importantes detalles

SUMARIO—Golpe á otro grupo de indios—Partes oficiales—Anuncio de otra invasion—Espedicion al desierto—Orden Gral.—Ensayo de ametralladoras—Noticias de Tapalqué—Noticias de Olavarria—30 familias sin que comer—Horrible mortandad de vacunos—Otros pormenores.

A las estensas noticias que ayer hemos publicado podemos agregar hoy las que van á continuacion y que son de última fecha.

QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés

Fuentes y Bibliografía

I. Fuentes

a. Censos

Primer Censo de la República Argentina, 1869.

Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires. 1887. Buenos Aires, 1889.

b. Publicaciones institucionales

-Publicaciones del Club del Progreso

Club del Progreso. Datos históricos sobre su origen y desenvolvimiento, Buenos Aires, 1 de mayo de 1902.

Club del Progreso 78º Aniversario, Buenos Aires, 1930.

-Publicaciones Aniversario de Diarios

La Nación, Edición Especial del 75º Aniversario, 4 de enero de 1945.

La Prensa, "Edición especial 50º Aniversario", 18 de octubre de 1919.

La Prensa, Edición Especial, octubre de 1969.

c. Anuarios bibliográficos dedicados al estudio de la prensa del siglo XIX

Gutiérrez Juan María, *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta 1810*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1866

Navarro Viola Jorge, *Anuario de la prensa argentina*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e Hijos, 1897.

Orzali Ignacio, *La prensa argentina*, Rosario, Imprenta de Jacobo Peuser, 1893

Zinny Antonio, *Efemeridografía Argireparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1868.

Zinny Antonio, *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869.

d. Memorias del período

Bilbao Manuel, *Buenos Aires: desde su fundación hasta nuestros días*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1902.

Latino Anibal, *Tipos y costumbres bonaerenses*, Buenos Aires, Imprenta y librería Mayo, 1886.

e. Revistas del periodo

Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, Año I, agosto de 1870

La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho, Tomo V, 1864.

Nueva Revista de Buenos Aires, Tomo IX, 1883.

Revista de Derecho, Historia y Literatura, Tomo 71, marzo de 1922

f. Diarios del período

Se consignan los diarios y períodos que fueron relevados para la confección de la tesis

El Mosquito febrero a abril 1868, octubre a diciembre 1869, junio a agosto 1873, febrero 1878

El Nacional, 1852, 1869, 1871, 1874, 1876, 1879

Inválido Argentino enero y febrero de 1867

La Nación Argentina, 1852,1869

La Nación 1870, agosto a noviembre de 1871, agosto a septiembre de 1874, 1877, 1879

La Prensa desde octubre de 1869 hasta enero de 1880

La República, 1869, 1870, 1871, 1879

La Tribuna, 1853, 1869, 1872

II. Bibliografía general

Libros y artículos de referencia general

Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. De la ciudad letrada a la conquista del modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

Armesto, Felix, *Alsinistas y Mitristas*, Buenos Aires, Alsina editor, 1914.

Armus, Diego, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en Mirta Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 510-550.

Barba, Fernando, *Los autonomistas del 70. Auge y frustración de un movimiento provinciano con vocación nacional*, Argentina, Editorial Pleamar, 1976.

Barthes, Roland, *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1977.

Berenguer, Casiromo Arturo, *España en la Argentina*, Buenos Aires, 1953.

Bonaudo, Marta y Sonzogni, Elida, "Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués, (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 27-96.

QUAERERE VERUM
Universidad de San Andrés

Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995.

Chartier, Roger, *El Juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Devoto, Fenando, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Di Stefano, Roberto, Sábato, Hilda, Romero, Luis Alberto, *De las cofradías a las instituciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina. 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

Gallo, Ezequiel y Cortés Conde Roberto, *La República Conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Gayol, Sandra y Madero Marta (ed.), *Formas de Historia Cultural*, Buenos Aires, Prometeo-UNGS, 2007.

Guerra, François-Xavier, Lempèriére, Annick et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.

González Leandro, Ricardo, "La profesión médica en Buenos Aires", en Mirta Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996, pp. 20-53.

González Leandro, Ricardo, "La profesión médica en sus comienzos", en *Entrepasados. Revista de Historia*, núm. 12, principios de 1997, pp. 31-53.

González Leandro, Ricardo, "Asociacionismo y representación de intereses médicos en Buenos Aires, 1852-1880", en *Asclepio*, núm. 50, 1998, pp. 187-203.

González Leandro, Ricardo, "Miradas médicas sobre la cuestión social de Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del XX", en *Revista de Indias*, vol. LX, núm. 219, 2000, pp. 421-435.

González Leandro, Ricardo, "El Consejo Nacional de Higiene y la consolidación de una elite profesional al servicio del Estado. Argentina 1880-1900", en *Escuela de Estudios Hispanoamericanos*, tomo X, 2004, pp. 571-593.

González Ruiz, Nicolás (dir.), *Enciclopedia del periodismo*, Madrid, Norguer, 1966.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires*, 1962.

Halperín Donghi, Tulio, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Halperín Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

Halperín Donghi, Tulio, *Proyecto y construcción de una Nación, 1846-1880*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Lettieri, Alberto, "De la República de la Opinión a la República de las Instituciones", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués, (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 97-160.

Lewkowicz, Lidia, “La Sociedad Estimulo Literario”, en Raúl Castagnino, *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1965, pp. 19-45.

Liernur, Jorge y Silvestre, Graciela, *El umbral de la metrópolí. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires, 1870-1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Martínez Paz, Fernando, “Educación primaria, secundaria y universitaria”, en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomo VI, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1997, pp. 87-96.

Mladen, Dolar, *Una voz y nada más*, Buenos Aires, Manantial, 2007.

Nicolau, Juan, *Historia de la SCA en el siglo XIX (1872-1900)*, versión online: http://www.científica.org.ar/institucional_historia.html.

Ortiz, Tulio y Scotti, Luciana, “La reforma antes de la reforma. Primeros movimientos estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires”, en *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones “Ambrosio L. Gioja”*, Año 2, núm. 2, otoño 2008.

Puigrós, Adriana (dir.), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Galerna, 1991.

Quesada, Ernesto, *La evolución del idioma nacional*, Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1922.

Rama, Ángel, *La ciudad Letrada*, Montevideo, 1998.

Recalde, Héctor, *Las epidemias del cólera (1856-1895): salud y sociedad en la Argentina oligárquica*, Bueno Aires, Corregidor, 1993.

Rochi, Fernando, “Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940”, en Marta Madero y Fernando Devoto, *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 301-321.

Sabato, Hilda y Romero Luis Alberto, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Scena, Miguel Ángel, “Mitre contra Avellaneda” en *Todo es Historia*, núm. 167, abril de 1981, pp. 35-46.

Silvestri Graciela, “El imaginario paisajístico en el litoral y sur argentinos”, en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 219-240.

Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales*, 1810-1980, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2008.

III. Bibliografía general sobre las publicaciones periódicas

Aleman, Mercedes, *Índice Temático de los Anales de la Sociedad Científica Argentina: 1875 a 1981*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 1983

Alonso, Paula, "'La primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, núm. 15, 1er semestre de 1997, pp. 35-70.

Alonso, Paula, "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la "Argentina moderna" en la década de 1880", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 203-242.

Alonso, Paula, "Ideological Tensions in the Foundational Decade or Modern Argentina: The Political Debates of the 1880s", en *Hispanic American Historical Review*, febrero 2007, pp.3-41.

Alonso, Paula, "La historia política y la historia de la prensa: los desafíos de un enlace", (mimeo).

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. [1983]

Auza, Néstor Tomás, *El periodismo de la Confederación*, Buenos Aires, Eudeba, 1978.

Auza, Néstor Tomás, Periodismo y feminismo porteño. 1830-1930, Buenos Aires, Emecé, 1987.

Auza, Néstor Tomás, *La Literatura Periodística Porteña del Siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*, Argentina, Editorial Confluencia, 1999.

Baily, Samuel, "The Role of Two Newspapers and the Assimilation of the Italians in Buenos Aires and Sao Paulo, 1893-1913", en *International Migration Review*, vol. 12, Nº 3, 1978, pp. 321-340.

Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus, Myers, Jorge (comp.), *Resnonancias románticas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

Beltrán, Oscar, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena, 1942.

Botein, Stephen, Censer, Jack y Ritvo, Harriet, "The Periodical Press in Eighteenth-Century English and French Society: A Cross-Cultural Approach", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 23, núm. 3, julio 1981, pp. 464-490.

Bruno, Paula, "Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 123, 2008.

Bruno, Paula, "La vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual", en *Anuario IEHS*, núm. 24, 2010, (en prensa).

Cavalaro, Diana, *Revistas Argentinas del siglo XIX*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1996.

Censer, Jack, *The French Press in the Age of Enlightment*, Londres, Routledge, 1994.

Cibotti, Ema, "Sufragio, prensa y opinión pública: Las elecciones municipales de 1883 en Buenos Aires", en Antonio Annino (coord.) *Historia de las elecciones en Iberoamérica. Siglo XIX*, Buenos. Aires. , Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 146-169.

Universidad de San Andrés

De Marco, Miguel Ángel, *Corresponsales en acción: crónicas de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2003.

De Marco, Miguel Angel, *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el centenario de mayo*, Buenos Aires, EDUCA, 2006.

Duncan, Tim, "La prensa política: Sudamérica 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos. Aires, Sudamericana, 1980, pp. 172-183.

Eujanián, Alejandro, "La cultura: público, autores y escritores", en Marta Bonaudo *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 581-603.

Fogli, Gustavo, *Las publicaciones periódicas en La Argentina*, La Argentina Gráfica, Buenos. Aires, 1946.

Fritzsche, Peter, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.

Furlong, Guillermo, "El periodismo entre los años 1860 y 1930", en *Academia Nacional de la Historia. Historia Argentina Contemporánea (1862-1930)*, vol. II, Buenos Aires, El Ateneo, 1966, 195-229.

Galván Moreno, Carlos, *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1944.

Geler, Lea, "Guardianes del progreso. Los periódicos afroporteños entre 1873 y 1882", en *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 65, Sevilla, 2008, 199-226.

Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1997. [1962]

Halperín, Donghi Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985.

Herrero, Fabián, "A propósito de la prensa española en Buenos Aires. El estudio de un caso: *El Correo Español* (1872-1875)", en *Anuario de Estudios Americanos*, tomo XLIX; núm.1, Sevilla, 1992, pp.107-120.

Laera, Alejandra, "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Historia crítica de la literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 507-538.

Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Maeder, Ernesto, "Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX, en *Clio*, núm. 4, 1997, pp. 99-110.

Malosetti, Costa Laura y Gené Marcela (comp.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y Hegemonía*, México, Gustavo Gili, 1987.

Universidad de San Andrés

Masiello, Francine, (comp.), *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994.

Myers, Jorge, *El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

Myers, Jorge, "Aquí nadie vive de las bellas letras. Literatura e ideas desde el salón literario de la Organización Nacional", en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emece, 2003, pp. 305-334.

Myers, Jorge, "Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos: el gobierno de las luces y la opinión pública, reina del mundo", en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 75-96.

Murray, William, *The Right-Wing Press in the French Revolution: 1789-1792*, The Royal Historical Society, Londres, 1986.

Ogando, Mónica, "*El Mosquito*" en *Historias de Revistas Argentinas*, tomo IV, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1997, pp. 54-83.

Oteiza, Viviane Inés, "*Le Courrier de la Plata*. Aplicación de una metodología para el estudio de diarios de Colectividad", ponencia presentada en IV Encuentro Internacional de Historia de la Prensa en Iberoamérica, 1792-1970, México, 2007.

Pastormelo, Sergio, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luís de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 9-32.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, [1988]

Popkin, Jeremy, "The Press and the French Revolution after two Hundred Years. Review Article", *French History Studies*, Vol. 16, N.3, primavera 1990, pp. 664-683.

Ramos Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina*, vol. VIII, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1957.

Román, Claudia, "De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en Julio Schvartzman (comp.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-468.

Romano Eduardo, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario en las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.

Sabato, Hilda, "La vida pública en Buenos Aires", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 185-191.

Sabato, Hilda, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

Santa Cruz, Eduardo, *Entre las alas y el plomo, Santiago de Chile*, LOM Ediciones, 2001.

QUAERERE VERUM
Universidad de San Andrés

Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Shor, Raúl, *Historia y poder de la prensa*, Barcelona, editorial Andrés Bello, 1998.

Szir, Sandra, "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el siglo XIX" (mimeo).

Ulanovski, Carlos, *Paren las rotativas*, Buenos Aires, Espasa- Calpe, 1997.

Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XXI, 1975.

Wasserman, Fabio, "La libertad de imprenta y sus límites: prensa y poder político en el estado de Buenos Aires durante la década de 1850" en *Almanck Braziliense*, núm. 10, noviembre 2009, pp. 130-146.

Weill, Georges, *El diario. Origenes, evolución y función de la prensa periódica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Eduardo, Zimmerman, "La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de La Nación y el Partido Republicano", en *Estudios Sociales*, Año 8, núm. 15, 1998.

IV. Bibliografía sobre hombres de prensa del siglo XIX

Astengo, Agustín, *Pellegrini, 1846-1906*, Tomo I, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1941.

Cernadas, Mabel, "Estanislao Zeballos. Una visión optimista de la Bahía Blanca de fines de siglo XIX, en *Res-Gesta*, núm. 33, diciembre de 1994, pp. 117-141.

Etchepareborda, Roberto, "Homenaje a Estanislao S. Zeballos en el cincuentenario de su muerte: su trayectoria vital y su labor historiográfica", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XVI, Buenos Aires, 1973, pp. 247-290.

Fernández, Stella Maris, Benito *Hortelano, tipógrafo, periodista, editor y librero*, Buenos Aires, Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas, 2002.

Ferrari, Gustavo, "Zeballos y la defensa de la Patagonia", en *Segundo Congreso de Historia argentina y regional*, vol. II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1974, pp. 419-427.

García-Meróu, Martín, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, *La cultura argentina*, 1915.

González, Joaquín, *Obras Completas*, Vol. XXII, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1936.

Iglesia, Cristina, "Mansilla, la aventura del relato", en Julio Schvartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes, Historia crítica de la literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 541-564.

Irigoyen, Bernardo, *Delfín Gallo. Apuntes biográficos*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1890.

Lafuente, Miguel Ángel, "Benigno Baldomero Lugones", en *Boletín número 8 de la Academia Porteña del Lunfardo*, Buenos Aires, 1971.

Marún Gioconda, *Eduardo L. Holmberg: 43 años de obras manuscritas e inéditas*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2002.

Mitre, Adolfo, *Mitre periodista*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1943.

Melo, Leopoldo, "Zeballos en la enseñanza universitaria del derecho internacional", en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo XXV, Buenos Aires, 1925, pp. 15-37.

Rodríguez, Fermìn, "Estanislao S. Zeballos: Un desierto para la nación", en Hipótesis y discusiones/19, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2000.

Román, Claudia, "Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas", en Julio Schvartzman (comp.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 569-584.

Saavedra, Lamas Carlos, "José A. Terry, el diplomático- el financista", en *Anales de La Academia de Ciencias Económicas*, Vol. IV, Buenos Aires, 1946, pp. 135-143.

Sanguinetti, Horacio, "El Colegio Nacional de Buenos Aires y la Sociedad Científica Argentina", en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Buenos Aires, 2006.

Vanossi, Jorge, "Dos exponentes del ideario liberal en la Generación del 80", en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Buenos Aires, junio de 2007.

Viacava, Héctor, "Héctor Varela, el porteño irresponsable", en *Todo es Historia*, núm. 222, Buenos Aires, octubre de 1982, 9-23.

Vico, Carlos, "La personalidad del Doctor Zeballos", en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo IX, Buenos Aires, 1925, pp. 481-486

Zavala, Cristóbal, *Carlos Pellegrini. Homenaje al prócer y al Banco de la Nación*, Buenos Aires, 1941.

V. Bibliografía sobre el diario *La Prensa*

Arrieta, Rafael, "El Fundador de *La Prensa*" en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Buenos Aires, Instituto Popular de Conferencias, 1943, pp. 9-19.

Díaz, César, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía, 2002.

Díaz, César y Passaro, María, "La guerra del papel: *La Prensa* y la guerrilla en la dictadura militar 1976-1977" en *Cuarto encuentro de Docentes e investigadores de la Comunicación del Mercosur*, mayo 2001.

Díaz, César y Passaro, María, "Periodismo y violencia política en la Argentina. Los grupos armados en los editoriales de *La Prensa*, 1974-1977", en *Signo y Pensamiento*, vol. XXI, núm. 40, Colombia, 2002, pp. 105-116.

Eizaguirre, José Manuel, *¿Dónde está el pueblo?*, Buenos Aires, Rosso, 1929.

Maceira, Enrique, *La Prensa que he vivido*, Academia Nacional del Periodismo, Buenos. Aires, 2004.

Panella, Claudio (comp.), *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto y expropiación*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1999.

Rómulo Fernández, Juan, *Civilización Argentina. La obra de La Prensa en 50 años*, Buenos Aires, 1919.

Ruiz de Luque, Francisco, *Un argentino ilustre. José C. Paz*, Buenos Aires, Aguamarina, 1942.

Valenzuela, Diego, *En camino hacia la empresa periodística. El caso del diario La Prensa durante la década de 1870*, Tesis de Maestría, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2002.

VI. Diccionarios

-Biográficos

Cutolo, Vicente, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1975.

Udaondo Enrique, *Diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Coni, 1938.

-De seudónimos

Tesler, Mario, *Autores y seudónimos porteños*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2007.

QUAERERE VERUM
Universidad de
SanAndrés